

VICENTE SAENZ

**CENTRO
AMERICA
EN PIE**

**Contra la tiranía. Contra el crimen y la barbarie.
Contra el imperialismo en cualquiera de sus formas.**

¡¡Todos a una, como en "Fuente Ovejuna"!!

**EDICIONES LIBERACION
MEXICO, D. F.
1944**

CENTRO AMERICA EN PIE

VICENTE SAENZ

CENTRO AMERICA EN PIE

Contra la tiranía. Contra el crimen y la barbarie.
Contra el imperialismo en cualquiera de sus formas.

¡¡Todos a una, como en "Fuente Ovejuna"!!

EDICIONES LIBERACION
MEXICO, D. F.
1944



Sistema de Bibliotecas - UCR



433212

972.8
S127C

COLECCION GARCIA MONGE

Es propiedad del autor. Queda
hecho el depósito que marca la ley.
México, D. F., noviembre de 1944.

27 FEB. 1996

433212

Talleres Tipográficos Modelo, S. A.

Comonfort, 44.

México, D. F.

PROLOGO

ASI ESTA EL MUNDO

Aclaraciones necesarias sobre la publicación de este volumen.

Empezaré por decir, a guisa de preámbulo, que van a la imprenta los originales de esta recopilación, casi sin tiempo de revisarlos y menos aún de darles refinado estilo.

No hay más remedio que proceder en esa forma, sobre la marcha, en un mundo que hoy se mueve vertiginosamente, por la urgencia de explicar lo que ocurre en Centro América.

En otras palabras, para que no se tergiverse el movimiento de libertad que por fin realizan aquellos pueblos, con amplio derecho a vivir la democracia, salvo que se nos niegue afinidad con los bipedos privilegiados, supernazis o blancos de la raza humana.

Advertiré, desde luego, que no se trata de apuntes o de trabajos que sirvan de manual o texto de historia, especialmente estructurados para darles forma de libro.

No. Lo que en estas páginas se recopila —a brochazos— es el pensamiento centroamericano de 1944, y el de los años que siguieron a nuestra independencia.

Tocante a lo geográfico, no tomo siquiera a nuestra vieja patria con sus ocho antiguas divisiones o provincias de Guatemala, Chiapas, Verapaz, Soconusco, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, pues que todo eso vino a reajustarse.

Mi punto de partida se basa, por consiguiente, en lo que fué Centro América durante la Federación que sucedió al Imperio de Iturbide, y que habría de sucumbir con Morazán: cinco Estados en una sola entidad.

Y en lo que es actualmente: cinco pequeñas repúblicas con mayor o menor soberanía, débiles e indefensas.

Vale decir, más o menos sojuzgadas, pero en vísperas otra vez de unirse y cohesionarse, sobre cimientos de muy dolorosas pruebas que no se tenían en la primera mitad del siglo diecinueve.

Tampoco entro aquí en detalles sobre la idea monárquica, que por aquel entonces prevalecía entre los criollos y las clases poseedoras. Solamente hago hincapié en el caso de don Agustín Primero, por su estrecha relación con Centro América.

Si tratara de ahondar en este punto, llegaríase a la conclusión de que la citada idea monárquica lo era también de algunos libertadores inmaculados de la América del Sur, entre ellos San Martín, Belgrano, Rivadavia, Santander y algunos de los más leales y firmes colaboradores de Bolívar, sin que esto amengüe su prestigio ni su gloria.

Era un sistema de gobierno a la sazón en boga, imperante hogaño todavía en supercultas naciones europeas y en otros lugares de la tierra.

¿Pues no estamos viendo ahora mismo, cuando millones de soldados dan su vida por la libertad y por la democracia, cómo se piensa en resolver graves problemas por medio de cetros y coronas?

¿Qué se hace por ahí con Pedro de Yugoslavia, y con Juanito de Borbón, y con Otto de Hapsburgo, y con Miguelito de Rumanía, e incluso con la Reina Guillermina, que tanto petróleo hizo llegar al Japón desde sus explotadas Indias Occidentales?

Pero no habrá de cebarse un escritor de nuestra pobre América Latina —que intelectuales extranjeros subestiman y redescubren cada fin de semana—, en cosas tan nimias como éstas de grandes países, con abundancia de apaciguadora y aplastante civilización.

* * *

Respecto de lo que a nosotros atañe simplemente se ofrece, en los trabajos de este libro, un panorama general de Centro América, conectando su Historia con determinados hechos acaecidos en otras naciones hermanas.

Entiendo que así debe hacerse, porque no hay manera de ignorar que la vida de América, de cualquier país de América, según el historiador peruano Barreda Laos, “es síntesis creada por nexos, vínculos de relación, euritmia de sucesos que forman un todo continental”.

Algunos de esos acontecimientos, antes bien glosados que en detalle, son los que recoge este volumen en los siguientes trabajos:

- 1.—Un estudio publicado en la benemérita revista de México “Cuadernos Americanos”, números 5 y 6, que debería formar parte de “Siete Ensayos y un Epílogo”.*
- 2.—Unas cuantas frases leídas por el autor en esta gloriosa capital azteca, el 15 de septiembre próximo pasado, al colocarse la primera piedra del monumento a Francisco Morazán.*
- 3.—Otro discurso, pronunciado tres días después en el Palacio de las Bellas Artes, durante el fervoroso homenaje al espíritu*

de libertad de aquellos pueblos heroicos, que se desangran al otro lado del Suchiate. Y

4.—*La reimpresión solicitada de la semblanza que escribí, en el centenario de su fusilamiento, sobre la ilustre figura del visionario estadista hondureño, sacrificado en 1842 por los Petronilos y las Petronilas de mi pequeña patria costarricense.*

Se aprovecha este tomo para dicha reimpresión, no obstante que el "Elogio de Francisco Morazán" tenía su sitio en lo que ha sido mi deseo titular "Vidas de ayer y de hoy", entre las cuales, además de nuestro prócer, figuran las de Montalvo, Juárez y José Martí.

Eso es lo que contiene la presente recopilación, que por interdependencia de hechos actuales he creído necesario completar con lo que falta de este prólogo; con un largo y detallado epílogo sobre los movimientos más recientes que están depurando a Centro América; y con algunas adiciones o reformas indispensables en los trabajos que forman el cuerpo del volumen, motivadas por hechos posteriores a lo que con anterioridad se había escrito o comentado.

La actualidad de este momento será después Historia.

Para ponerme a buen recaudo de gentes eruditas, agregaré que estas páginas sólo deben tomarse como una sencilla explicación —o acopio de explicaciones—, con frases enteras que una y otra vez voy repitiendo, en este o en aquel trabajo, sin quitarles punto ni agregarles coma.

Son frases de un mismo tema, torturantes como una obsesión; y que vienen a ser, de tanto imprimirlas y de tanto proclamarlas, un motivo central, un eje forjado en veinticinco años de lucha.

¡Un eje —mitad optimismo y mitad protesta—, en torno del cual giran la tragedia y la resurrección de Centro América!

Sirva esto de excusa a los que pudieran encontrar grave defecto en cúmulo tan grande de repeticiones, para las cuales aprovecho además fragmentos de libros anteriores.

Pero sirva también de respuesta el afirmar que yo escribo, y repito, y vuelvo a repetir, lo que otros callan para no comprometerse ni tropezar con obstáculos, en el fácil camino de servir al poderoso y no parar mientes en el desvalido.

¡Cuánto diéramos todos por que en nuestra América española se obsesionasen con problemas de esta índole, sin apego a sus personales intereses, ciertos políticos, pensadores, diplomáticos y estadistas, quienes por complicidad u omisión tanto perjuicio han hecho a veinte pueblos, con más de cien millones de habitantes!

* * *

Mas como todavía no quedo satisfecho de lo que voy diciendo, será preciso afirmar que me decido a imprimir estos apuntes, prin-

principalmente, por lo que tienen de actualidad; pero a sabiendas de que la actualidad de este momento será después Historia, de modo que en el transcurso de los años, cuando haya pasado la crisis actual que sufre el hombre, se sepa el por qué de los acontecimientos centro-americanos de 1944, e incluso de los que puedan acaecer en los años difíciles que tendrá que sufrir la humanidad en la postguerra.

Me falta tiempo y no hay sobra de espacio en lo que va y viene del prólogo, para seguir con minucias ni con disquisiciones. Pero como debo adelantarme a los impugnadores en potencia, que por ahí andan sueltos, soy el primero en reconocer que este libro sale sin duda descuadernado.

¡Descuadernado en su acepción castiza, aunque hecho con lógica en medio del absurdo y del confusionismo en que, de varios años a la fecha, se mueven los de arriba y los de abajo, los derechistas y los de izquierda, así como aquéllos que siempre buscan el abrigo o el acomodo de la neutralidad!

Permitaseme reiterar de nuevo que así, descuadernado, doy el presente volumen a la estampa, aun cuando puedan maltratarlo o malcalificarlo los que en ello quieran solazarse: bien por encontrarlo incompleto; o con muchos apartes de punto y coma, para desazón de gramáticos y estilistas; o por algunas otras justificaciones que siempre tienen a su haber insignes intelectuales de muy alto y merecido predicamento; o, en fin, por la falta de razón de quienes nunca la tuvieron y en todo instante la proclaman, precisamente por carecer de ella.

Insisto en aclarar, de todos modos, que la urgencia es lo que me obliga a que esto se imprima y circule sin demora, pero no tan atropelladamente que pueda caer en errores de interpretación o de concepto.

* * *

Nuevo motivo, además, pareciera urgirme o casi flagelarme para incluir en este tomo, con prisa tan grande que bien podría tomarse como apremio, lo que ya estaba pensado y a medio "estilizar" para otros libros.

He aquí el motivo esencial. ¡No sabe uno lo que pueda sobrevenir, ni hasta dónde alcancen la salud, el ánimo y la vida, para darles fin a estudios y semblanzas apenas esbozados!

Y tampoco hay manera de saber, en estos días de turbulencia y de transformaciones radicales, si tendrá resignación el hombre de letras para seguir con la pluma en la mano y con las cuartillas sobre el escritorio, cuando tal vez sea indispensable dejar discursos y ensayos para convertir en acción el pensamiento.

* * *

Después de tanto confesar en este proemio, quisiera entrarme de lleno y de una sola vez en lo del movimiento antidespótico de la Amé-

rica Central, incluyendo el gran paso adelante de Guatemala en su lucha democrática, y el paso atrás que ha venido a producir la reacción militar salvadoreña, casi simultáneo de la victoria popular guatemalteca.

Mas lo que a eso se refiere cabe mejor en el epílogo. En dichas páginas finales podrá advertirse que no han de ser las mujeres y los varones de Cuscatlán, con su heroísmo legendario, quienes permitan la permanencia en el poder del nuevo macheteoide que les ha caído encima.

Oportuno me parece agregar aquí, sin embargo, lo que insistentemente hago ver en numerosas páginas de estos varios trabajos: la urgencia de que los gobiernos democráticos de América, ayuden efectivamente a defender la democracia.

En el caso concreto de El Salvador, hay un régimen en el exilio, consagrado como legítimo por la Corte Suprema de aquel país. Reconocerlo sin tardanza sería debilitar a los cuartelarios de la usurpación de octubre, evitando al mismo tiempo nuevos derramamientos de sangre en esa pequeña república centroamericana.

Pero si ni siquiera en esa forma se les ayuda a los salvadoreños, ya los veremos aprovechar este retroceso transitorio, esta provocación de un pequeño grupo de espuelas y de tizones, como trampolín para dar su gran salto definitivo hacia el futuro, sin nuevas contemplaciones hacia los que confunden la generosidad y la nobleza con falta de decisión para oponerse a la barbarie.

La situación de España y de otras latitudes.

Entretanto, porque lo internacional está sin remedio estrechamente vinculado a lo que ocurre en nuestros países; y porque, además, no hemos de aparecer los centroamericanos ante el extranjero como ingenuos, o como tontos de capirote, aprovecho el intermedio para esbozar problemas de otras latitudes, que a todos por parejo nos conciernen.

Se entrelazan las luchas democráticas de Centro América con lo que sucede al mismo tiempo en países de edad, saber, experiencia, territorio y población mucho mayores.

En Francia, por ejemplo, en Italia, en Bélgica y también en la sacrificada España. A los hispanoamericanos nos interesa, sobre todo, el abandono y el dolor de España.

¡Qué gran pueblo el español, mas qué fuerte respaldo le dan al pequeño Generalísimo las desunidas izquierdas republicanas —o no republicanas—, de aquella gran península!

No las izquierdas que allí dentro están luchando contra moros y falangistas sino, por supuesto, las que afuera intrigan, se dispersan y forman gobiernos en sus bulliciosas tertulias de fondas y cafés.

¡Cómo duele comprobar que esa desunión; que el odiarse e insultarse unos a los otros en el extranjero; que el no contar España —la España de esta crisis— con hombres de la altura de Bolívar o del maravilloso apostolado de Martí; que la ambición y la mediocridad de sus políticos, con muy pocas excepciones, sea precisamente lo que sostiene a Franco en su sitio!

¡Cómo duele, por otra parte, que de ello se valgan Washington y Londres —¡acaso también el General de Gaulle!— para mantener inmejorables relaciones diplomáticas con el aliado de Hiller y de Mussolini; con el cómplice de todo lo que implica retraso, fanatismo, medioevo, explotación, miseria humana, dictadura atroz, discernimiento cavernario!

“Este militar Francisco Franco —ha escrito hace pocos días el “New Statesmen and Nation” de Londres, noviembre 10—; este militar, un Torquemada discípulo de Himmler, es la reencarnación de todo lo más sombrío de la Historia española, resucitado en este mundo contemporáneo con la técnica moderna que aprendió de los nazis y de los fascistas”.

* * *

Lo que ahora escriben los ingleses, aunque mirando siempre a la derecha, porque hasta los laboristas de la Gran Bretaña suelen ser conservadores, de sobra lo sabemos en Hispano América los que sentimos en nuestra propia carne la gran tragedia española.

Bien sabemos todo eso y mucho más. Verbigracia, que el Torquemada redivivo, con la técnica moderna de Hiller y de Mussolini, no hizo otra cosa que destripar católicos, con aeroplanos y pilotos extranjeros.

¡Mas he aquí que hoy como ayer —y acaso también como mañana, si no dan cuenta de él los verdaderos españoles—, patrocina Franco la idea de un bloque de catolicidad, para enfrentarlo a “exóticas influencias”!

¡Y hoy como ayer lo bendice el Vaticano, mientras le prestan su mejor ayuda y lo apaciguan los protestantes, generalmente avisados y avispados, de las dos grandes potencias democráticas anglosajonas!

¿Qué puede hacerse en situación de tal manera dramática? ¿Qué puede hacerse?

Ya vemos, los que llevamos en nuestro espíritu la eternidad de la cultura hispánica; y lo vemos y lo sentimos con profunda pena, que los vociferadores, los mediocres e intransigentes políticos de aquella gran gran nación, siguen entretanto discutiendo; difamando al prójimo de su misma nacionalidad en el destierro; nombrando gabinetes y convocando a Cortes; hablando de supuestos legalismos en plena época de hechos consumados y de sangrientas batallas, en las que no hay más remedio que exponer la vida.

Ya los vemos, en resumen, fortaleciendo cada vez más al gran felón que desde 1936 —¡¡casi dos lustros!!—, traicionó a su patria con el sacrificio horripilante de un millón de “comunistas”.

* * *

Al escribir estas cosas tristes sobre España, tengo ante los ojos una correspondencia de la “Associated Press”, fechada en Londres el 30 de septiembre último, que si mal no lo recuerdo es el sexto aniversario, como quien dice, del Pacto de Munich.

En ese mensaje asegura Mr. Churchill, Primer Ministro de la Gran Bretaña, que “la guerra pudo haberse evitado fácilmente si la Liga de las Naciones se hubiera decidido a defender, con valor y entereza, a los países asociados”.

Agrega Mr. Churchill que en 1935 y en 1936 “todavía hubo oportunidad de detener a Alemania, y a ese fin nosotros los ingleses hicimos todo lo que era posible hacer”.

Comenta entonces “España Libre”, desde Nueva York: “Parece que el Primer Ministro británico anda un poco desmemoriado. De otro modo no se explica que pueda decir las cosas que afirma, primero de Franco, y ahora del Gobierno inglés. Porque estas declaraciones merecían, si fuera posible, levantar a todos los muertos de España, formar con ellos una macabra manifestación, y encargárlas que no dejen dormir tranquilo a Mr. Churchill.

“Si la Liga de las Naciones debió haber hecho eso para evitar la guerra, ¿por qué no lo hizo? No lo hizo porque se oponía Mr. Chamberlain, más inclinado al nazismo y al fascismo que a la democracia. Y no lo hicieron los demás países asociados, porque Inglaterra no lo permitía.

“En esta preferencia de Mr. Chamberlain por Hitler y por Mussolini, naufragó la paz del mundo. Los delegados españoles demostraron con pruebas irrefutables en Ginebra, con documentos y fotografías, la conspiración de Roma y de Berlín para destruir a la República y apoderarse de España como país estratégico.

“No se les prestó atención. Rusia levantó su voz —como lo estaba haciendo México— y tuvo que salir de la Sociedad de las Naciones. Italia y Alemania estaban fuera de ella, libres de compromisos pacifistas. Y a España, miembro de la Liga, se le respondió con el Comité de No Intervención, primero, y con el Pacto de Munich, después.

“Asegura sin embargo Mr. Churchill: “Nosotros hicimos lo que pudimos”. No. Inglaterra procedió como quiso, que es asunto diferente. Dejó pasar para España armas, municiones, viveres, ejércitos, aviones de Italia y de Alemania, para matar a los españoles, para asesinar a los niños de España, para destrozar la soberanía de un país asociado a la Liga de las Naciones, y detuvo al mismo tiem-

po todo el material de guerra que la República, con grandes sacrificios, había comprado para defenderse.

"En vez de pensar, comunismo o nazismo, Inglaterra debió haber pensado: nazismo o democracia, independencia o esclavitud, derecho o violación, paz o guerra. Y haber escogido lo que correspondía a su vieja tradición democrática. No lo hizo, y estalló la guerra. ¡Esta espantosa guerra que padece desde 1939 un mundo sin conciencia, que no quiso ver el crimen cometido contra España!

"Pero hay más todavía. En estos instantes en que se lucha contra el nazismo criminal y sanguinario, Mr. Churchill—siguiendo al parecer la tradición política de su antecesor—, defiende a Franco, instrumento político del enemigo, y es Inglaterra la potencia más empeñada en sostener y respaldar a un régimen totalitario impuesto en España, a sangre y fuego, por el nazifascismo.

"¡Y agrega como remate Mr. Churchill—quien ofrece todos los días fórmulas de paz y de libertad a los pueblos del planeta—, que ésta no es una guerra ideológica, como si no estuviesen en pugna dos sistemas: el nazismo de los bárbaros y la democracia de los que luchan por una humanidad mejor!"

**Hitler y sus lugartenientes al patíbulo, pero hay
otros que también merecen pena.**

¿A dónde vamos a parar? Esa es la pregunta que se hace "España Libre", en el último párrafo de su editorial.

Y esa es la pregunta que se hacen, de igual manera, los que no tengan perdido el entendimiento o atrofiada la moral; los que sean capaces de mantener un equilibrio sereno entre las ansias más puras de justicia y ciertos deseos innobles de venganza, sobre todo entre culpables que a nadie tienen derecho de lanzarle piedras.

Se me ocurren estas cosas, porque también tengo ante la vista, originarios siempre de Londres, otros mensajes de los primeros días de octubre, cuyos encabezamientos periodísticos expresan más o menos lo que sigue:

"Que Hitler caiga en forma sumaria"... "Se propone que el juicio del jefe nazi sea un escarmiento de criminales: de los grandes criminales de la guerra"... "Tras del Fuehrer irán al patíbulo Goering, Goebbels y Himmler, según declaró Churchill en medio de aplausos atronadores en la Cámara de los Comunes".

Muy bien está lo que al respecto se propone Mr. Churchill, pues incluso mentes apacibles, hombres insospechables de crueldad, como Mauricio Maeterlinck, el germano Emil Ludwig, Horacio Mann y otros selectos escritores, novelistas o poetas de su talla, opinan que a ninguno de estos Atilas de la época contemporánea debe perdonárseles la sangre derramada.

¡Doce millones de seres humanos pesan sobre las espaldas de estos miserables agresores de la humanidad! La horca, el cortarles con hacha la cabeza, el hacerlos pedazos o quemarlos vivos, sería pequeña tortura para sus enormes crímenes.

Pero sólo una vida tienen, y es lo único entonces que se les puede quitar, para que haya otra vez noción de justicia en este mundo, de tal manera contradictorio y tolerante cuando se trata de los poderosos y no de los pequeños.

¡Que se les ahorque, sí, "en forma sumaria" como quiere Mr. Churchill, y tan rápidamente como sea posible, antes de que a los apaciguadores y a otros que no lo son les vaya entrando la piedad para el vencido!

* * *

En una sentencia de tal manera drástica pero indispensable, está de acuerdo, sin temor de caer en equivocación, el 95 por ciento de la humanidad civilizada.

Pero ¿qué pensará la humanidad civilizada de los demás culpables de esta guerra; de los que fortalecieron a Hitler y a Mussolini; de los que facilitaron armas y dinero al Frankenstein totalitario; de los que dieron al Japón todo su apoyo para que fuera el guardián de la paz y del orden en el lejano oriente?

¿Qué pensará la humanidad civilizada, y qué sentirán los millones de víctimas de esta hecatombe, las madres, las viudas y los huérfanos, frente a estos mismos lores y comunes que se rompen las manos aplaudiendo el anuncio de la ejecución de Hitler y de su pandilla, cuando ayer ovacionaban también a Chamberlain al regresar de Munich?

¿Qué pensarán y qué sentirán los hombres honrados y sinceros que todavía puedan quedar en el planeta, frente a los jefes fascistas italianos que siguen gobernando; y frente al ya citado Quisting español, que la dualista democracia anglosajona sostiene en el poder; y frente a Daladier, Bonnet o Halifax, consejero este último de Chamberlain y actual Embajador de la City londinense en Washington; y frente a tantos otros demócratas barnizados, que siguen recibiendo el título y el sueldo de Excelencias, cuajado además el pecho de medallas y de cruces?

Lo menos que podría esperarse es que a semejantes cómplices de esta gran tragedia, se les condene a trabajos forzados para que alguna vez trabajen; se cuelgue, con auxilios espirituales, a los que deban ser colgados; y se les separe a los demás de toda posición o dignidad, en pugna con lo que han hecho o han permitido que se hiciera, para su mejor y más suculento beneficio.

Peluca, medias largas y pantalones cortos.

Empiezo a creer que mi buena estrella —por lo que no pueda decir más adelante— me pone en el trance de seguir hablando sobre asuntos tan espinosos como los de Europa.

Así me lo imagino, porque apenas escritas las frases anteriores, precisamente en el número 6 de "Cuadernos Americanos", me doy de manos a boca con una antrología contemporánea que su autor —Román I. Duque— encabeza con este sugestivo nombre: "El Paraíso Prometido o Los Bienhechores del Mal".

Personajes: Polichinela. Hitler. Mussolini. Churchill. Franco. El Papa. El Partido Conservador inglés. Otros personajes y el tramoyista.

En la citada antrología, con las fechas y fuentes del caso, opinan ilustres personajes europeos, todos de fama mundial y con el membrete de grandes estadistas. El autor lo hace constar de esa manera sin ningún reparo, dándole mayor fuerza a sus palabras con muy interesantes e históricas fotografías.

En ellas aparece, por ejemplo, Mr. Chamberlain, usándose a su regreso de Munich de "haber conquistado la paz para nuestra generación", con el apoyo de Mussolini, con la colaboración de Hitler y mediante la entrega de Checoeslovaquia, fortaleciendo así a los totalitarios para consumir el sacrificio de la República Española.

En la composición fotográfica no se ve por ninguna parte el famoso paraguas del "héroe máximo de la Gran Bretaña", título que se le dió a Chamberlain en 1938; pero aparecen por ahí varios lores con peluca, medias largas y pantalones cortos, en la grata compañía de Lord Halifax, a quien se le arremete, por supuesto, con lo de "gran estadista".

En el reverso hay otro fotograbado, sin duda emocionante. Se llama "Desfile de la Victoria". En el cuadro dan testimonio de catolicidad las tropas italianas, "ganseando" ante el General Franco y su guardia de moros o hijos del Profeta, mientras vuelan por los cielos de la capital de España, celebrando el triunfo, los aeroplanos del Fuehrer y del Duce.

Más adelante, entre las páginas 28 y 29, nos encontramos con una gráfica de Berlín, en la que el amo y señor de los teutones habla a sus tropas cuando regresan de la Península española, ebrias de gloria y germanismo. (6-VI-39.)

De allí damos un salto a Roma y también, gráficamente, vemos a Su Santidad Pío XII, dando la bendición a la multitud desde su alta silla gestatoria, rodeado de unos señores con uniformes tan pintorescos que parecen cosa de opereta. (III-39.)

Y debajo del Papa —mismo folio— surgen Su Majestad Víctor Manuel —"Rey de Italia y Emperador de Abisinia"—, y la entonces arrogante figura de don Benito Mussolini, revistando los dos a sus

heroicos soldados o mandolineros por sus descomunales batallas, ha de suponerse que en Guadalajara o en el Ebro. (VI-39.)

Como si tantas comprobaciones del talento luminoso de algunos estadistas europeos no fuesen todavía bastantes, el autor de "Los Bienhechores del Mal" nos ofrece frases tan acoquinadoras, pensamientos tan profundos de ilustres personajes del viejo continente, que no tiene uno más remedio que sentirse enano frente a la gran visión y a la sabiduría de los amos del poder, de la religión, de la fuerza, de la política internacional, y de otras ciencias o anticiencias de aquel mundo avanzadísimo.

* * *

Perdónenme los lectores que en un libro sobre Centro América, sobre el momento actual de nuestros pueblos y sobre hechos salientes de su Historia, me extienda yo en estas graves eminencias y sucesos —todavía más graves— de la vieja Europa. Mas ya se dijo antes que la interdependencia es ahora condición insalvable de todos los países y de todos los seres —humanos o antihumanos— que habitan el planeta.

Por otra parte —y he sostenido esta tesis desde hace muchos años—, es indispensable que los hombres de Hispano América olvidemos definitivamente nuestro inadmisibile complejo de inferioridad.

Para irnos quitando ese complejo, no resisto a la tentación de reproducir algunas de las frases a que he venido refiriéndome, las que nunca habrían suscrito con su firma varones como los que brillan en nuestro hemisferio, por su amor a la justicia y por su rectitud, a pesar de las faunas de militaroides y de politicoides que tanto nos han desprestigiado.

Frases que se saborean y vuelven a leerse.

Decía, por ejemplo, el tantas veces mencionado Mr. Churchill: "Si las clases conservadoras de Inglaterra apoyan a Chamberlain, es porque suponen la simpatía del Presidente hacia Franco". Con anterioridad se le salieron ocho palabras como éstas: "Si yo fuese italiano vestiría la camisa negra". (I-1927.)

Lord Duff Cooper, otro británico: "Todo lo que se ventila hoy en España no vale la vida de un marinero inglés". (22-VII-1938.)

Su Santidad Pío XI: "Mussolini es el hombre enviado por la Providencia". (20-XII-1926.)

Su Santidad Pío XII, dirigiéndose a tres mil soldados franquistas que lo visitaron: "Habéis combatido por el triunfo de los ideales cristianos". (11-VI-1939.) Dos meses antes había expresado: "Dios ha querido la paz y la victoria para la católica España. Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos, para expresaros nuestra paterna congratulación. En prenda de las copiosas gracias

que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, hacemos descender sobre vosotros, sobre el Jefe del Estado y su Ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, nuestra bendición apostólica". (Fragmento del mensaje papal a los españoles falangistas, en abril de 1939.)

Poco después, el mismo Papa que hoy ocupa el Vaticano, demostrando su maravillosa visión de estadista y la infalibilidad de sus afirmaciones: "Otros pueblos pasan por la guerra o están amenazados de verse envueltos en ella. Italia en cambio, siempre alerta y fuerte bajo la mano augusta del Rey Emperador de Etiopia, y la previsoramente dirección de sus gobernantes (alias el Duce Mussolini), permanece pacífica en su vida civil, en la concordia de los espíritus y en los solemnes cultos de la religión católica". (21-XII-1939.)

Generalísimo Franco, de tanta visión profética como Su Santidad: "El Eje es ahora triángulo, pues comprende a Alemania, Italia y España. Se ha planteado la guerra y los aliados la han perdido. Se confió la resolución a la fuerza de las armas y les ha sido completamente adversa.

"En estos momentos los ejércitos alemanes dirigen la batalla que Europa y el cristianismo, desde hace tantos años, anhelaban. La sangre de nuestra juventud va a unirse a nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad. La democracia y el liberalismo son expresiones trasnochadas en esta época. El triunfo del nazismo y de nuestra Falange, es algo evidente para todos". (17-VII-1941.)

Y agregó el galleguín al cabo de diecisiete meses: "Mantenemos nuestra política tradicional, o sea nuestra adhesión a los pueblos que compartieron nuestras angustias. Si algún día Berlín estuviese en peligro, España enviaría un millón de hombres para defenderlo, de modo que se lleve a cabo la fórmula patriótica y espiritual que España, y cualquiera otro de los pueblos fascistas, ofrecen al mundo". (7-XII-1942.)

¡Ahora, Franco, Franco, Franco, Berlín está en peligro!

¡¡Ha llegado el momento preciso de enviar ese millón de hombres para defenderlo!!

Nuevas frases acoquinadoras.

Resultaría más largo el prólogo que el cuerpo del volumen, si continuase yo adentrándome en la superior inteligencia, siempre iluminada, de los cavernarios europeos. De lo único que fallan es de la memoria, pues hoy olvidan lo que ayer hicieron o dijeron.

Pero tratándose de bocados tan apetitosos, ¿cómo no reproducir también palabras como éstas del susodicho Franco? ¿Cómo no reimprimir cosas tan estupefacientes —o para los gramáticos, tan estupefactivas— en relación con la defensa del catolicismo?

Dice así el discípulo del Mariscal Pétain: "Yo deseo que meditéis en estas palabras: España y el Islam —es decir, católicos y mahometanos— han sido siempre los pueblos que mejor se comprendieron". (4-IV-1937.)

Y esta otra: "Soldados de la Roma Imperial: sois los hermanos preferidos, porque combatís con nosotros en la santa cruzada contra el comunismo y las democracias". (Vitoria, XI-1937.)

Transcurrido un año, contestaba a tan claros pensamientos el general fascista Ambrosio Bartali: "Ya es hora de que el mundo se entere de que la campaña española es una prolongación de la campaña de Abisinia. Necesitamos imponer nuestra influencia en España, porque de lo contrario nunca lograremos que el Mediterráneo se convierta en el "lago italiano" de que habló Mussolini. Por eso ayudamos a Franco". (Roma, XI-1938.)

Y a tantas razones o sinrazones, tomando en cuenta que los británicos son, por lo común, extraordinariamente lentos en la digestión de ideas o de su peculiar "roast beef", después de otro año largo, en 1939, repuso en esta forma, a hechos y a palabras, el nunca bien ponderado Lord Halifax: "He seguido con recatada simpatía las hazañas del caballero cristiano, General Francisco Franco".

* * *

Pongo fin a esto tan alegre, gozoso o supercivilizado, porque sería interminable la exhibición de los grandes estadistas que en los últimos años han dirigido el timón del viejo mundo.

Paso por alto expresiones bárbaras de Goering, gritando que al Reich no le importa la justicia, "sino aniquilar y exterminar". Y de Junger cuando afirma: "La única perfección, realmente civilizada, consiste en el arte de manejar explosivos". Y del Mariscal Pétain, allí donde asegura: La espada de Franco es la más limpia del mundo". Y las de segundones como el arrepentido Lequerica, Goicoechea o el pseudo filósofo Pemartín, quien llega al extremo de afirmar que el fascismo, "siendo como es una concepción religiosa, será en España la religión de la Religión; y que es España el único país europeo donde cabe esa doctrina en su sentido absoluto".

A estas luminarias, cuyos destellos se pierden en la obscuridad de la falta de raciocinio, porque es regla sabida que los extremos se tocan; y a otros como el Conde de Yeltes, quien proclama la urgencia de "exterminar una tercera parte de la población masculina española, para deshacerse del proletariado"; a superbrutos de este jaez, o de sentimientos de tal manera perversos o atrofiados, no vale en realidad la pena traerlos a este cuento sino como ható de gentes de mal vivir.

Pero en cambio si me parece oportuno, para orientación de los católicos sinceros, agregar, en síntesis, la opinión de unos cuantos tetrarcas de la Iglesia, a saber:

Cardenal Mundelein: "Mussolini es un gran hombre; es el hombre del día".

Cardenal Gomá, Primado de España: "La lucha nacionalista de Franco es en realidad una cruzada. Germinará en catolicismo la semilla que se arroje a través de nuestros campos, en el surco que han abierto con su espada los ejércitos de la fe. Cristo y el Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo".

Cardenal Merry del Val, Legado Pontificio: "Mussolini, visiblemente, cuenta con la protección de Dios".

Monseñor Díaz de Gomara, Obispo de Cartagena: "¡Benditos sean los cañones, si en las brechas que abren florece el Evangelio!"

Hans Kerrl, Ministro de Asuntos Eclesiásticos del Reich: "Asistimos hoy a igual espectáculo que cuando Cristo formó, con sus doce discípulos, un haz fiel hasta la muerte por el martirio, y cuya fe estremeció al Imperio Romano. Adolfo Hitler es el verdadero Espíritu Santo".

Cardenal Innitzer, Primado de Austria: "Hoy los católicos de la diócesis de Viena son invitados a elevar gracias a Dios Nuestro Señor, por los grandes cambios políticos que se han desarrollado en Austria. Todas las órdenes de las autoridades alemanas deben acatarse voluntariamente y del mejor grado. Los católicos deben acordarse de la palabra de Cristo, cuando dijo que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Todos los sacerdotes y los fieles, por consiguiente, deben sostener sin reservas al Gran Estado alemán y a su Fuehrer, quien responde a las miras de la Providencia". (Nota entregada a la salida de su visita a Hitler, el 17-III-1938.)

Mas he aquí que éstos son problemas o baldones de Europa y no de América, por lo cual prefiere no seguirlos comentando, horriblemente deslumbrado por tanta inteligencia, un hombre nacido en región tan ignorada del mundo como es el Istmo centroamericano.

Actuación, entretanto, del hemisferio occidental.

Dejo entonces lo de Europa en relación con España, el falangismo, el nazismo, el fascismo y demás terminaciones de lo que hoy se llama "ideologías", para observar la actuación del continente americano, sobre los mismos tópicos.

O, por lo menos, como esto se alarga extraordinariamente, sobre la actitud oficial de nuestros también grandes estadistas en lo relativo a España, puesto que allí está el foco de infección para la América Española.

Abro entonces otra vez el número 6 de los "Cuadernos Americanos", y tropiezan mis ojos, de primera entrada, con santos varones eclesiásticos que en Estados Unidos, haciendo llegar sus consignas

traducidas a la parte sur del continente, han escrito y predicado cosas como las siguientes:

Cardenal O'Connell, de Boston: "Mussolini es el hombre de los milagros. Es un genio en el campo de la ciencia política, que Dios le ha dado a Italia, con objeto de ayudarle a continuar su rápido ascenso hacia el destino más glorioso." (El Carroccio, XXXIV.)

Padre Low, del Boston College: "La mejor manera de proteger y conservar la democracia no es arruinar a Hitler, sino exterminar el materialismo y el socialismo aquí en nuestro propio país."

Monseñor Fulton F. Sheen, muy conocido en México, por haber pedido que se armara de nuevo la revolución, pero no en provecho de los mexicanos sino de los banqueros de Wall Street: "Las naciones que se dicen amigas de Rusia —en otros términos, las Naciones Unidas—, no pueden decir que están luchando por el reino de Dios."

¡Habría que contestarle a este mitrado, enemigo de los pueblos católicos hispanoamericanos; hermano gemelo además, como ya tuve oportunidad de escribirlo en anterior volumen, del Arzobispo de Nueva York, Su Reverencia Francis J. Spellman; habría que contestarle a estos dos monseñores filofascistas, que serán a su entender, sin duda, Hitler y el Mikado, los que ahora "están luchando por el reino de Dios" y por el triunfo del catolicismo sobre la redondez de la tierra!

* * *

Pero temo se me acuse de jacobino, como ya se ha hecho, por cavar en la podredumbre de ciertos hijos de parroquias y de catedrales, a pesar de la admiración y del entusiasmo que siempre he demostrado por los verdaderos representantes de Cristo, quienes no se dejan llevar por odios, ni por codicias, ni por pasiones malsanas.

Voy entonces a los políticos, a los "grandes cerebros", a las cabezas visibles de nuestra solidaridad continental o hemisférica.

Y aquí también parece que anda el mundo de cabeza. ¡Magníficas relaciones diplomáticas con Hitler y con Mussolini, durante largos años; prohibición de atacarles en algunas de nuestras repúblicas; persecución, tortura y encarcelamiento a los que osaran criticar las agresiones del Eje totalitario en Europa, en Asia o en el Africa!

Respecto de la República Española, con la única, notable y ejemplar excepción de México, ningún país de América ha decidido ponerle cordón sanitario al régimen de Franco, no obstante ser el falangismo lo que es y representa entre nosotros.

¡Todavía hoy, todavía en noviembre de 1944, cultivan sus mejores relaciones con la satrapía española, diecinueve repúblicas latinoamericanas!

Acaso obedezca el fenómeno —fenómeno de mal entendida solidaridad— al hecho de que Washington haya sido y siga siendo aliado

incondicional de Franco y su Falange. Mas no seré yo quien haga comentarios acerca de la política norteamericana. Es preferible que sobre problema para él tan conocido tome la palabra Mr. Sumner Welles, ex Subsecretario de Estado del Presidente Roosevelt.

Constantemente cito al mencionado Mr. Welles en este libro. Y así lo hago sin titubear, de manera calculada, para nosotros aprovechable, por haber sido tan alto ex funcionario, colaborador de varias administraciones de su patria, sin excluir a los gobiernos imperialistas de Mr. Coolidge y de Mr. Hoover.

Se le considera como "técnico" en cuestiones interamericanas. Vale decir, en aplicarnos las diversas políticas de la Casa Blanca y de Wall Street.

¡Tanto la que hoy funciona con el nombre de buena vecindad, como la que en años anteriores se llamaba "diplomacia del dólar", o como la que en otras fechas sólo entendía de bombardearnos y descargar marinos en nuestros explotadas tierras tropicales!

Por eso, pues, lo cito con insistencia que algunos juzgarán exagerada. Y por eso, en el caso de España que él mismo manejó en su carácter de Subsecretario de Estado, me valgo igualmente de sus ideas centrales al respecto, como aparecen en su libro "The Time for Decision".

Asegura en síntesis el caballero Mr. Welles, que de todas las ciegas políticas de aislamiento norteamericano, la más desastrosa fué la que mantuvo Washington ante el ataque de la República española por Hiller y por Mussolini.

Hace una relación muy exacta de la forma en que procedieron Italia y Alemania; del abandono que se hizo del régimen legítimo de aquel país; de la actitud de Francia e Inglaterra; del famoso Comité de No Intervención de Londres, y de cómo Berlín y Roma "violaron descaradamente su compromiso de no intervenir", no teniendo inconveniente Mr. Welles en calificar a esos dos países agresores como potencias delincuentes.

Explica a continuación que el legítimo Gobierno republicano, "no pudiendo obtener para su propia defensa más que unos pocos abastecimientos militares, hizo pedidos de aeroplanos y municiones a los Estados Unidos".

Y después de estudiar jurídicamente la política tradicional de su patria en situaciones como la de España, termina diciendo:

"El Gobierno de los Estados Unidos se negó a cumplir con sus deberes internacionales respecto del Gobierno de la República española, y enmendó la legislación de neutralidad existente para impedir que aquel Gobierno adquiriera municiones en nuestro país. Durante la administración de Roosevelt no ha habido, a mi juicio, error más capital que el de la política adoptada durante la guerra de invasión de España".

Lo de Dumbarton Oaks y las naciones débiles.

Y así, de tumbo en tumbo, mientras dan la vida millones de soldados y otros se aprovechan de la gran carnicería, venimos a dar en lo de Dumbarton Oaks, motivo de grandes discusiones durante todo el mes de octubre y en lo que llevamos de noviembre.

Lo de Dumbarton Oaks es el proyecto o anteproyecto a que llegaron los grandes, después de una serie de largas y de muy profundas pláticas en varias semanas de encierro, hasta el 6 de octubre próximo pasado.

Tomaron parte en las deliberaciones —ya podrán imaginarlo los lectores— representantes de los Estados Unidos, Rusia, la Gran Bretaña y se supone que de la heroica y abnegada China, de cuyos sufrimientos pareciera no darse cuenta el mundo occidental.

A partir de la fecha en que el citado Plan fué dado a conocer, empezaron los comentarios en diversas lenguas. Todos han convenido, así los que se adhieren al pro como los del contra, en que a las armas —y a las armas de los cuatro grandes!— se les recomienda o se les encomienda, que es lo peor o lo mejor —según criterios encontrados— la suprema responsabilidad de mantener la paz.

¡Lo que no se sabe —declaró por ahí cierto personaje al parecer de ingenio— es quién les ha hecho esa recomendación, por lo menos en lo que atañe a las repúblicas hispanoamericanas!

De todo ello vino a resultar que en las dos primeras semanas de noviembre, en otra asamblea internacional reunida en Chicago, que lo era de aviación civil, se agrupasen por primera vez desde hace muchos años, en un solo bloque, las delegaciones de nuestra siempre dividida Hispano América.

No sólo hubo allí censuras por la exclusión de la comunidad latinoamericana en Dumbarton Oaks, sino que también se criticó al Departamento de Estado por su aparente olvido de las resoluciones tomadas en Panamá, la Habana y Río de Janeiro.

¡Aunque bien es verdad que tampoco hubo previa consulta de cancilleres en el caso de Argentina, resuelto hasta la fecha única y exclusivamente por los Estados Unidos, sin tomar en consideración a una veintena de partes contratantes!

* * *

Pero en Chicago hicieron oír su voz Cuba, México y las demás delegaciones del sur del Bravo, exponiendo razones como éstas:

“Los hombres de Hispano América hemos estado divididos en diversos asuntos que revestían carácter continental. Hemos tenido nuestras diferencias, grandes o pequeñas, dentro de nuestra familia. Sin embargo, ya nos hemos unido como uno solo, con nuevo valor y nueva resolución, por la necesidad de lograr el reconocimiento de los países pequeños en el mundo del futuro”.

433212

Y como allí se trataba de un proyecto del Imperio Británico y de los Estados Unidos, para establecer una autoridad mundial de transportes aéreos, declaró entonces el delegado de la patria de Martí que las repúblicas hispanoamericanas se oponían a un plan semejante, "que viola sus derechos soberanos"; pero que cooperarían en la creación de un consejo interino de navegación aérea, de índole puramente técnica, consultiva y asesora.

Sostuvo México, a su vez, que el Gobierno de este país se reserva el derecho de autorizar, según su propio criterio, el establecimiento de servicios de aviación sobre territorio nacional, "expidiendo directamente a los solicitantes los permisos correspondientes".

Todas las demás delegaciones de nuestras repúblicas, en fin, se opusieron a la propuesta anglosajona de crear una Comisión Ejecutiva formada por 15 miembros, elegidos permanentemente y con voto doble para las grandes potencias. Declararon rotundamente que eso constituiría un distingo contra los países pequeños, "procedimiento contrario a los precedentes internacionales".

Ofrecieron, por último, mancomunadamente, someter otra proposición para crear un Consejo Interino, "en el cual todos los países tengan asiento e igualdad de votos". Y así como lo ofrecieron lo presentaron, siendo aprobado el proyecto hispanoamericano en reunión ejecutiva de los subcomités.

* * *

Entretanto, mientras se libraba esta batalla, los funcionarios de Washington y nuestros embajadores o ministros discutían, por medio de un comité coordinador, puntos esenciales de lo planeado en Dumbarton Oaks.

El 9 de noviembre declaró Mr. Stettinius que "el Gobierno de los Estados Unidos ha cambiado discusiones fructuosas con los de Hispano América, cuyos jefes de misión le presentaron ya sus puntos de vista".

De este modo se considera vencida la dificultad de no haberse hecho la consulta previa interamericana, que parecía iniciar un derrumbe peligroso de la tan traída y tan llevada solidaridad de todo el continente.

¡Cuestión de forma, nada más! Porque las conclusiones de Dumbarton Oaks no son en realidad sino el esquema de una nueva Sociedad de las Naciones, aunque reforzada con un Consejo que formarían once países.

De ese modo se considera vencida la dificultad de no haberse los ya citados cuatro grandes y Francia en su oportunidad, no sin advertir que únicamente los pequeños tendrán que someterse al proceso democrático de la elección, para periodos en ningún caso mayores de dos años.

En síntesis, una nueva y reforzada Sociedad de las Naciones, pero con autoridad y elementos militares suficientes para defender la paz e imponerla, aportando todos los miembros de la organización "las fuerzas armadas, las facilidades y el apoyo necesarios para ese fin".

Otra ventaja, que acaso sí merezca aprobación unánime: los acuerdos y las decisiones del Consejo de la Liga de Ginebra tentan que tomarse por unanimidad. Ahora sólo se requiere el voto de las dos terceras partes de la asamblea, con objeto de evitar los conocidos sabotajes que impidieron se cumpliera el artículo décimo de la vieja Sociedad.

¡Larga tarea la de echarse sobre los hombros la lectura y el comentario de lo que se está publicando, en estos días, tocante a las conclusiones de Dumbarton Oaks!

Sobre todo cuando no faltan quienes pongan en duda la imposibilidad de que los países débiles puedan asumir las mismas funciones que Inglaterra, Estados Unidos o la Unión Soviética, para enfrentarse a grandes fuerzas agresoras.

* * *

Baste decir, en todo caso, que ya sería mucho lograr para nuestros pueblos la igualdad de representación, de voz y de voto en aquellos menesteres en que no sea necesario usar por nuestra cuenta aviones, acorazados o submarinos de los cuales carecemos.

Y que los grandes cumplan con su deber, y con la Carta del Atlántico, y con los acuerdos de Moscú, del Cairo y de Teherán, de tal modo que el nuevo organismo no se convierta en instrumento de las grandes naciones supercapitalistas, como ocurrió con la Sociedad primitiva, ahogada por las ambiciones y el predominio de estos o de aquellos grandes.

En otras palabras, que predomine un amplio sentido de humanidad y de justicia después de esta hecatombe, con la cooperación de todos los pueblos civilizados.

De lo contrario perderemos la paz, en una o en otra forma, como se perdió a pesar de la primera Sociedad de las Naciones, y como se perdería con esta otra organización en perspectiva, si en ella han de seguir predominando los intereses y el afán imperialista de unas cuantas potencias.

¡Pareciera que dichas potencias se van turnando en lo que tenga que ver con agresiones, pues no debe olvidarse que en el Tratado de Versalles figuraron como víctimas y como defensores de la democracia Italia y el Japón, que después vinieron a formar con Alemania el Eje Roma-Berlín-Tokio!

* * *

Respecto a los países pequeños, concretamente las repúblicas hispanoamericanas, sin acorazados ni bombarderos para enfrentarse a

los que quieran perturbar la paz, sería suficiente con ceñirnos al Derecho y defenderlo con decisión y energía.

Así llegará a comprenderse que este continente unido, cohesionado en propósitos y en ideales, bien puede clamar por sus derechos, y por los derechos de los pueblos oprimidos o sojuzgados de otras latitudes, como pudo hacerlo México en Ginebra.

¡No es cuestión de tamaño en territorio, ni de más o menos millones de habitantes, para hacerse respetar y pedir que se cumpla lo estipulado en compromisos internacionales!

Es cuestión de hombres, pues tanto vale un gran estadista del Ecuador, del Paraguay o de Bolivia, desde el punto de vista mental —cerebro a cerebro, cultura frente a cultura— como el Primer Ministro, por ejemplo, de la Gran Bretaña.

¡Exclúyase desde luego a Chamberlain, quien no tiene punto de comparación ni con el más mediocre o cerrado de nuestros políticos parroquiales hispanoamericanos!

Evitar nuestro pasado de comparsas.

Fuerte sin duda es la palabra: pero no hemos sido otra cosa que comparsas en lo que va de siglo, sin ánimo para resguardarnos a nosotros mismos, y menos por consiguiente a los extraños.

Esa fué siempre la actitud de Hispano América ante los problemas mundiales, no sólo en la vieja Liga de las Naciones, sino también en las Conferencias Panamericanas, no obstante tratarse como se trataba de problemas relacionados exclusivamente con la parte del planeta en que nos ha tocado nacer y educarnos, más o menos bien o más o menos mal.

Sin embargo, cuando en Versalles se nos aplicó el artículo 21 del Covenant de la Liga, dándonos fuerza a determinados acuerdos regionales como la Doctrina de Monroe, fué el representante de un país como Honduras, tan olvidado de Dios y de los hombres de la buena vecindad, el que protestó contra esa cláusula, lo cual demuestra que los pequeños pueden por lo menos alzar la voz, que ya es mucho entre los grandes, para que sientan el poder de fuerzas superiores al de sus tanques y bombarderos.

Argumentaba con razón el delegado hondureño, Dr. don Policarpo Bonilla, que la Doctrina de Monroe no era un acuerdo entre naciones, sino un principio unilateral de los Estados Unidos, sujeto a las más variadas contingencias, según lo interpretasen la Casa Blanca y el Departamento de Estado.

Y aquí viene lo de comparsas. Todas nuestras repúblicas hermanas que allí tenían representación, por indicaciones del Presidente Wilson, y ante el ceño adusto de Clemenceau y la sonrisa enigmática de Lloyd George —teniendo interés Francia e Inglaterra en que los

Estados Unidos se concretaran a su "zona de influencia"—; nuestras repúblicas hermanas, pues, lejos de apoyar la proposición de Honduras, fueron las primeras y las más empeñadas en no disgustar a las grandes potencias.

Muchos años después, en la famosísima sexta Conferencia Panamericana celebrada en Cuba (enero de 1928), cuando el imperialismo y los cañoneos de Nicaragua se encontraban en su momento más agudo, ahogaron también los propios delegados hispanoamericanos la voz del salvadoreño J. Gustavo Guerrero, vencidos por nuestro viejo complejo de inferioridad.

¡No querían aquellos ilustres diplomáticos de nuestra lengua mal impresionar al Gobierno norteamericano, que allí estaba representado nada menos que por el propio Presidente Coolidge, su Secretario de Estado, Kellogg, Charles Evans, Hughes, Fletcher, Morrow y algunos otros personajes de peso completo!

¡Tan completo, que era en realidad aplastante aquella delegación, con diferente idioma y su servicio de intérpretes para entender el castellano!

* * *

Es justo recordar que México no estuvo en Versalles, porque su Gobierno no formaba parte de las Naciones Aliadas en la primera guerra mundial; y porque en la desastrosa Conferencia de la Habana no le quedaba más remedio que proceder con explicable cautela, porque a la sazón se le acusaba de "comunizar" en especial a Centro América, y de oponerse a la injustificada intervención del imperialismo en Nicaragua.

Al transcurrir de varios años, cuando este país fué por fin invitado a ingresar en la Sociedad de las Naciones, vino otra vez a ponerse en claro que no es indispensable ser de los grandes para asumir responsabilidades y ponerse a la cabeza de los pueblos cultos.

¡Si todas las repúblicas hispanoamericanas hubiesen apoyado a Honduras y a El Salvador en los casos que arriba mencioné, no hubiéramos jugado el papel de segundones!

Y si todas las repúblicas hispanoamericanas hubiesen apoyado a México en los casos de Abisinia, de España, de China, de Austria, de Checoeslovaquia y demás países agredidos por el Eje nazifascista, ¡qué gran lección, en defensa de la seguridad colectiva y de los tratados internacionales; qué gran fuerza moral hubiera podido ofrecer a la superculta Europa nuestra subestimada Hispano América!

Espíritu cristiano en pugna con el vaticanismo.

¡Dios me socorra por todo lo que llevo escrito y por lo que aún voy a decir —para terminar— en estos ligeros o pesados apuntes, que así como son proemio pudieran ser epílogo!

Diríjome al Supremo Hacedor porque en el curso de tantas frases y opiniones —ajenas como ya lo dije a creencias religiosas y, desde luego, a las ideas desorbitadas de los jacobinos—, no he tenido más remedio que hablar de ciertos temas y exponerme a lo que venga.

Naturalmente que esos ciertos temas no serán gratos a vaticanistas. Ni a lucradores, internos o internacionales, que sin merced succionan el sudor del prójimo. Ni a modernistas genios del estridentismo, por lo que diré a continuación. Ni a otras castas de cúspide o de más abajo.

¡Las unas con ropaje aristocrático y las otras con adornado gorro frigio, que por ser prenda para la cabeza o para la demagogia, no le hace daño ninguno a la función de digerir!

* * *

¿Vaticanismo? Quiero ser muy claro en este punto, para evitar torcidas interpretaciones, o la difamación y el escándalo que son la delicia, en nuestras parroquias, de la clase social que se podría simbolizar en un hábito de carmelita, en unos bigotes recortados de niño bien, o en un vaporoso traje con mucho escote adelante y todo abierto por detrás.

¿Vaticanismo? Cosa muy distinta de la virtud cristiana. Cosa muy diferente de los Evangelios, y de lo que ansiaba el Hijo del Hombre para los humildes y los desheredados.

Crean los católicos de Hispano América que Jesús Nazareno, de andar otra vez sobre la tierra, no habría consentido los tratos anteriormente relatados de quienes acá lo representan, con la barbarie de Hitler, de Mussolini o del Mikado.

¡No habría tampoco permitido bendiciones e indulgencias en su nombre por las carnicerías de abisinios en el Africa, o por el millón de católicos que despedazaron en España los aviones teutónicoitalianos!

¡Y también, no cabe duda, habría visto con muy malos ojos las conferencias de Su Santidad con representantes de Wall Street y de la City de Londres, para convenir en “métodos anticomunistas de postguerra”, aplicables a países católicos, en el sentido de atrasados o semifeudales, como dizque son los nuestros!

Pero ya expliqué que esto nada tiene que ver con creencias religiosas ni con jacobinismos de ninguna especie. ¡Aunque sí, en cambio, con la manera de proteger los catorce mil millones de dólares —¡propiedad privada!—, con los cuales aseguran haber hecho merced a nuestros católicos pueblos, los muy caritativos “inversio-nistas” extranjeros.

Tal vez sea necesario entonces insistir, no en la actitud del Arzobispo de Nueva York y amigo de Falange, Monseñor Francis J. Spellman, sino más bien en el respeto y admiración que nos merecen

varones religiosos, efectivamente cristianos, cuyo espíritu de humanidad no olvida nuestra América.

¡Ah, Fray Pedro de Gante; Fray Toribio de Paredes o Motolinia; Fray Juan de Palos; Fray Bartolomé de las Casas; el ilustre don Vasco de Quiroga; tantos centenares más de religiosos, precursores todos ellos de aquel maravilloso Fray Servando Teresa de Mier, y del guatemalteco Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea, y del cura salvadoreño don Matías Delgado, y de Hidalgo, y de Morelos, y de Matamoros, y de los seis mil sacerdotes que acompañaron en sus luchas por la libertad a los insurgentes del Anáhuac!

Buena vecindad versus imperialismo.

¿Imperialismo? Cosa muy distinta de la política de buena vecindad del Presidente Roosevelt. Cosa muy diferente de la Carta del Atlántico, y de todo lo que se ha venido ofreciendo y predicando al mundo, acerca de justicia social, libertad efectiva y democracia, en el grado máximo que cada nación pueda obtener.

Por eso en este libro se hace una diferenciación bien clara, sin lugar a divagaciones, entre la historia del "big stick" en Centro América, y la política de buena vecindad que ahora se le ofrece.

¡Se le ofrece, pero sólo a medias se le cumple, ya que allí siguen gobernando y emponzoñando a los vecinos algunos tiranos inmisericordes, franca y públicamente respaldados por los embajadores de la Casa Blanca y por los capataces de la United Fruit!

(Tocante a la United Fruit por lo menos en Honduras, que es la tierra del banano.)

Lo cual quiere decir que esos diplomáticos no pueden considerarse como voceros de la buena vecindad, sino como representantes genuinos de la vieja actitud sojuzgadora norteamericana, para mengua y humillación de nuestros pueblos.

En palabras más concretas: que Mr. James Bolton Stewart en Managua, y Mr. John Erwin, en Tegucigalpa, no forman parte de los diplomáticos civilizados, como debieran ser los de esta época.

Habría que catalogarlos entre aquellos otros que mascaban chicle, ponían las pezuñas calzadas sobre el escritorio, y se presentaban a la sociedad con traje de dril o en mangas de camisa, creyendo halagar y servir con sus modales y con sus apetitos al bárbaro del otro Roosevelt, quien no tuvo inconveniente en tragarse a Panamá.

* * *

Se sacan aquí estas cosas del olvido o de la "conveniencia", porque no hay razón para seguirnos engañando, ni merecen los pueblos que se les trate de llevar por veredas extraviadas.

Siempre será mejor que se conozca íntegramente la verdad, aunque de buscarla y comprobarla venga uno a convencerse de qué ma-

nera abundan entre incultos, cultos y supercultos los cortos de entendimiento, frente a minorías largas de corrupción o de malicia.

Basta darse una vuelta por la Historia europea de los últimos años, sobre todo desde que Hitler llegó al poder hasta septiembre de 1939, para que no quepa duda sobre la cordedad de entendimiento, o la corrupción y la malicia que se mencionan en el párrafo anterior.

Caballerías y caballeros que se derrengan por el cuadril.

¡Descuadrillados anduvieron Chamberlain y su cohorte, a la que se arribaban compungidos los franceses de Bonnet y Daladier!

¡Descuadrillados en el buen sentido de la palabra, pues que no una sino muchas caballerías y caballeros, de ayer y de hoy, se derrengan por el cuadril!

Se han derrengado y siguen derrengándose tantos superhombres, pues por estar en lo alto suelen no darse cuenta de que es despeñadizo el punto en que se hallan.

¡Tan dspeñadizo que hasta los burriciegos de abajo —burriciegos que con unas simples gafas adquieren amplia visión de lo que ocurre—, no titubean en gritarlo y advertirlo para que triunfe al fin la lógica, en medio del absurdo y del confusionismo en que va la humanidad cayendo y levantándose.

* * *

Mas no sientan extrañeza ni se acoquinen, los que aún mantienen sano el juicio, por encontrarse en un mundo que da la impresión de manicomio.

En cuestiones de política —“alta política” internacional—, ya hemos visto que todo es confusión o desatino: desde el apoyo a Franco, en lugar de repudiarle como a Farrel, hasta el abandono de China y el fortalecer a nuestros dictadores centroamericanos con poderoso equipo, a cuenta de préstamos y arrendamientos, para que se conviertan, de chacales, en cruzados del amor al prójimo y a la democracia.

¡No extrañarse, pues, ni acoquinarse, que lo mismo sucede en los demás órdenes —o antes bien desórdenes— que a partir de la guerra mundial número uno sacuden por parejo al sér humano!

Arrobamiento, éxtasis o suspensión del ánimo.

Todo se conoce que anda desquiciado:

Los poetas y la poesía.

La música y quienes la componen o descomponen, con ruidos y estridencias que los “expertos” llaman arte descriptivo.

Los pintores y dibujantes, que no saben ellos mismos lo que pintan o dibujan, por mucho que les presenten y respalden críticos

de gran altura, cuyos comentarios dejan boquiabiertos a los pazguatos de frac o de chaqueta.

* * *

En lo que a esto último se refiere, no tiene uno más remedio que caer en arrobamiento, éxtasis o suspensión del ánimo, frente a maravillas tan escalofriantes como las de Picasso, para citar solamente el nombre de un maestro.

¡Ay de quien ose poner en duda, verbigracia, la genialidad de lo que tituló el celebrado artista "Sueño y Mentira de Franco", que no es sueño sino pesadilla sin nada de coherencia; pero que si es mentira de pies a cabeza, en lo que creen algunos que tiene de ataque al pequeñín Generalísimo.

¡Si así fuesen todas las diatribas contra este baldón de Galicia y de la raza, aviados estarían los republicanos españoles para dar en tierra con su poder y con sus curvas!

Perdón debo pedir a los que saben de estas cosas, aunque creo que también ellos son un reflejo más o menos borroso de lo que ocurre en el planeta.

¡Tan borroso que sienten compasión por los pobres aprendices que se llamaron El Greco, Velázquez, Zurbarán o Goya, seguidos después por el guipuzcoano Zuloaga y por el poquita cosa de Sorolla!

Pero allá ellos con lo suyo, e igualmente con lo suyo quienes no entienden de torceduras o dobleces en el arte.

Por lo que a mí concierne no entro ni salgo en problemas de tal manera difíciles y complicados, precisamente porque son de manicomio.

Pero sí he de confesar que hace ya seis años, primero en Valencia y después en la capital de Francia, tuve oportunidad de conturbarme frente al "Sueño y Mentira de Franco". Y fué mayor mi pena cuando en lujosa revista valenciana, en la que tuve la honra de colaborar, leí el prólogo que a su obra dedicaba el famosísimo pintor.

¡Ochenta líneas, de cincuenta y cuatro letras cada una, a renglón seguido, sin un punto ni una coma! De todo se hablaba en esa prosa inigualable: desde piojos, chinches, sapos y murciélagos, hasta cetros y coronas.

¡Exclamaban sin embargo los cenaculistas, con seriedad aterradora, que no habían saboreado en su vida literatura tan selecta ni de tan extraordinaria exquisitez!

¡Cuestión de manicomio, vuelvo a repetirlo! Si es Picasso al dibujo y a la pintura lo mismo que a las letras, sin puntos y sin comas, sin mayúsculas, minúsculas, ni verbos o preposiciones en su sitio, no queda entonces más salida que abrirle paso quitándose el sombrero, para evitar confusiones o incidentes como el del yelmo de Mambrino.

* * *

Respecto de la música —valgan excepciones gloriosísimas, que no se han dejado arrastrar por la corriente— no es cuestión de explicarla o comentarla, sino de oírla y de salir corriendo.

En cuanto a la poesía, al parecer asunto de "iniciados" y de alambicadores, que dividen al azar los renglones de prosa en renglones de verso, a como caigan y como suene, ¡ya tendría para rato Menéndez y Pelayo si traído a la actual generación de "pura estética", quisiera preparar un segundo tomo de las mejores cien composiciones en lengua castellana!

Claro que también hay ilustres aedas fuera de este caos: mas no por extravagantes ni por modernistas, sino por aquello que aún conservan de lo clásico español y de lo clásico hispanoamericano, que es cosa profunda de la entraña popular y del amplio horizonte que al idioma de Cervantes le brinda el nuevo mundo.

En este amplio horizonte cantaron don Andrés Bello, Heredia, nuestro gran Darío, López Velarde, Guillermo Valencia, José Martí, Rafael López, Díaz Mirón, Chocano, Nervo, Lugones, para no citar sino a unos pocos de la constelación del siglo diecinueve y principios del vigésimo.

¡Pobre de mí, que caeré en la excomunión de los retóricos ultramodernos, enfurecidos o apiadados de mi retraso por dar a la estampa semejantes nombres!

Labor y responsabilidad de nuestra clase intelectual.

Si así anda el mundo en materia de estadismo, en lo poético, en lo pictórico y en lo musical o estentóreo, no hay manera de evitar entonces que también hayan caído de cabeza ciertos principios que formaban antes, como si dijéramos, una fuerte caparazón protectora de la ética.

Mas no he de hablar aquí de ciertas damas rezadoras de abolengo, que no dejan vivir al prójimo de tanto asomarse a sus rendijas.

Menos aún de don Sebastián, don Filomeno o don Toribio, comerciantes, abarroteros, hambreadores, dueños de lechería, de botica o funeraria.

¡Sus hijas y sus esposas encienden quince velas al santo de su devoción, organizan rosarios y pagan misas de revestidos, por la infinita misericordia de Dios que tan abundantemente protege a la familia!

Entretanto van por la calle los hambreados, sin pan, sin leche, sin abrigo, sin medicinas y sin ataúd, en última instancia, para que los lleven después al cementerio.

* * *

Pero ya ofrecí no hablar de estos trágicos problemas, que tomarían al psicólogo o al alienista de mayor presteza, muchas páginas y largas horas para poder analizarlos.

Terminaré, entonces, señalando la responsabilidad que lleva encima nuestra clase intelectual. Eso explica, además, que haya cometido yo el atrevimiento de referirme a poetas, músicos, escritores y demás hombres de selección intelectual o artística.

No por molestar a nadie. No por contradecir a Picasso ni a sus admiradores, ya que en otro sentido debe reconocérsele a este forjador de obras raras, incomprensibles o absurdas, el haberse comportado con lealtad excepcional hacia el pueblo de su patria.

Débese mi actitud, antes bien, a que esa categoría de arte y de literatura está muy cerca de entrar en los límites de lo neutral, no compromete a los autores y deja muy tranquilos en su puesto a los verdugos del género humano.

Y no queremos que eso ocurra, o que siga ocurriendo también en Centro América, porque lo menos que se le puede pedir a un intelectual en toda su plenitud, a los creadores y a los artistas, sobre todo, es que tengan valor de reflejar lo que vive, lo que anhela, lo que sufre el pueblo de cuya entraña forman parte.

Alguna vez lo dije ya, refiriéndome precisamente a la pasmosa inactividad de algunos altos valores de la España republicana en el destierro: "Señalar con la cabeza en alto la tragedia, la heroicidad y el martirio de su patria, subjetivando la objetividad de la hecatombe y ofreciéndola al mundo, con amplio sentido estético, en escritos que serían luminosos y aleccionadores, en cantos épicos, en cuadros, en himnos, en dibujos, en alegorías".

* * *

No es otra cosa lo que pedimos en la América Central. "¡Que nuestros intelectuales —como me escribía un compañero salvadoreño, cuyo nombre prefiero no traer a colación—, hombres sin patria, muy ocupados en los problemas abstractos del arte y de la filosofía, pero indiferentes a los dolores de su país, cumplan al fin con su deber!"

Clasificaba otro compañero a nuestros escritores en dos grupos bien definidos: "Los intelectuales masculinos y los intelectuales afeminados, estos últimos todavía muy numerosos. Y así Centro América se nos ofrece siempre como un problema que no se puede aclarar en la conciencia colectiva, porque lo estorba el criterio de las voces atipladas, el criterio de todas las inteligencias en almoneda".

Emite después este certero juicio el citado escritor cuscalteco, quien por desgracia sigue ahora caminos extraviados: "La misión de la inteligencia no es otra que la de enfocar, con sinceridad y valentía, los problemas colectivos. Servir al pueblo y no ponerse, en ningún caso, en contra suya, es la tarea que le corresponde al hombre de letras, cuando es escritor másculo y fuerte.

"El escritor pusilánime y afeminado, por el contrario —almas canijas que entre el miedo y el deber se quedan con su miedo, que

hacen frases bonitas y bellos madrigales—; el escritor pusilánime y afeminado alquila su pensamiento y desvirtúa su auténtico papel en la vida, de la misma manera que las mujeres de mal vivir defraudan su misión biológica, comerciando con la urna sagrada de su cuerpo”.

Algo semejante había proclamado yo mismo en “Liberación”, hace poco más de nueve años. El que esto escribe afirmó en aquella fecha:

“Es indispensable que nos demos cuenta exacta de la realidad propia y de la realidad mundial, no quedando a la zaga en materia de orientación. Pero esto implica que los intelectuales comprendan claramente cuál es su papel; que se enfilen resueltamente en la causa popular; que entren en acción, tomando el arte, la ciencia y la alta cultura como medio eficaz de lucha en favor de los humildes y de los desheredados.

“Porque sería extraordinario que literatos y artistas persistieran en levantarse de hombros ante el clamor de los oprimidos, que es su propio clamor, periódicamente acallado con mendrugos que caen de lo alto y llegan a engañar su condición precaria, apurada, dolorosa, llena de materiales congojas y llena, igualmente, de hondas y de crueles torturas mentales.

“Adelante deben ir ellos, firmes los pies en la tierra, con ánimo de imprimir nuevos rumbos a un sistema que no pueden seguir tolerando, que no pueden seguir viviendo los pueblos generosos y sufridos de la América Central”.

* * *

Casi dos lustros han transcurrido desde entonces. Aquellos países, a fuerza de mucha heroicidad y de mucha sangre, van a la postre abriendo los ojos y derrumbando tiranos.

¿No podía Centro América quedarse atrás en esta gran crisis de la Historia, cuando la humanidad lucha desesperadamente por ser libre; por conseguir que se respeten sus derechos; por que alguna vez prevalezca en el orbe la justicia!

¿Qué actitud asumen los intelectuales de nuestra tierra centro-americana? ¿Hasta dónde están cumpliendo con la obra reivindicadora que son ellos los más obligados a procurar que se realice?

Pensemos con Rabindranath Tagore que el grito de los corazones y de los cuerpos aplastados es tan doloroso, tan horriblemente trágico, que el arte más puro se estremece y la novela y la filosofía se vuelven carne.

Y asumiendo sin temores nuestra responsabilidad, grave sin duda, estemos de pie con nuestros pueblos, y con todos los pueblos oprimidos de América y del mundo.

VICENTE SAENZ.

México, D. F., noviembre de 1944.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE CENTRO AMERICA

El material de este trabajo, con algunas supresiones, adiciones y reformas indispensables por lo que ahora mismo está sucediendo en Centro América —noviembre de 1944—, es en su esencia el que sirvió al autor para su ensayo, de igual título, en *Cuadernos Americanos*. Lo publicó en dos partes esa gran revista bimestral, números 5 y 6, a partir del mes de septiembre del año en curso. Se le incluye en esta recopilación por las razones expresadas en el preámbulo, con el asentimiento del Prof. Jesús Silva Herzog, Director-Gerente de los referidos *Cuadernos Americanos*.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE CENTRO AMERICA

NO encuentro título mejor para este trabajo que el del encabezamiento. Porque eso es, en resumen, y en forma muy sintética, lo que creo más oportuno ofrecer a los lectores: una reseña del pasado, el presente y el porvenir de Centro América, explicando, tan sencillamente como sea posible, basado en realidades, lo que otros suelen confundir por la obsesión de buscar “interpretaciones”, más o menos aceptables o más o menos retorcidas, a la luz o a la sombra de ésta o de aquella doctrina filosófica.

Mala cara pondría sin duda don Carlos Marx —si de pronto se encontrase de nuevo en este valle de lágrimas para unos, y de placeres para otros— al ver y oír tantas cosas como se dicen y se hacen en su nombre.

Exclamaria, por lo menos, que le está sucediendo lo mismo que a la democracia. Después de mucho predicarla, la ponen en trance de naufragar aquellos que se valen de doctrina tan dignificadora para otros fines que no han de ser, precisamente, los que conduzcan a una transformación política, social y económica de honda raigambre popular, en el más amplio sentido de la palabra.

Comprenderán los lectores que muy bien podrían emplearse en este caso, al escribir sobre transformación social, económica y política, vocablos de factura o de manufactura “técnica”, que por lo traídos y lo llevados han venido a ser comunes: infraestructura, superestructura, dialéctica hegeliana, tesis, antítesis, síntesis, etcétera.

¡Bien cabría todo eso! Pero ya voy entrando en disquisiciones, y aun imaginándome el fruncido ceño del fundador del socialismo científico, al ver el estado en que lo dejan quienes acostumbran apegarse más a la teoría —a lo que hoy toma la misteriosa calificación de “tácticas”—, que a los hechos claros y precisos; a la Historia, en suma, que es la vida de los pueblos.

Dejo por consiguiente el preámbulo; y me acojo, sin más demora, a realidades concretas desde el punto de vista histórico.

Alborea la independencia americana en el siglo diecinueve.

HE sostenido en mis cátedras de Historia de América que la lucha pro independencia y libertad, quedó planteada en nuestro continente a poco de iniciarse la conquista.

Y no porque la gran masa indígena, vencida por las armas o catequizada por la fe, sumisa, víctima de la servidumbre, desmoralizada, desposeída, se enfrentase a los estamentos directores de la sociedad en la época de la Colonia.

No. La lucha se entabló desde un principio entre las mismas clases poseedoras. Contra la autoridad real, contra el Estado, contra la metrópoli; contra la burocracia peninsular de virreyes, capitanes generales, jueces, visitadores, tesoreros de la Corona, audiencias, oidores, factores y demás funcionarios; incluso contra las misericordiosas Leyes de Indias —que sólo en mínima parte se cumplieron— inspiradas por dominicos y franciscanos, empezaron su oposición los conquistadores, los encomenderos, los *hombres de garra*, que se habían ido posesionando de la tierra, de los indios y sus familiares como esclavos, de las minas, de todo lo que significaba dominio económico.

De modo que las raíces de la independencia —asegura dentro de la misma tesis Jorge García Granados— “no se encuentran en el periodo inmediatamente ante-

rior a ella, sino que el conflicto duró *en potencia* tres centurias". Y agrega:

"Desde los primeros tiempos se suceden los asesinatos, se multiplican las conspiraciones y aun se llega a la guerra civil, como en el Perú. Colón regresa de su tercer viaje cargado de cadenas; Cortés muere en desgracia; Núñez de Balboa y Gonzalo Pizarro, hermano de don Francisco, acaban en el cadalso; los hermanos Contreras en el desastre de una sublevación obscura; nadie está libre de un proceso ni de la muerte, porque las denuncias llevan todos los días, al rey y a sus consejos, grande alarma respecto a los planes de los conquistadores.

"El hecho escueto es que los españoles avecindados en las colonias, aspiran a formar una aristocracia dominadora, considerando injusto y tiránico cuanto se oponga a sus aspiraciones. Nuevos intereses económicos los hacen apartarse de la metrópoli y sentirse individuos de otra colectividad.

"Continúan siendo españoles, pero españoles de América, ya no de España. Su enemigo natural es precisamente el español peninsular —el "europeo"— que por merced del monarca, y sin conocer siquiera el país en que vive el criollo americano, le disputa la hegemonía de lo que él considera su patria, le arrebatata las prebendas y legisla a su favor sobre la propiedad de los encomenderos, sobre las minas y demás fuentes de riqueza".

* * *

Esta era, pues, la situación de nuestra América, durante sus tres largos siglos de coloniaje, hasta que corrientes ideológicas mundiales y acontecimientos políticos determinados vinieron a propiciar, en el momento oportuno, la ruptura de los lazos que ligaban a las colonias con la metrópoli.

¿Y cuál fué ese momento oportuno? ¿Cómo y cuán-

do pudo madurar el movimiento hispanoamericano de liberación?

La respuesta es bien sencilla: cuando las minorías intelectual y moralmente selectas de nuestros países captan y pregonan el ideario de libertad del viejo mundo, sobre todo el de los enciclopedistas franceses, quienes durante el siglo dieciocho reaccionaban, con decisión extraordinaria, contra las desigualdades y las injusticias del antiguo régimen.

Estaban ellos proporcionando a los pueblos europeos —y también a los de América, desde el otro lado del mar!— la doctrina democrática que fué la base de la revolución francesa.

Llegaba la propaganda —libertad, igualdad, fraternidad— en los mismos barcos que traían productos manufacturados de la metrópoli, *a precios altos de monopolio*, en tanto que se llevaban nuestras materias primas *al bajo precio* que les quisieran fijar las compañías concesionarias españoles.

Abusos semejantes provocaron la independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica en 1876, que junto con la revolución francesa del 89, contra el absolutismo de los Borbones, formaron un “clima”, una “psicosis” mundial que negaba el derecho divino de los reyes, que proclamaba la igualdad entre los hombres y que ya no quería tolerar el formidable poder económico del clero.

Ese “clima”, en mayor o menor grado, alcanzó al imperio colonial de España, como reflejo de lo que ocurría en Europa y en los Estados Unidos, no obstante el analfabetismo de las grandes masas de indígenas, de mulatos, de zambos y de “pardos” de un extremo al otro de la América española.

¿Valdrá la pena entrar aquí en consideraciones sobre lo que debe entenderse por analfabetismo?

¿Será necesario recordar cómo insignes letrados de nuestras pobres repúblicas han sido los más grandes enemigos de la dignidad humana, en pugna con analfabetos que no sabían leer los signos gráficos del pensa-

miento, pero que sí entendían y sentían el modo de pensar de los libertadores?

Este último es el caso de los húsares de Junín, de los mexicanos que seguían a Hidalgo y a Morelos, de los gauchos argentinos, de los llaneros tropicales, de toda nuestra heroica pléyade de soldados *poco leídos*, pero que salían por doquier al paso de los realistas, hasta dar su golpe definitivo, en Ayacucho, a la dominación de la España fernandina en nuestro medio.

Adviértase que ese gran movimiento continental, contra Bonaparte como pretexto y después contra la monstruosidad y la traición personificadas en Fernando VII, se hizo simultáneamente, de norte a sur y de este a oeste, en todas las colonias que explotaba España en el hemisferio occidental.

Ya se ha dicho que se había formado un "clima" psicológico que nos llegó de Europa, pudiendo dar su fruto tanto en México como en Venezuela, en Chile como en la Argentina, sin que Hidalgo se hubiese puesto de acuerdo con Miranda o San Martín, ni Morelos con Bolívar o con O'Higgins.

Epocas o períodos caóticos.

DESPUES, las épocas caóticas.

No triunfaron los pueblos.

No triunfaron las grandes mayoría desposeídas.

La victoria fué de los criollos, del clero rico (no de los humildes sacerdotes proletarios), de los latifundistas, de las clases dominantes, en fin, que deseaban el poder político, y que lograron obtenerlo con la independencia.

Los vedaderos insurgentes, los que sí pensaban abatir o por lo menos frenar un poco al poseedor, tomando como ejemplo el caso de México, fueron fusilados y posteriormente aprovechados o engañados en nombre de

la independencia —Guerrero con el Plan de Iguala—, en más de una década de incesante lucha.

Aquellos grandes y gloriosos rebeldes, tuvieron entonces que dejar su sitio a quienes en las primeras batallas habían sido los más crueles y sanguinarios defensores de la monarquía peninsular.

Sacrificado Hidalgo, sacrificado Allende, sacrificado Morelos, sacrificado Mina, convertida en humo la Constitución de Apatzingán, nos encontramos con una independencia ultimada por el realista Iturbide, merced al dicho Plan de Iguala y a los Tratados de Córdoba.

Hábilmente se confeccionó *el nuevo orden* en las reuniones de la Profesa, donde canónigos y algunas mitras; comerciantes peninsulares con grandes intereses que defender; aristócratas criollos, que seguían siendo partidarios de Fernando VII o de cualquier otro absolutismo; nobles de ultramar llegados a estas tierras en servicio de la Corona; tantos otros enemigos poderosos, resumiendo, de los únicos que merecían el calificativo de revolucionarios, se sintieron de pronto conmovidos por ansias de reivindicación autonomista: es decir, la suya, que no era ni mucho menos la del pueblo.

Todo eso dió origen al imperio de Iturbide y al período caótico que habría de seguir a tan flamante régimen.

Nótese, como experiencia digna de estudiarse en nuestros días, que la consumación de la independencia mexicana por Iturbide, con su Plan de Iguala y los convenios de Córdoba, no fué sino el resultado de lo que ahora se llamaría *unidad*, tanto interior como internacional.

¡Sin excluir, por supuesto, a don Getulio Vargas, ni al pintoresco de Trujillo, ni a los déspotas de la América Central y de otras latitudes, siempre que levanten el dedo al hablar de democracia!

¿Apoyar, pues, a los tiranos, o no combatirles en nombre de la libertad?

¿Guardar silencio mientras éstos trituran a sus pueblos, pidiéndole resignación de nazareno al oprimido, al apaleado y al encarcelado, en espera de que triunfen las Naciones Unidas?

¿No atacar, en fin, a los totalitarios de machete o de tizona, precisamente para defender la democracia?

¡Pobre democracia, si necesita de tales soportes para subsistir!

¡Pobre democracia, que con semejante compañía se guirá de tumbo en tumbo, dando traspiés en esta conturbada mitad del siglo veinte!

Pero no hay remedio: con tan simple palabra, *unidad*, a la que no pocos partidarios de la "táctica" le dan poderes mágicos o sobrenaturales, se pretende echar en un mismo costal a monárquicos de pies a cabeza; a fascistas redomados de hace pocos meses; a poderosos industriales; a obispos y arzobispos de los que en España firmaron la Carta Pastoral en favor de la matanza del pueblo *católico* peninsular, que andaba mosquetón al hombro defendiéndose de falangistas y traidores; a todos los que quieran unirse a ciertos grupos mal llamados izquierdistas —¡e izquierdistas de hueso al rojo vivo!—, con objeto de librar descomunal batalla contra las fuerzas totalitarias de Berlín, de Tokio y de otras capitales.

También, si ello es posible —¡Washington y Londres apoyan al Madrid de Franco!—, contra el ya referido vaticanista indulgenciado, "con voluntad de imperio, a pesar de que lo siguen bendiciendo y ensalzando los reaccionarios de todos los matices, a quienes "tácticamente" pretenden atraerse los del pueril extremismo colorado.

* * *

Cae de su peso que no quieren sacar experiencia de la Historia quienes predicán cosa tan absurda. Y para

demostrarlo insisto —tocante a lo interior— en el caso de México, por lo que esta generosa república significa para Centro América, y por moverse aquí algunas de las citadas agrupaciones que al hablar de “perspicacia política”, guiñando el ojo, dan la impresión de no comprender que los del bando contrario —¡los cavernarios invitados a unificarse!— también saben guiñarlo, puesto que debe presumirse, salvo mejor opinión, que los que tanto han medrado y explotado al prójimo, no pueden ser, ayer ni hogaño, inocentes bobalicones sin pizca de entendimiento.

Pues bien, arriba quedó expuesto lo que vino a suceder con la *unidad* en torno de Iturbide, y con la derrota consiguiente de las aspiraciones populares: el imperio, de primera entrada; y a poco andar un caos de tal naturaleza que le hizo perder a México la mitad de su territorio, después de la separación de Texas, viéndose por otra parte sometido nuestro heroico hermano mayor, por una u otra causa, a intervenciones extranjeras que nunca fué posible dilucidar a la luz —*generalmente opacada*— de la Doctrina de Monroe.

Pero hay todavía otro ejemplo, a propósito de tan singular clase de *unidad*. ¿Ignoran acaso los teorizantes de 1944 que el mejor apoyo al porfirismo, en lo que tuvo de paso atrás: desde la tolerancia en lo que atañe a las leyes de reforma hasta la entrega del país al capital monopolista extranjero; ignoran que todo eso se construyó con argamasa de *unidad*?

¡Junto a liberales moderados y a liberales extremistas o jacobinos, entraron a cooperar en la administración nada menos que el Regente del imperio de Maximiliano, el famoso arzobispo don Pelagio Labastida y Dávalos, en la muy grata compañía del obispo de San Luis Potosí, Monseñor Ignacio Montes de Oca, y de este o aquel delegado en la Comisión conservadora que ofreció al archiduque austriaco la corona imperial!

¿Y el caso de Madero unido con los “científicos”, y con el Ejército Federal de don Porfirio, y con todas las fuerzas reaccionarias o de “orden”, situación que a bre-

ve plazo culminó en la muerte del apóstol a manos de Victoriano Huerta?

* * *

Témanle a esa clase de contubernios —tan contrarios a los frentes populares, que si eran capaces de cohesionar a los partidos efectivamente progresistas, en lucha decisiva contra la caverna interior e internacional—; témanle a esa clase de *unidad* los demócratas sinceros, que no van por caminos equivocados o tortuosos.

¡A la unidad con Halifaxes, Darlanes o Badoglios —estilo Naciones Unidas—; al apaciguamiento en cualquiera de sus formas; a tanta complicidad o incompreensión que, por otra parte, cohibe a mentes generosas para enfrentarse a los tiranos de por estas latitudes, con sus leguleyos cómplices del imperialismo extranjero, con sus machetes y levitas, que de Pearl Harbor a la fecha se han convertido en defensores de la democracia en nuestro continente! . . .

Témanle, que ya don Porfirio —de alta talla si se le compara con los mediocres personajes del viejo mundo en descomposición— pudo demostrar que semejante forma de *unidad* bien habría de servirle para sus treinta largos años de dictadura.

¡Tal vino a ser el remate del período caótico iniciado en la Profesa, que azotó a los mexicanos durante más de nueve lustros!

Entra en escena un nuevo factor.

HABRA quienes afirmen que los períodos caóticos del siglo pasado y en lo que va de esta centuria, desde México hasta la Patagonia, pasando por lo que fué la gran federación bolivariana, no se deben a la *unidad* sino a todo lo contrario; es decir, a que esa *unidad* se hubiese roto.

Sean servidos de observar los que tengan tal opinión, que con mantenerse unidos los criollos, los "europeos", el clero en su carácter de institución capitalista, los terratenientes y las demás castas privilegiadas de la sociedad, *si es probable* que se hubiera evitado tanto caos; *pero es seguro*, en cambio, que tan maravilloso "orden" en favor de los de arriba y en perjuicio de los de abajo, sólo se habría podido lograr a costa de la más horrenda servidumbre y de la más infamante esclavitud de las grandes mayorías hispanoamericanas.

Afortunadamente la Historia no se hace con "lo que hubiera podido suceder", sino con lo que ha ocurrido, con lo que está sucediendo ahora mismo. Y como se había formado en nuestra América el "clima" de libertad a que antes creí necesario referirme, fué un nuevo factor, en el sur, en el centro y en el norte, el que no permitió que la aristocracia criolla disfrutara impunemente, ni durante tiempo indefinido, de sus privilegios y de sus prebendas.

Podrá llamarse a este factor clase media de vanguardia.

Intelectuales avanzados.

Profesionales ávidos de destacarse.

Sacerdotes sin esperanza de vestir nunca con el morado de los monseñores.

Hombres del pueblo, que tomaron las armas tras la esperanza de una vida mejor.

Artesanos que comprendían no haber salido gananciosos, poco ni mucho, con que el bastón de mando lo hubiesen pasado, los españoles de Europa, a los españoles criollos de América.

Todos estos elementos, no hay duda, formaron el tercer factor; pero impelidos por algo que llevaban en lo más hondo de su conciencia: el ser "pardos", el ser mulatos, el ser zambos, el ser mestizos, el haber peleado como nadie lo había hecho en el nuevo mundo por la libertad, y seguir siendo a la postre lo que fueron durante la colonia.

Y empezó entonces la era de los levantamientos, de los cuartelazos, de ese caos continental arriba mencionado, consecuencia lógica de que no hubieran vencido los Morelos sino los Iturbides, con el respaldo de la Profesora.

De que el venezolano Páez y lo que él representaba, a pesar de la intervención siempre noble y oportuna de Bolívar, no hubiera podido entenderse con el colombiano de prosapia, Francisco de Paula Santander.

De que los criollos —aristocracia y plutocracia— se creyeran herederos legítimos de virreyes, capitanes generales, de toda la gama burocrática peninsular, reuniendo al fin en sus manos el poder político y gran parte del poder económico de las antiguas colonias.

En muy pocas palabras, *de que no hubiese cuajado la revolución al mismo tiempo que la independencia.*

Mas contra los cavernarios, teóricos, orgullosos, sin arraigo popular, enemigos jurados de la "chusma", se fueron preparando especialmente los mestizos, inquietos, batalladores, impetuosos, dirigidos por caudillos mal o bien llamados fuertes, generalmente brutales, que en diversas repúblicas de la América española lograron dominar a la plutoaristocracia directora, hasta conseguir su aniquilamiento —en parte al menos— como casta privilegiada.

* * *

Escrito lo anterior a grandes rasgos, en forma panorámica, sólo restaría decir que Centro América presentaba un cuadro semejante. Allí la autonomía nos llegó como regalo de los gloriosos libertadores del resto del continente, fecundada esa conquista con la sangre de mexicanos y sudamericanos, sin que nuestros tatarabuelos tuviesen necesidad de derramar la suya.

A título gratuito obtuvimos, pues, la independencia.

Sin oposición del Capitán General de Guatemala, don Gabino Gaínza, quien antes bien estuvo de acuerdo en contribuir a ella, y en servirle después a Iturbide.

Sin ejércitos realistas, oponiéndose a la voluntad de los cabildos.

Sin el más leve asomo de violencia, puesto que era nuestra emancipación — parece indispensable repetirlo — como un reflejo de la enorme epopeya realizada en el sur y en el norte.

Acta deliciosa de independencia centroamericana.

DE esta manera ocurrieron los sucesos el 15 de septiembre de 1821, en la ciudad de Guatemala:

“Siendo públicos e indudables los deseos de independencia que por escrito y de palabra ha manifestado el pueblo de esta Capital: recibidos por el último correo diversos oficios de los Ayuntamientos Constitucionales de Ciudad Real, Comitán y Tuxtla en que comunican haber proclamado y jurado dicha Independencia y excitan a que se haga lo mismo en esta Ciudad: siendo positivo que han circulado iguales oficios a otros Ayuntamientos: determinado de acuerdo con la Exma. diputación provincial, que para tratar de asunto tan grave se reuniesen en este Palacio el Illmo. Sr. Arzobispo, los señores individuos que diputasen la Exma. Audiencia territorial, el venerable Sr. Deán y Cabildo Eclesiástico, el Exmo. Ayuntamiento, el M. I. Claustro, el Consulado y M. I. Colegio de Abogados, los Prelados regulares, Gefes y funcionarios públicos: congregados todos en el mismo salón: leídos los oficios expresados: discutido y meditado detenidamente el asunto: y oído el clamor de VIVA LA INDEPENDENCIA que repite de continuo el pueblo, aglomerado en las calles, plaza, patio, corredores y antesala de este Palacio, se acuerda por esta Diputación e individuos del Exmo. Ayuntamiento:

“1o. Que siendo la Independencia del gobierno Español, la voluntad general del pueblo de Guatemala, y sin

perjuicio de lo que determine sobre ella el Congreso que debe formarse, el Sr. Gefe Político la mande publicar, para prevenir las consecuencias *que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo*". (Subraya el autor.)

De modo que el 15 de septiembre de 1821, en el Palacio Nacional de Guatemala, se firmó solemnemente el Acta de nuestra Independencia, mientras el pueblo, cuya actuación "sería temible en el caso de que él mismo la proclamara", se veía reunido en las calles, plaza, patio, corredores y salas del Palacio Nacional de la Capitania.

En los demás artículos del Acta se resuelve el envío de oficios a las Provincias por correos extraordinarios, para que sin demora elijan diputados; se explica en qué forma deben hacerse las elecciones; se declara que las autoridades establecidas seguirán ejerciendo sus funciones; se convierte al Capitán General, Brigadier don Gabino Gaínza, en suprema autoridad, manteniendo en sus manos el gobierno superior y militar; se crea una junta provisional consultiva; se dispone, además, que la religión católica se conserve pura e inalterable; se acuerda enviar oficio a los dignos prelados de las comunidades religiosas, "para que cooperen a la paz y al sosiego, que es la primera necesidad de los pueblos"; y después de otros artículos en relación con los juramentos de fidelidad al nuevo régimen, que deberían prestar la Junta provisional consultiva, el Ayuntamiento, el Illmo. Sr. Arzobispo, los Tribunales, las Comunidades religiosas, los militares y tropas de las respectivas guarniciones, etc., termina el Acta con el artículo N° 18, cuyo texto es el siguiente:

"18.—Que se cante el día que designe el Señor Gefe Político una misa solemne de gracias, con asistencia de la Junta Provisional, de todas las autoridades, corporaciones y gefes, haciéndose salvas de artillería y tres días de iluminación".

Así, *en palacio*, nació la independencia centroamericana, proclamada por nuestra aristocracia criolla, por nuestro círculo dominador, por el núcleo clerical aprovechado, por los españolistas fernandinos, de donde saldrían los *cachurecos* o conservadores más retardatarios.

Lo cual quiere decir que teníamos también en aquella tierra de volcanes, de lagos y de istmos para futuras empresas canaleras, las mismas castas reaccionarias que dominaban en el resto de América, opresoras del cuerpo y del espíritu.

Pero teníamos, a la vez, el movimiento antes mencionado de los mestizos, o de los "pardos", o de los zambos; el movimiento popular, el de la multitud que rodeaba la mansión o Palacio de la Capitanía; y junto a ello el proceder generoso de blancos eminentes por su saber y experiencia, próceras figuras que los reaccionarios consideraban como suyas. En otras palabras, erguía con el pueblo el dinamismo de nuestra clase media progresista, ávida de poseer y de saber.

De este último núcleo surgieron nuestros partidos liberales, a los que llamaban *rojos* o *fiebres* las cultas y piadosas gentes del otro bando. Dichos partidos liberales eran afines de los que se formaron simultáneamente en la América del Sur con ese nombre, y de los grupos federalistas mexicanos, en pugna con los centralistas.

*A cien años de distancia se oye
más fuerte la voz de Morazán.*

DE los liberales genuinos era el hondureño Francisco Morazán. Nació este ilustre varón el 3 de octubre de 1792, en lo que era y sigue siendo Tegucigalpa. Muy joven todavía comenzó a destacarse en la vida pública hondureña, de tal modo que a la edad de 34 años era Presidente del Consejo Representativo de su Estado natal.

Ya para esa fecha comenzaba en Centro América la lucha feroz de los de abajo contra los de arriba, o sea

contra los criollos y aristócratas de diversos matices, encabezados en Guatemala por el Presidente de la Federación, Manuel José Arce, adversario de la Carta Fundamental de 1824, no obstante haber jurado cumplirla y defenderla.

Deseoso de imponer su centralismo —por tributos de más o de menos que hubieran podido arreglarse—, el más alto funcionario federal, el primer gobernante de Centro América, señor Arce, se lanzó en 1827 sobre Comayagua, entonces capital de Honduras, y tomó presos al Jefe de ese Estado y al de la propia Guatemala.

En tales emergencias la figura de Morazán adquiere sus más altos relieves, tanto en lo civil frente a complicados problemas, como en lo militar, librando memorables y siempre victoriosas batallas, hasta sitiar y dominar a Guatemala en 1829, lo que dió lugar a la caída del Presidente federal y a su propia elección.

* * *

Sería imposible esbozar en este trabajo, forzosamente resumido, una relación detallada de lo que hizo y de lo que no pudo hacer aquel valor auténtico de nuestra América. Lo interesante es darse cuenta de su pensamiento, de su afán de progreso, del espíritu que lo animaba para enfrentarse a tantas incomprensiones y a enemigos, de tal manera poderosos, como los que obstaculizaban su labor.

Baste decir que a la sazón prevalecía en nuestro medio, con los episcopales y los criollos en el poder de la antigua Capitanía General, el odio al humanismo, la política de los privilegios y de las encomiendas, la oposición sistemática de las derechas para educar y enaltecer a la irredenta masa de color bronceado.

Pugnaba entretanto nuestra máxima figura liberal por darle fin a lo escolástico, sosteniendo que “sólo la instrucción pública destruye los errores y prepara el

triunfo de la razón y de la libertad. Nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. No hablo aquí de la educación culta y esmerada que exige grandes establecimientos literarios, sino de la sencilla educación popular, que es el alma de las naciones libres". ("Elogio de Francisco Morazán", México, D. F., 1942.—Se le reproduce íntegramente al final de esta recopilación.)

Consecuente con sus ideas a este respecto, ya como Jefe del Estado de Honduras, o como Jefe del Estado de El Salvador, o como Presidente de la Federación, dió Morazán poderoso impulso a la enseñanza, estructurándola en un sentido francamente democrático. Decretos como los suyos sobre instrucción pública, todavía en esta época y en países más avanzados, siguen siendo discutidos por las derechas reaccionarias, que quisieran devolver la educación del pueblo al cuidado de la teología.

Pero esto no quiere decir que fuese Morazán hombre sectario, porque decretaba al mismo tiempo —¡y hacía que se respetase!— la libertad absoluta de pensamiento y de conciencia. Deseaba que sus conciudadanos pudieran opinar en todo instante, de palabra y por escrito; pero el clero y los conservadores o *serviles*, valiéndose precisamente de la libertad, hacían todo lo posible por acabar con ella y sembrar el desconcierto. (Ibidem.)

* * *

¿Ley del matrimonio civil y del divorcio?

Ni el arzobispo Casaus y Torres, ni el fatídico marqués de Aycinena, ni la pudibunda aristocracia de la vieja capital, podían tolerar semejante escándalo.

¡Y quedó bautizada esa legislación con el apodo denigrante de "la ley del perro"!

¿Peste del cólera morbus?

¡Culpa de los herejes o *fiebres*; "castigo de Dios" por lo que el pueblo estaba tolerando!

Y como el arzobispo y el marqués estaban dispuestos a servirse incluso de las grandes masas indígenas, ignorantes y fanatizadas, para que fracasara el pensamiento morazánico y se derrumbase la Federación, divulgaron entonces la noticia de que una monja, hermana de Aycinena, “estaba en relaciones íntimas con el Supremo Hacedor”.

Para convencer a los indígenas de que tales relaciones eran ciertas —agregué en mi ya citado “Elogio”, y aquí otra vez lo estampo, porque esas cosas deben repetirse con insistencia— “se sacaban y se distribuían copias de la correspondencia que Nuestro Señor y la monja se cruzaban, a fecha fija, incitando al pueblo a la revuelta; pero aparte de comprobarse la complicidad de aquellos personajes —marqués y arzobispo— en tan extraordinaria forma de propaganda, vino también a resultar que ni Dios ni la tumultuosa santa de Aycinena, a juzgar por la correspondencia que cayó en poder de las autoridades, se preocupaban poco ni mucho por emplear las reglas más elementales de la ortografía”.

Y escribí más adelante en ese mismo ensayo: “Era mucho, sin embargo, era demasiado lo que Morazán pugnaba por hacer en Centro América.

“No solamente abolía la recaudación de diezmos, dejaba en suspenso el pago de primicias y ordenaba la desamortización de los bienes eclesiásticos.

“No solamente legislaba, al mismo tiempo, en el sentido de que los dueños de la riqueza contribuyeran, en forma adecuada, a los egresos de la administración pública y al mejoramiento de las grandes mayorías desposeídas.

“No solamente luchaba, pues, contra los hijos de la Catedral, enemigos de la República, contra los conservadores y los “nuevos ricos”, sino que también tenía que habérselas con los odios y con las pasiones de sus propios partidarios; con el rompimiento a muerte de sus mejores amigos y colaboradores —Molina, Gálvez, Barrundia—; con la rivalidad de las ciudades; con los

rencores, en fin, de unos Estados contra otros, y de criollos contra mestizos”.

Había comenzado para Centro América su largo período caótico, del que se aprovechaban nuestras clases parasitarias, a la sombra de lujosos palios bordados por virtuosísimas beatas rezadoras.

Al ritmo majestuoso de los *tedeums*, con mucho olor de incienso y de pecaminosos perfumes entre sedas y encajes.

A la consigna de cantar el *paternoster*, para que Dios ayudara a las hordas desafortunadas del jefe indígena de Mataquescuintla, Rafael Carrera, el bárbaro chacal en quien encontraron su más idóneo instrumento los altos jefes de la reacción.

Al repique ensordecedor de muy viejas pero sonoras campanas, cada vez que el carnicero ganaba distancia, de pueblo en pueblo, para llegar a Guatemala.

Morazán, entretanto, en un esfuerzo supremo para unir a los hombres de vanguardia, para fortalecer a los partidos liberales, los llamaba a la cohesión, haciendo ver la urgencia “de acabar con el mezquino interés privado, con la innoble avaricia de los que no ven, de los que no quieren ver en el orden actual de cosas, sino la ruina y el exterminio de sus antiguos e inmoderados privilegios”.

* * *

Pero ya no puede el gran caudillo, en 1839, con las fuerzas cada vez mayores que se oponen a su obra. La situación se agrava pavorosamente en Guatemala, donde Gálvez y Barrundia, inconscientes del peligro que les rodea, no hacen otra cosa que fortalecer, con sus polémicas y con sus divisiones, a la muchedumbre aborigen dirigida por “el jefe” Carrera.

¡Vivan el arzobispo y los jesuitas! ¡Que se derogue la “ley del perro”! ¡Que se persiga sin merced a los herejes! ¡Abajo Morazán!, a quien el “ingenio” de los *cachucheros* le aplicaba el mote de Chico Ganzúa.

Tales son los gritos y los postulados de los facciosos (en México se les llamaría cristeros o sínarquistas), que operan y se multiplican en Mataquescuintla, en Santa Rosa, en otros pueblos del oriente guatemalteco.

¡Y triunfaron a la postre los *serviles*, los privilegiados, los aristócratas, los criollos y el arzobispo, con el degollador Carrera convertido en benemérito ejemplar!

Dos años después, el 15 de septiembre de 1842, aniversario de nuestra fácil independencia centroamericana, cayó ejecutado el cuerpo del prócer hondureño en la capital costarricense. Murió estoica y valerosamente, como tenía que entrar en la inmortalidad un hombre de su talla.

* * *

Nos legó Morazán la herencia de su ideología, de su sacrificio, de su afán de progreso, de su desinterés y de su comprensión humana. Vale la pena proclamar entonces que su voz, y la voz de los hombres que le rodeaban, es hoy más fuerte que hace un siglo.

Y mucho más fuerte con la experiencia adquirida, con la radio, con los servicios cablegráficos de publicidad, con los aviones, con lo que dicen Mr. Roosevelt, Mr. Welles y Mr. Wallace.

¡Más fuerte, además, esa repetición o ampliación del pensamiento de nuestros libertadores, que el pensamiento filosófico de los enciclopedistas, cuando únicamente surcaban el océano los barcos de vela!

Respecto a Morazán, "hecho su cuerpo polvo en la tierra, pero luz de faro su inmensa labor de mártir y de apóstol, pareciera que lo estamos viendo y que lo estamos escuchando". Y oímos también la protesta de aquellos que siempre hablan de la "falta de preparación del pueblo", para regir sus destinos y mejorar su condición social y económica.

No se equivoquen aquellos que sólo quisieran el "orden" y la paz para explotar al prójimo, ni los que en el

extremo opuesto se muestran compungidos porque no damos de una sola vez, como por obra de encantamiento, un salto imposible a las formas más avanzadas de organización social.

¡¡No se equivoquen!! Los pueblos de Centro América rodean ahora, como en 1821, los palacios de la reacción, y llenan sus pasillos y sus corredores, clamando por su verdadera independencia y por sus derechos ciudadanos, que no pudieron obtener con el Acta deliciosa de aquella fecha.

¡No se equivoquen, pues, los que no han querido darse cuenta de esta nueva era de transformación mundial, subestimando tantos sufrimientos y dolores, tantas vidas cercenadas, tanta lucha por la libertad y por la democracia!

Eso ha formado una conciencia.

Eso ha robustecido lo que se inició en los primeros años del siglo diecinueve.

Eso explica, en parte, lo que ocurre contra el despotismo en aquellos pequeños países centroamericanos, a pesar de lo que digan y proclamen quienes, por darle mayor importancia al "pensamiento puro" que a la realidad histórica, acusan a nuestros compatriotas de no estar preparados.

¿Preparados? No conocerá pueblo la Historia —he escrito varias veces— del cual pueda decirse que anda cojo de preparación para que le traten los de arriba con honradez y con justicia.

* * *

Los que no están preparados son los otros:

Los aristócratas, enemigos natos de la democracia.

Las castas privilegiadas, que desean conservar *su libertad* para defender menguados intereses a como haya lugar.

Los *vaticanistas anticristianos*.

Los militares y los déspotas, que confunden su oficio con el de asaltar la ley, fusilando por parejo a quien se les ponga por delante.

Los pueblos, entretanto, tan calumniados y tan difamados, pecan más bien de nobles y de generosos.

Así ocurrió en España al caer la monarquía.

Así también con el triunfo del Frente Popular en 1936.

¡Júbilo, celebraciones, piedad y perdón para el vencido!

Mas en breve plazo la reacción y la traición, los que no saben ni quieren vivir la democracia, dieron al traste con ella y ahogaron en sangre a un pueblo al que Hitler, Mussolini, Su Santidad y el Mikado señalaban como rojo y disolvente.

Lo mismo estamos viendo en Centro América, al iniciarse el derrumbamiento de tiranos: provocaciones y violencias de los amos del poder y de la fuerza contra los partidos populares.

Pero demostró su pujanza Guatemala, con su gran salto adelante del 20 de octubre. Y sabrán batir de nuevo los salvadoreños a sus enemigos ancestrales, esta vez sin darles a los viejos espadones punto de reposo, para que la civilización y la cultura tomen el sitio de la incapacidad, del crimen y de la barbarie.

Igual cosa sucede en Nicaragua y en Honduras, respaldados los machetoides de ambos feudos con tanques, aviones y ametralladoras que allí no se fabrican; pero que llegan del exterior a los tiranos, ¡para que matando demócratas defiendan Somoza y Carías la democracia!

¿Triunfarán regímenes en tal forma criminales y fuera de la ley, o se impondrán al fin los pueblos en todos esos países, siguiendo ahora el paso firme de Guatemala, momentáneamente detenido en El Salvador?

¡Fe! Ya se ha repetido que el mundo está en plena etapa de transformación social. Y en esas condiciones, sin nuevas formas de apaciguamiento, luchando decididamente, los hijos del *demos* saldrán a la postre victoriosos de tanto dolor y de tanta iniquidad.

En nuestro caso concreto, porque Centro América ha demostrado ser y sigue siendo potencialmente libre;

porque nuestras luchas inevitables han sido pasos adelante, jalones de superación, sacrificios y cruzadas sangrientas por la libertad;

porque, *salvo fuerza mayor*, la gran batalla que hoy sacude a todas las naciones de la tierra, tendrá que fructificar irremediabilmente en las cinco repúblicas del Istmo.

Memoria ancestral de los pueblos, que forma una conciencia —o subconciencia— colectiva.

VINO por lo expuesto a suceder —volviendo a la Historia del siglo diecinueve— que derrumbada la República Federal;

abolida la legislación de un grupo de hombres sabios, honestos, cuya gran talla moral e intelectual podrá ser igualada, pero nunca superada;

perdido, en suma, el ideario morazánico: unión, escuelas, apoyo a las industrias y a la agricultura, progreso y civilización en las formas más avanzadas que entonces se conocían;

olvidadas incluso las orientaciones que un ilustre franciscano, don José Antonio de Liendo y Goicoechea, había llevado de Europa a Guatemala desde 1795;

reconfortada por consiguiente la reacción, era natural que otra vez cobrase vigor en Centro América el reinado de los que se apoyaban, para dominar, en el nombre de Dios y de la Iglesia.

¡En otras palabras, de los que se mecían arrellanados en cosas del espíritu, predicando resignación a los de abajo para que dejándose explotar, escarnecer y vapulear, volviesen contritos al sistema colonial y alcanzaran al morir la gloria eterna!

Pero ya no era posible dar pasos atrás. Allí estaba el pueblo que había gritado *Viva la independencia*, queriendo decir *Viva la libertad*, “en las calles, en la plaza,

en el patio y corredores del propio Palacio de la Capitanía General”.

Allí estaba, enriquecido con el correr de los años, el patrimonio de los que habían regado su semilla de dignificación humana en terreno que no era, que no podía ser tan estéril como algunos lo han descrito y proclamado.

¡No podía serlo, porque habíase venido fecundando esa semilla con el sacrificio, el sudor y la sangre de muchas generaciones!

Y porque los pueblos, así como los hombres que forman el conjunto de la sociedad, tienen su pasado, su memoria ancestral: un pasado que no deja de recordarse ni se queda atrás, por ser algo interior que se lleva en lo más hondo de la conciencia individual y de la conciencia colectiva.

* * *

Lo que guardamos dentro —anoté hace algunos meses— no es pasado sino presente. Padres, amigos, enemigos, maestros, penas, alegrías, decepciones, torturas, paisajes de niñez y juventud, todo eso forma parte de nuestra propia vida.

Quiere decir, por lo tanto, que sin volver la cabeza vemos y sentimos lo que se suele afirmar que ya pasó.

Y de ese modo el pretérito —presente interior— no se borra del hombre mientras viva.

Ni se borra de los pueblos que son una gran conciencia (o subconciencia) en continuidad, generación tras generación, por mucho que los científicos del racionalismo solamente acepten doctrinas “comprobables”.

Sobre afirmaciones de esta índole asegura Liliensfeld que “si el hombre físico es un producto de la naturaleza, el hombre intelectual, en cambio, es principalmente un producto de la sociedad”.

Buckle sostiene a su vez teorías muy semejantes sobre el hombre y sus destinos, o sea sobre la Historia,

cuyas modificaciones, cuyas diferencias psíquicas en diversas etapas, “no son obra de la casualidad sino producto de causalidad”.

Y otros autores, como Hume, historiador inglés, procuran demostrar que la soberanía de la opinión pública, lejos de ser una aspiración utópica, ha existido siempre y a todas horas en las sociedades humanas, a través de muchas generaciones, bajo distintas formas de gobierno.

* * *

Aplicado tanto decir y opinar a Centro América, viénesse a la conclusión de que allí también estaba recogiendo lo sembrado, con su memoria ancestral en plan de lucha, el tercer factor de que antes se hizo mención en este trabajo: clase media ilustrada, artesanos, intelectuales de vanguardia, sacerdotes en realidad cristianos.

¡Y encabezando la batalla incesante —parece necesario repetirlo— los zambos, los mulatos, los mestizos, inquietos y audaces, que ya no permitirían el dominio de los criollos!

No lo permitieron, efectivamente, porque los caudillos que salían de la entraña popular se enfrentaron en distintas épocas —como antes lo habían hecho Morazán y demás próceres —a la aristocracia directora y poseedora, no dejándola disfrutar por largo tiempo de sus privilegios.

“La vencieron, la despojaron, la persiguieron y la diezmaron, hasta lograr su aniquilamiento como casta privilegiada”. Palabras son las transcritas del ya citado autor guatemalteco García Granados, quien a continuación agrega:

“Hoy día los miembros del antiguo grupo criollo, para conservar los restos de su riqueza, han aceptado la dirección de sus tradicionales enemigos; y unos y otros constituyen en Centro América la actual burgue-

sía o clase capitalista, que explota la miseria del pueblo y la ignorancia del indígena.

“Pero esta clase poseedora no es libre, ni soberana, ni siquiera dueña absoluta de sus privilegios; no es tampoco independiente, como no lo fueron los criollos bajo la dominación de España... Vivimos otra vez en plena era colonial. El capitalismo de las grandes potencias, que en el último tercio del siglo diecinueve comenzó a adquirir influencia determinante en los destinos del mundo, ha llegado a convertirse en el señor todopoderoso de la vida social... Sobre los pueblos débiles, pequeños, pobres o de riqueza incipiente, el sistema del capital monopolista ejerce la dictadura más funesta y peligrosa de la realidad contemporánea”.

La Doctrina de Monroe contra la Santa Alianza.

DE manera que el imperialismo se interpuso en nuestra ruta, en mitad de la evolución histórica centroamericana; y no precisamente para tendernos la mano y ayudarnos, ya que las sociedades anónimas, los “trusts”, los “cártels”, los grandes monopolios, no tienen más función que aumentar sus dividendos.

Fácil será comprender, por lo esbozado, que a partir de esa intrusión fuesen mayores nuestros tropiezos que cuando estuvimos solos, sin la explotación, el soborno y todos los demás vicios que trajo consigo a nuestro medio la etapa inmisericorde del gran capitalismo extranjero.

Sin embargo, en lo que se refiere a los Estados Unidos, su gobierno estuvo de lleno con Hispano América en su gran revolución continental de independencia.

Parecía prevalecer en esos años la tesis de Jefferson acerca del “hombre común”, pidiendo una justicia igual y exacta para todos los seres humanos, en cualquier sitio de la tierra, en pugna con la soberbia de Hamilton, quien sólo consideraba “respetables” a las castas económicamente poderosas.

Sobre el particular he escrito tal número de páginas, que temo seguir cayendo en una serie inevitable de repeticiones. Mas como los hechos no pueden variarse;

como no sería honrado esconder parte siquiera de la verdad, atiborrando a los lectores con una pueril demagogia de optimismo "interamericano": inadecuado o romántico optimismo de "táctica" o conveniencia pasajera;

y como no sería correcto hablar así en lo que atañe al pasado, al presente y al porvenir de nuestros pueblos, creo estar en el buen camino si en este ensayo presento el panorama tal como debe presentarse, frente a fuerzas económicas incontrastables, de tal manera que el tono de halagadoras promesas, en inglés, no sea columna de humo que nos impida ver la realidad.

Cabe aquí expresar que tendríame por hombre afortunado, si el mucho insistir en mi vejo tema sirviese de orientación —¡ahora que la democracia anda de fiesta!— a los dirigentes de pueblos oprimidos.

¡A los dirigentes sin mancha, por supuesto, que quieran oír y entender el castellano!

* * *

Tenemos, pues, que Washington —todavía Wall Street no era calle transitada ni transitable— estuvo de lleno con nosotros, en la guerra o revolución de independencia.

A los norteamericanos les fascinaba —palabras de Charles Evans Hughes, no por cierto de grata memoria para Centro América— "el glorioso espectáculo de varios millones de habitantes, luchando heroicamente para romper sus cadenas y ser libres". Y querían, entonces, que a los patriotas del sur se les ayudara eficazmente contra la vieja y agresiva Europa.

Era la voz del norte, que se unía al concierto triunfal de Hispano América en 1923.

La voz de otra raza, de otro pueblo joven, que había luchado asimismo por la libertad.

La voz de Henry Clay, quien pedía a sus compañeros del Senado el reconocimiento de aquellas repúblicas hermanas.

La voz de ciento cincuenta senadores que votaron, decididamente, en favor de la proposición de Clay.

La voz, podría decirse, que proclamó el panamericanismo sobre bases de defensa continental, de cooperación, de respeto, de libertad, de democracia, de humanidad y de justicia.

* * *

Paréceme oportuno reforzar las frases anteriores (tomadas de mi estudio "La Doctrina de Monroe frente a los Nazis en América", Nueva York, 1940, y del "Guión de Historia Contemporánea", México, D. F., 1942) con estas otras de las mismas fuentes:

John Quincy Adams, Secretario de Estado, no obstante su marcada simpatía por el movimiento autonomista del sur, tuvo empero que ceñirse a las prácticas de la diplomacia, considerando al principio que se trataba de una guerra civil y que, por lo mismo, debía procederse con cautela.

Pero tan pronto iba perdiendo España el dominio de sus colonias; tan pronto iban nuestros libertadores derrotando a los ejércitos realistas, el reconocimiento y la fuerza moral y oficial de Washington, venían a ser los más firmes aliados de la libertad americana.

Y así, cuando llegó a estar en su apogeo feroz la Santa Alianza; y cuando mitras y coronas pusieron sus ojos en Hispano América, tratando de iniciar la reconquista, oyóse serena pero firme la voz del Presidente James Monroe, para decirle al mundo sus palabras en defensa de la autonomía continental americana.

Quiere decir que el peligro de nuevas agresiones europeas, hizo que naciera el 2 de diciembre de 1823 la Doctrina de Monroe, proclamada por el gobernante de una democracia que a la sazón no disponía de acora-

zados, ni de hombres aguerridos, ni de fuerzas capaces de enfrentarse a los ejércitos de la reacción ultraconservadora, ultramontana y de gran potencia bélica del viejo mundo.

Pero nuestros libertadores, descendientes de los incas, de los aztecas, de los araucanos y de los españoles auténticos, sí estaban listos para llegar hasta lo último.

Y pudieron entonces contestar a las amenazas de Europa con nuevas batallas, con nuevas victorias, hasta coronar la independencia del hemisferio occidental en Ayacucho, *un año después* de haber lanzado su reto, a las potencias de la Santa Alianza, el mencionado Presidente James Monroe.

* * *

De haber puesto aquellas potencias sus planes en ejecución, con divisiones europeas bien equipadas, con todos los elementos bélicos de que disponían, hubieran tenido que luchar acá en América contra fuerzas material o mecánicamente inferiores, sin doradas charreteras, sin títulos de academia ni cañones de largo alcance; pero probadas en México y en el sur como invencibles.

¡Y habrían tenido que afrontar, al mismo tiempo, la enorme fuerza moral de la nueva doctrina americana!

Las hazañas, las proezas, los épicos combates de los libertadores, eso ciertamente era la acción.

Y las palabras de Monroe, sin duda, un fuerte lazo de solidaridad continental, de mutua comprensión interamericana, que permitía erguirse a nuestro continente, vigoroso y altivo, destruyendo prejuicios y deshaciendo autocracias, contra la vieja Europa, soberbia, fanatizada, imperialista, cuyos monarcas fraguaban opresiones y atentados, así en sus propios países como en lejanas y codiciadas tierras al otro lado del mar.

Fracasa en Europa la reacción y se inicia en América el imperialismo.

MAS he aquí que en el transcurso de muy pocos años el panorama político cambia totalmente en Europa. La declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano no se ha perdido, a pesar o a través de la violencia thermidoriana, de las guerras napoleónicas y del Imperio.

Antes al contrario, los principios democráticos liberales de 1789 —e incluso las nuevas leyes que fué imponiendo Bonaparte, allí donde sus armas quitaban y ponían coronas— se afirman cada vez más en la conciencia de los europeos.

Ya no podrán los reyes de Prusia, ni los czares, ni los Borbones, ni Fernando VII, ni el Emperador de Austria, ni el tortuoso Metternich, cerebro y brazo derecho de la Santa Alianza, seguir dominando con la represión, en todos sus extremos, a los pueblos revolucionados del antiguo continente.

¡Menos aun habrían entonces de soñar con la reconquista de América, imposible para ellos, espíritus cavernarios de una entente artificial de espadas, de cetros y de báculos, que no servían siquiera para el uso legítimo a que estaban destinados!

Al avanzar el siglo, entre 1832 y 1850, el liberalismo es la doctrina de las clases medias, de los hombres de letras, de los sociólogos y de los profesionales en los países auropeos del Mediterráneo, en las naciones escandinavas, en Inglaterra, en Suiza, en Bélgica, en Holanda; y, desde luego, se acogen también al ideario liberal los emigrados políticos húngaros, poloneses, austríacos, alemanes, rusos, etc., que pueden refugiarse y laborar intensamente, sobre todo en Londres y en París, ansiosos de libertad, de civilización y de cultura.

Pero se ha efectuado, al mismo tiempo, un cambio tan profundo en los medios de producción, como consecuencia del desarrollo de la industria en gran escala,

que junto a los liberales van surgiendo los teóricos socialistas de todas las tendencias.

Más adelante, como resultado de las crisis que provoca el maquinismo, eje de la revolución industrial, comienzan a organizarse los obreros para su defensa como clase, ya que la máquina, al servicio de unos pocos y no en función social, lejos de mejorar empeora las condiciones de vida del proletariado.

1848 y los años que siguen son de norme trascendencia histórica, con sus motines, con sus libros, los partidos radicales y reformistas que se organizan, los mítines al aire libre en el High Park de Londres, las tribunas revolucionarias en distintas capitales europeas, la aparición de la filosofía marxista, las barricadas y los levantamientos en las calles de París.

¡Los destellos del avance hacia la transformación política y económica de la sociedad —como a fines del siglo dieciocho y principios del diecinueve, como en el momento actual del mundo—, se reflejan y repercuten en todas las naciones civilizadas!

* * *

¿Qué ocurría, entretanto, en esta región americana del planeta?

En lo interior, como en Europa, grandes luchas por el triunfo del liberalismo, que a veces tomaba la forma de exaltación jacobina.

Pero en lo exterior, en cambio, graves quebrantos y bien fundados temores.

Ya vimos cómo nació en 1823 la Doctrina de Monroe. Posteriormente, para infortunio de todos, cambiaron de sentido los principios y las palabras de aquella advertencia americana, iniciándose una larga era de temor y desconfianza entre las repúblicas al sur del Bravo; pero no en relación con Europa sino, precisamente, en relación con la política exterior y con el imperialismo en potencia de los Estados Unidos, que ya nos iba marcando sus "zonas de influencia".

Nótese que hacia los mismos años del desarrollo liberal en Europa —desde 1831 hasta 1858 en nuestro caso— se hacen indecibles esfuerzos en Hispano América por reunirse, suscribir pactos de defensa, trazar arreglos de confederación.

México, perdida la mitad de su territorio como consecuencia de la guerra con su poderoso vecino anglosajón, en 1846 y en 1847, inicia reiteradas gestiones para que se organice un congreso defensivo hispanoamericano.

Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y el Perú, se reúnen en Lima para deliberar sobre la situación de México.

Y por fin Chile, Ecuador y el Perú firman un tratado de confederación en 1857, para prevenirse contra el filibusterismo norteamericano, personificado en William Walker, quien varias veces invade a Centro América.

Actitud de nuestros abuelos frente al invasor.

YA nos encontramos, pues, al imperialismo de los Estados Unidos, operando abiertamente en el istmo centroamericano. Se argüirá que William Walker era un simple aventurero.

Pero la Historia nos dice que con anterioridad, en estratégico territorio mexicano, y después en Centro América, contaba el susodicho Walker con el apoyo decidido de las autoridades y de los esclavistas de su país.

Más todavía: en elecciones *garantizadas* por tropas de Nueva Orleans y California, resultó electo tan singular personaje Presidente de Nicaragua, ni más ni menos, en 1856.

Volverá a decirse que esas fueron tropelías filibusteras, sin la intervención oficial de Washington.

Pero abrimos otra vez la Historia, y leemos en sus páginas que el Ministro norteamericano visitó oficialmente al flamante “primer magistrado” nicaragüense, *de habla inglesa*, para notificarle que el Departamento

de Estado, y de manera muy especial el Presidente Pierce, deseaban entablar relaciones con su Gobierno que, desde luego, quedaba reconocido.

Pues bien, no obstante el reconocimiento y el apoyo anglosajón, los centroamericanos se unieron —como unidos debieran encontrarse en el concierto de las naciones libres—, batieron al invasor, destrozaron su ejército y fusilaron a Walker en Trujillo.

¡Ah, pero en tan lejana época los plenipotenciarios de nuestra lengua y raza en Estados Unidos, así de Colombia como de México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Chile, Perú, Venezuela —y el Brasil en portugués—, protestaron contra la actitud del Presidente Pierce y de su Secretario de Estado, William L. Marcy!

O sea que la voz enérgica de Hispano América quitó arrestos a la Casa Blanca, debilitó a Walker e hizo posible, con la ejecución del filibustero, el triunfo de las armas centroamericanas.

Agregué a este respecto en “Rompiendo Cadenas”, página 303: “Los hombres del 56 veían la realidad y no se dejaban seducir con discursos ni con audiciones de música regional, como las que hogaño suelen efectuarse en el Palacio de la Unión Panamericana.

“Si nuestros antepasados hubieran procedido con la diplomacia de humillación que después se puso en boga; de complicidad con el imperialismo; de frases galantes y corridos y huapangos en prueba de amistad, Centro América habría dejado de existir a mediados del siglo diecinueve, arrastrando en su caída quién sabe a cuáles y a cuántos de sus hermanos mayores”.

* * *

Sin embargo, el espíritu de Centro América, y en general de las demás repúblicas americanas, no era de hostilidad a todo trance hacia los Estados Unidos.

Deseábase, por el contrario, una franca cooperación sobre bases de mutuo respeto y de justicia, una nueva

interpretación de la Doctrina de Monroe, como se indica en la siguiente nota del Gobierno costarricense, dirigida en 1862 al de Colombia:

“Si nuestras repúblicas pudieran tener la seguridad de que no tienen nada que temer de los Estados Unidos, es indudable que ninguna otra nación podría ser más útil y favorable para nosotros. Y si esa poderosa nación nos ayudara, la simpatía de todo el continente sería suya.

“Mas advertid que el final de la vandálica expedición filibustera de 1855 y de los años siguientes, hasta 1860, se debió a intervención amistosa, pero tardía, de parte de amigos de Europa, y a nuestro propio esfuerzo.

“Bajo el abrigo de las poderosas águilas norteamericanas, bajo la influencia de sus sabias instituciones y bajo el estímulo de su sorprendente progreso, nuestras recién nacidas nacionalidades recibirían el impulso que ahora necesitan, pudiendo marchar con paso firme, sin experimentar las molestias y dificultades con las cuales han tenido que enfrentarse.

“Se debiera hacer un nuevo convenio, según el cual los Estados Unidos se sometiesen solemnemente a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de las repúblicas hermanas de este continente; a no anexar a su territorio, ni por compra ni de ninguna otra manera, parte alguna del territorio de dichas repúblicas; a no dejar que se equipen expediciones filibusteras contra las mencionadas naciones, ni a permitir que se amengüen o ignoren los derechos de estas últimas. Descansando sobre un tratado de esa naturaleza, nuestras repúblicas aceptarían la idea de una íntima alianza con el pueblo norteamericano”.

De lo anterior y otros hechos al sojuzgamiento económico.

NO continuaré haciendo aquí un examen detallado del proceso en que seguirían desarrollándose las relaciones de Estados Unidos con la América española. Es

suficiente, para el objeto de este estudio, con haberme referido al origen del panamericanismo y a la génesis de la Doctrina de Monroe, que vino después a convertirse en arma de dos filos para nuestros países. Expuesto eso a grandes rasgos, llegaremos al momento actual en que los dos postulados cobran nueva significación.

Pero sí me parece necesario afirmar que la desconfianza antes apuntada fué creciendo, a través del siglo diecinueve, hasta tomar aspecto crítico en varias épocas de esta centuria sangrienta y tumultuosa que nos ha tocado vivir.

Temor tan notorio, desconfianza tan profunda y arraigada —por mucho que nuestros *políticos de altura* negasen hasta hace poco la existencia del imperialismo—, no eran otra cosa que el resultado lógico de una serie de anexiones, de intervenciones y de hechos ya juzgados por la Historia, que no pueden, por lo tanto, negarse ni ponerse en duda.

Entre esos hechos, sin ánimo de molestar a nuestras *eminencias tropicales*, pero sí con leal espíritu de orientación y de buena vecindad para el futuro, deben citarse los siguientes:

Anexión de Texas.

Guerra contra México, anteriormetne mencionada.

Política francamente agresiva del Presidente Polk.

Propuestas de dicho gobernante y de su Secretario de Estado, Buchanan, giradas por medio del Ministro norteamericano Saunders, en Madrid, para que ofreciese hasta cien millones de dólares a España por la isla de Cuba.

Protocolo adicional del Comisionado Trist, para que junto a las condiciones de paz del Tratado de Guadalupe Hidalgo, mediante el pago de quince millones de dólares —que México no aceptó—, figurase el derecho de construir vías interoceánicas en Tehuantepec.

Los arreglos de entonces y de fechas posteriores para atravesar el territorio de Nicaragua con ferrocarriles, canales y otros medios de comunicación.

Y después, respaldándose Washington en torcidas interpretaciones de la Doctrina de Monroe, la zona de influencia en el Caribe.

La guerra contra España.

El Tratado de París.

La adquisición de Puerto Rico, Culebra, Vieques y otras islas más pequeñas del Atlántico, junto con Guam y Filipinas en el Pacífico.

La Enmienda Platt —ya derogada.

El zarpazo a Colombia en 1903.

El Tratado Bunnau-Varilla.

La tenebrosa política o diplomacia del dólar, iniciada por Taft y Knox en Centro América, antes de seguir para Colombia, Venezuela y el Perú.

Lo de Haití.

Lo de Veracruz.

Lo de Santo Domingo.

Otra vez los bombardeos de Nicaragua y los tratados canaleros con su gobierno, hasta llegar a las administraciones de Hoover y de Coolidge, con la tesis rotundamente imperialista de que la bandera, es decir, los marinos, las armas y los acorazados norteamericanos, debían seguir y acompañar a los dólares invertidos en el exterior.

* * *

¿Y cuáles eran esas inversiones en el caso concreto de Centro América?

Monopolios de luz y fuerza.

Concesiones para sembrar y exportar banano.

Concesiones para sacar maderas preciosas.

Concesiones para la construcción de ferrocarriles.

Concesiones que ponían en manos de plutócratas del exterior, el oro, la plata, nuestras más productivas riquezas naturales.

Y por añadidura, conversión de viejísimos y dudosos empréstitos de la City de Londres, cuyos bonos ha-

bían venido recogiendo a precios ínfimos los aprovechados "financistas" de la gran banca norteamericana, para exigirnos después su pago con intereses acumulados, hipoteca o garantía de nuestros ingresos fiscales más seguros, y el "big stick" como respaldo de semejantes acreedores para dejarlo caer sobre el deudor.

Acerca de la explotación que la United Fruit Company, por ejemplo, hace de los países centroamericanos, con un gasto inicial en Costa Rica de 26,000 dólares, será bueno tomar nota de que el capital de esa enorme empresa succionadora antes de la crisis y deflación de 1929, con sus flotas de barcos, sus muelles en los distintos países a donde llevó su dominio, sus edificios y sus plantaciones, se calcula que pasaba de 400 millones en la misma moneda. (Dato suministrado al autor en diciembre de 1927, por Mr. Minor C. Keith, ex Presidente de la United Fruit Company.)

Será también bueno informarse de que dicho formidable monopolio, durante los años 1927, 1928 y 1929, solamente por exportación y ventas de banano procedente de Centro América, obtuvo de 90 a 108 millones de dólares, con ganancias netas que en ningún caso bajaron de 50 millones en cada uno de esos años.

Tan fabulosos eran y son sus beneficios, que el tesoro federal norteamericano le cobró a dicha compañía en el trienio referido, un promedio de tres millones anuales por sobreimpuesto, en tanto que los gobiernos de las naciones centroamericanas, productoras de tan preciada fruta, solamente pudieron percibir en esos mismos años 360,000 dólares, como único impuesto fiscal, "presente o futuro, creado o por crearse", según reza el texto de las jugosas e increíbles concesiones.

* * *

Esta contribución a las entradas fiscales de cuatro repúblicas (El Salvador no es país bananero) resulta insignificante si se toma en cuenta que, en conjunto,

Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, tienen un presupuesto anual que pasa de 40 millones en números redondos, convertidas las diferentes monedas centroamericanas al valor del dólar.

De modo que esa industria, a pesar de ser la segunda en aquellos explotados países, con excepción de Honduras que ocupa el primer lugar, no produce siquiera el uno por ciento de los ingresos que necesitan nuestros gobiernos para atender a los servicios de la administración pública.

El 99 por ciento restante de las entradas fiscales se obtiene con impuestos de aduana sobre importaciones, renta de licores, renta de tabaco, timbres y sellos de correo, impuestos por exportación de café y otros productos, no sin recordar que esos ingresos estaban y están en gran parte pignorados a banqueros o "prestamistas" de Wall Street.

Para completar el cuadro de esta situación realmente extraordinaria ("Rompiendo Cadenas", páginas 105 a 110 y 117 a 119), falta agregar que los torrentes de dinero que produce la exportación de bananos no vuelven sino en mínima parte a Centro América. Se quedan en Boston, en Nueva York, en Nueva Orleans o en Chicago, pues los afortunados accionistas que reciben periódicamente sus fabulosos dividendos, ni siquiera conocen el lugar que ocupan en el mapa esos países.

¡Y esos países, esos pobres países, todavía en 1928 estaban supliendo el 57.17 por ciento del consumo total de bananos en Estados Unidos, calculado en 64.307,656 racimos, de los que produjo el suelo centroamericano 36.766,491, sin contar una tercera parte de la producción que la United Fruit Company, para evitar la baja de precios, rechaza a los productores nacionales!

* * *

¡Ah!, pero nuestros ilustres hacendistas, *los genios criollos de las finanzas*, aduciendo conocidos principios

económicos, llegan al extremo de afirmar que más bien debería suprimirse todo impuesto de exportación al banoano, para el mayor auge de la floreciente industria.

¡Y se hacen lenguas hablando de los jornales a los trabajadores, de la “habilitación de nuevas zonas de riqueza” —no obstante que esa riqueza se la llevarán los concesionarios extranjeros—, así como de otros factores que deben tomarse muy en cuenta: entre ellos, verbigracia, el factor importantísimo de los crecidos honorarios que cobran estas eminencias a la poderosa compañía.

¡Un Estado dentro del Estado, sobre todo en su enorme feudo de Honduras, pues el presupuesto total de esta infortunada república es cinco veces menor que las ganancias, libres de polvo y paja, que obtiene de sus fértiles tierras la United Fruit Company!

Nadie, sin embargo, podrá sacar a nuestros muy enterados hacendistas y a nuestros más ilustres jurisconsultos —los de levitón y chistera— del simplismo de su vieja tesis: “Países jóvenes necesitan capital”.

Pero no llega lo que debiera llamarse capital. Llega el concesionario, tala los bosques, explota las minas, perfora la tierra en busca de petróleo, construye ferrocarriles o carreteras con dinero de nuestros propios países, siembra caucho o nuevos bananales.

¿Qué nos queda? ¿Colegios, centros de cultura, asilos de asistencia social, jardines de niños, hospitales, con excepción de los que usan las empresas monopolistas para sus gerentes y empleados de categoría, o como la *Escuela Agrícola Panamericana*, establecida por la frutera en Honduras (1942) para formar sus propios técnicos?

No. Nada de eso nos queda, porque ya se vió antes que las poderosas sociedades anónimas del capital monopolista no tienen otro fin que el de aumentar sus dividendos, a costa del sudor, el paludismo y la vida miserable de nuestros trabajadores.

Lo que nos queda, por consiguiente, es el cascarón de las minas, terrenos agotados, hombres y mujeres que

van después a buscar su curación en los hospitales sostenidos por nuestros gobiernos o por las juntas de beneficencia.

Es decir, miseria, mucha miseria, enfermedades, desnutrición, angustia y dolor de nuestras grandes mayorías desposeídas, después de haber enriquecido con nuestro suelo y con nuestras reservas naturales, año tras año, a quienes no tuvieron siquiera necesidad de invertir grandes cantidades para recoger y acumular fortunas increíbles. (Este tema y el que sigue, fueron ya desarrollados con amplia documentación en “Rompiendo Cadenas”.)

Espejismo de nuestra balanza comercial.

NO eran otras las “inversiones” que Hoover y Coolidge afirmaban que debían protegerse a todo trance, haciendo que los acorazados siguiesen a los dólares invertidos en el extranjero!

Y para darle algún valor a su punto de vista, los instrumentos entonces unidos de Washington y de Wall Street, no titubeaban en proclamar —ni ha titubeado a últimas fechas para decir cosas parecidas el tristemente célebre Senador don Hugo Butler— que los Estados Unidos “ayudan a desarrollar la economía de Hispano América”, tomando seguramente como base el espejismo de nuestra balanza comercial.

De acuerdo con tan singular espejismo, el promedio de exportaciones anuales de Hispano América a los Estados Unidos, que hace diez años ascendía a 800 millones de dólares, es probable que hoy se acerque a los mil millones, con motivo de la guerra.

Empero, deben tomarse como ilusorios los balances favorables a la exportación hispanoamericana, porque si bien es cierto que las importaciones procedentes de Norteamérica han sido mucho más bajas que el valor total de las mercancías y materias primas que exportamos, la realidad nos desengaña en cuanto ahondamos un poco en el asunto.

Efectivamente, el 76 por ciento de los calculados mil millones representa la exportación de petróleo, salitre, azúcar, bananos, caucho, estaño, oro y plata, industrias controladas por el capital extranjero (inglés o norteamericano), que no se vincula con la economía del país sometido a explotación.

¡De manera que no se trata en el fondo de un intercambio comercial entre Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas, sino de exportaciones que hacen las compañías concesionarias a sus casas matrices de la Federación anglosajona!

Dicho en otros términos, ese 76 por ciento aproximado de los mil millones anuales que aparentemente exporta Hispano América a los Estados Unidos, es la contribución de nuestros países al enriquecimiento fantástico de la clase explotadora norteamericana.

O, si se quiere, es nuestra contribución a la causa democrática en esta segunda guerra mundial. En realidad, parte de la contribución, pues la mencionada suma se refiere al precio de costo o de producción en los países de origen, como en el caso del banano que sale de Centro América.

Si se tomaran como base los precios de venta, llegaríase a cantidades muchísimo más altas. E indudablemente que resultarían en extremo conservadores los cálculos del Departamento de Comercio de Washington, no sólo en relación con el volumen de nuestras exportaciones, sino también en lo que atañe a las ganancias netas obtenidas por los concesionarios e industriales de los Estados Unidos, que operan venturosos en su paraíso del sur.

* * *

Nuestra graciosa contribución fué todavía mayor durante la primera guerra europea, época inigualable de las vacas gordas para el capitalismo norteamericano, que cargó precios exorbitantes a las naciones del viejo mun-

do por los metales, alimentos, maderas y otros artículos que a ínfimo costo extraía de nuestros bosques, nuestras minas, nuestros pozos petroleros.

Así se explica que durante los cuatro años de carnicería *en defensa de la democracia y de la libertad*, pudieran los amos de las finanzas y de la industria de Estados Unidos adquirir 3 mil millones de dólares de sus obligaciones a poseedores del exterior; tener un balance comercial favorable de 12 mil millones, pues la exportación llegó a 23 mil y pico contra 11 mil millones de importación total; y hacer préstamos o abrir créditos a los aliados hasta por 10 mil millones adicionales. Es decir, que lograron transformarse los Estados Unidos de nación deudora en floreciente país acreedor, con una contribución a las finanzas extranjeras de 25 mil millones de dólares. (“Inter-Ally Debts”, “Annalist”, “The Bankers Trust Company”).

Los accionistas, pues, de las grandes sociedades anónimas incorporadas en Norteamérica, son los únicos que resultan favorecidos con los productos, con las enormes riquezas del suelo y del subsuelo hispanoamericanos.

Y junto con ellos el tesoro de Washington, cuyas entradas por impuesto sobre la renta (“income tax”) de las citadas compañías, ya quisieran nuestros pobres erarios para fundar escuelas; abrir caminos; impulsar la agricultura; establecer bancos oficiales de refacción que otorguen facilidades de crédito; mejorar las condiciones de vida de obreros y campesinos; defender, por consiguiente, el interés de la colectividad, sumida hasta la fecha en pleno coloniaje.

* * *

De modo que lo que nos ha ocurrido en Centro América es también problema de las demás repúblicas hispanoamericanas productoras de petróleo, de oro, de plata, de cobre, de estaño, de salitre, etc., dado todo eso en concesiones al capital monopolista anglosajón, explotador además de nuestras redes telefónicas, de los

servicios de luz y fuerza, de ferrocarriles y tranvías, de transportes aéreos y la mayor parte de nuestras industrias de transformación.

Para que se advierta el dominio del mal llamado capital extranjero en Hispano América, es interesante recordar que todavía en 1935, después de un cuarto de siglo de revolución, México que ha luchado tan vigorosamente para librarse del dominio imperialista, nos daba el siguiente cuadro de sus grandes riquezas e industrias explotadas por succionadores internacionales:

99 por ciento del petróleo, en poder de "inversionistas" extranjeros.

98 por ciento de la minería, en poder de "inversionistas" extranjeros.

99 por ciento de la energía eléctrica, en poder de "inversionistas" extranjeros.

62 por ciento de las industrias de transformación, en poder de "inversionistas" extranjeros.

79 por ciento de los ferrocarriles y tranvías, en poder de "inversionistas" extranjeros.

Pero México ha dado el ejemplo con sus expropiaciones del petróleo y de los ferrocarriles, como ya lo había dado a todas sus hermanas del sur con la aplicación del Artículo 27 constitucional, de preferencia en lo que atañe a latifundios; y con mantener en vigencia las leyes de reforma en lo que se refiere a la riqueza clerical.

Centro América en cambio —excluida Costa Rica—, vive la misma situación del México anterior a Juárez, aunque bien es verdad que en estas luchas de 1944, a pesar de los estamentos cavernarios y de los políticos aprovechados, ha podido dar pasos hacia un porvenir mejor. Hacia un porvenir que no sea el de la estadística que sigue, publicada poco antes de la caída de Ubico en Guatemala y de Hernández Martínez en El Salvador:

Más del 90 por ciento de la población centroamericana carece de propiedad inmueble.

El 73 por ciento, salvo Costa Rica, es analfabeta.

El 92 por ciento va descalza y desnutrida.

Sólo una sexta parte del total de niños en edad escolar asiste a las aulas.

El 91½ por ciento de las defunciones ocurren sin asistencia médica.

El 56 por ciento de la mortalidad infantil tiene lugar antes de que los niños cumplan 9 años.

Menos del 2 por ciento de la población lee periódicos, como consecuencia de la miseria y de la presión política ejercida por las dictaduras.

Exceptuando a Costa Rica, antes de los movimientos revolucionarios del año en curso, los demás gobiernos de Centro América no habían querido reconocer el derecho de asociación a los trabajadores.

¡Aspiraciones tan justas y tan humanas eran perseguidas implacablemente por los tiranos —respaldados por las fuerzas reaccionarias y por el gran capital extranjero— como “brotes de comunismo”, como doctrinas exóticas o como movimientos subversivos, inspirados y pagados con el oro de Rusia o con el oro de México!

De tanta iniquidad a la política del buen vecino.

A FORTUNADAMENTE que al cabo de los años ha venido a demostrar el Presidente Roosevelt, con su política del buen vecino, que hay manera de convivir sin que gire todo alrededor de la explotación, de la iniquidad, del poder de los fuertes en perjuicio de los débiles.

¡Mas estriba lo esencial en que esa política del buen vecino se aplique con rectitud y con justicia, en tal forma que los pueblos no se desconcierten ni lleguen a perder la fe en lo que ofrecen y predicán las Naciones Unidas!

Tocante por lo menos al aspecto jurídico, pudieron recogerse los primeros frutos de dicha tesis en la Conferencia Interamericana de Buenos Aires, celebrada en 1936; en la de Lima, en diciembre de 1938; en la de Panamá, tres semanas después de haber estallado el con-

flicto europeo; en la que tuvo lugar en la Habana, en julio de 1940; y en la de Río de Janeiro, inaugurada el 15 de enero de 1942, con asistencia de casi todos los Ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas de América.

Lo resuelto en esas conferencias viene a ser precisamente el "status" que Bolívar deseaba imprimir a las relaciones interamericanas, desde su convocatoria al Congreso de Panamá en 1826.

Es, también, lo que expresa la nota del Gobierno costarricense al de Colombia, transcrita en folios anteriores.

Y es, por último, lo que en varias ocasiones tuvo a bien exponer el Presidente Woodrow Wilson, en frases como las que se transcriben a continuación, tomadas de sus declaraciones a los periodistas mexicanos que lo visitaron en 1918, así como de su famoso discurso de Mobile, cuyos conceptos esenciales procuro —repitiéndome— poner ante los ojos de mis lectores hispanoamericanos una y otra vez. Dijo a la sazón el Presidente Wilson:

"...Por eso he declarado que hagamos un arreglo y que tengamos una garantía propia en la que todos nosotros firmemos una declaración de independencia política y de integridad territorial... Estemos de acuerdo en que si uno de nosotros —incluyendo a los Estados Unidos— viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los otros, todos los demás lo impedirán... La paz sólo puede venir por la confianza. Por eso cada uno de nosotros debe, como una obligación patriótica para su país, plantar la semilla de la fe y de la confianza, en lugar de la semilla de la sospecha". Y del discurso de Mobile:

"...Es necesario conciliar los intereses de los Estados Unidos con las repúblicas hermanas de Sud América. Nosotros les pedimos concesiones y privilegios; buscamos nuestra propia conveniencia, sin detenernos a pensar si los gobiernos y los pueblos sudamericanos obtendrán o no ventajas al favorecer nuestras empre-

sas... Cuando los intereses nuestros y los suyos se tomen paralelamente en cuenta y se armonicen; cuando mutuamente trabajemos por el bien de ellos y al mismo tiempo por el nuestro, entonces comenzará una era de acercamiento y simpatía entre los Estados Unidos y sus hermanas del sur". ("La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América".—"Guión de Historia Contemporánea".)

* * *

Acaso por las dificultades de la primera guerra mundial; o por haberle faltado el apoyo de determinados grupos poderosísimos de su propia patria, que hoy serían calificados de "apaciguadores"; o por la fuerza incontrastable de la gran plutocracia norteamericana; o por el servilismo infamante de ciertos grupos criollos de nuestra mal gobernada América; sea pues por unas u otras de esas razones, la verdad es que no pudo lograr el Presidente Wilson que los hechos correspondieran a sus palabras.

Intervino en Santo Domingo y en Haití.

Desembarcó marinos en Veracruz.

Mantuvo la intervención armada en Nicaragua.

Tomó parte activa en la política de Cuba.

Cometió, por consiguiente, gravísimos errores, que no podían despertar confianza alguna en nuestros pueblos.

Y procedía de esa manera el Presidente Wilson, a pesar de los famosos catorce puntos que había lanzado a la desesperación humana el 8 de enero de 1918, y a pesar de todo cuanto se dijo y ofreció a los pueblos tiranizados de la tierra, acerca de libertad y democracia.

Podría tal vez comentarse que esos catorce puntos no eran en realidad sino la doctrina personal de un Presidente. Llevamos pues la ventaja de que el ideario que hoy pregonan las Naciones Unidas, cuya esencia figura en la Carta del Atlántico, y en la Carta de Moscou, y en los acuerdos del Cairo y de Teherán, no puede ya consi-

derarse como el punto de vista personal de Mr. Roosevelt o de Mr. Churchill.

Se trata de promesas acogidas por todas las naciones que luchan a su lado en esta gran conflagración, hasta ofrecer una bandera que será muy difícil arrancar de manos de los pueblos, quienes sólo por realizar esos principios es posible que sigan sufriendo y derramando su sangre con tanto fervor como lo hacen.

* * *

En lo que concierne a las repúblicas americanas, son ya muy numerosos los discursos pronunciados, y no sólo por estadistas o por intelectuales de nuestros propios países, sino por altos funcionarios de la gran potencia anglosajona.

Entre tan extensa literatura bastan unas pocas frases de algunos de esos personajes —los de Estados Unidos—, tomadas al azar. En su discurso del día de las Américas, 14 de abril de 1943, dijo el Presidente Roosevelt:

“Hoy cada uno de los países americanos está cumpliendo sus obligaciones en la defensa de nuestra libertad. Pueden estar seguras esas repúblicas de que su futuro está debidamente asegurado en el concierto de las naciones libres, que constituirá el mundo del mañana”.

En la misma fecha expresó el Secretario de Estado Cordell Hull, que la doctrina de la solidaridad continental “se basa en la amistad, la cooperación, la no intervención y el respeto a los principios de soberanía, igualdad, moralidad, ley, orden y justicia”. Agregó que tales derechos inalienables de los pueblos americanos son y deberán ser respetados.

Por su parte el Vicepresidente, Mr. Henry A. Wallace, dirigiéndose al Senado del Perú, pues para entonces se encontraba de visita en Lima, hizo nuevas y sensacionales declaraciones acerca de la solidaridad con-

tinental americana, “exteriorizada en múltiples y efectivos hechos”.

Se refirió luego al mundo futuro, “que deberá asentarse en las cuatro libertades contenidas en la Carta del Atlántico”. Y predijo que este orden transformado que se avecina, “impondrá la justicia y el derecho como normas definitivas de convivencia humana”.

E incluso no podía faltar la voz de Mr. Sumner Welles, quien afirmó en el Club Rotario de Nueva York que la política del buen vecino, establecida por el Presidente Roosevelt, “puede llamarse con justicia la hazaña más destacada de la vida internacional, firme piedra angular para el orden futuro del mundo”. No tuvo inconveniente el señor Welles en darnos la razón a los anti-imperialistas hispanoamericanos (¡alguna vez habría de hacerlo!) con frases tan rotundas como las siguientes:

“Hace algunos años nuestra marinería aún montaba guardia en el territorio de este o de aquel de nuestros vecinos. En otras repúblicas del sur, ya libres de marinería, continuaban imperando consejos financieros de este país con poderes casi dictatoriales. Sobre otro grupo de naciones seguía suspendida la espada de Damocles, mediante tratados impuestos que nos concedían el derecho de intervenir para mantener el orden. Por eso muchos pueblos americanos no tomaban en serio una política que los Estados Unidos podían infringir a su antojo”. (¡Frase de tal manera conmovedora, se incluye de nuevo y se comenta en el Epílogo!)

* * *

En ambiente tan propicio y con publicidad tan abundante para la transformación política y económica del mundo, es natural que nuestros países se movilicen para tomar participación en el triunfo de la libertad, pero no en términos abstractos sino en forma concreta y eficaz.

Creemos por lo tanto en la política del buen vecino, precisamente porque somos débiles y necesitamos del derecho y de la justicia para defendernos.

Creemos en la Carta del Atlántico y en lo que se resolvió en los acuerdos del Cairo y de Teherán.

Creemos, por fin, en todo aquello que coincide con nuestras aspiraciones de muchos años.

Y nuestra fe se robustece cuando advertimos que tenemos de nuestra parte a los altos funcionarios del Partido Demócrata norteamericano, pero también a los progresistas del grupo contrincante, encabezados hasta hace algunos meses por Wendell Willkie, cuyo fallecimiento (8 de octubre de 1944) nos priva de un luchador excepcional contra toda clase de opresiones.

Dudas, recelos y caída de tiranos.

MAS es lógico, al mismo tiempo, que sobrevengan y se intensifiquen, y no por culpa nuestra, graves dudas y recelos, al observar objetivamente las contradicciones en que a menudo incurren las grandes potencias directoras de la política internacional de los Aliados, así como la falta de aplicación de sus principios.

Vemos el caso lamentable de España, a cuyo "Generalísimo" Francisco Franco le sostienen Londres y Washington su economía.

Vemos lo de Italia con Víctor Manuel, con Badoglio, y ahora con el Príncipe Humberto de Saboya, instrumentos todos ellos del fascismo de Mussolini, e instrumentos también —al caer el Duce— ¡de las Naciones Unidas y de la democracia!

Vemos, además, la fuerza creciente de los poderosos "apaciguadores" internacionales, que bien quisieran repetir un nuevo Munich.

Y en nuestra situación dramática, en lo que se refiere a las pequeñas repúblicas de la América Central, vemos igualmente y seguimos viendo de qué manera han recibido apoyo —el apoyo del "lend and lease", o de los préstamos y arrendamientos— nuestros "tiranos banderas", los más sanguinarios déspotas de nuestra His-

toria, nada menos que con la enseña de la buena vecindad, para seguirse sosteniendo en el poder.

Todo esto nos hace recordar el caso de Wilson, quien a pesar de sus buenas intenciones y de su idealismo extraordinario, no tuvo más remedio que volver a la época de la fuerza imperialista de sus antecesores. Por lo que toca a quienes le siguieron en la Casa Blanca, ya se hizo memoria de la actuación totalitaria y agresiva de Coolidge y de Hoover.

Sabemos, como ya se explicó antes, que los convenios internacionales que hoy sirven de estandarte a los enemigos del crimen y de la barbarie nazifascista, no son ya el punto de vista personal de un solo gobernante; pero sabemos también que los Estados Unidos nunca han tenido una política exterior congruente, y que bien podrían repetirse en nuestra América —a pesar de Mr. Roosevelt— los atropellos y los atentados de que en página anteriores dió el autor cabal noticia.

Por eso Centro América, cansada de mucho resignarse esperando la victoria de “los grandes”, resolvió abrir su segundo frente al mismo tiempo que en Europa, echando por la borda al tirano de El Salvador (8 de mayo de 1944), al cabo de muy sangrientas luchas que culminaron con una huelga general de brazos caídos, y al feroz déspota guatemalteco con siete cortas semanas de intervalo.

Después, en el ya citado y glorioso 20 de octubre, al pretender quedarse con la presidencia el militaroides sucesor de Ubico, General Federico Ponce, levantáronse tan unidos como nunca lo habían estado los elementos progresistas de Guatemala, hasta tomar el poder para enfrentarse desde arriba a la reacción.

Aunque he procurado no dar en este estudio esquemático nombres de chacales ni de sátrapas, ya que todos ellos, los de ayer y los de hoy son una misma cosa, y no vale la pena recordarlos sino como fenómenos de fauna o de conjunto; no obstante, pues, mi deseo de no personalizar, acaso sea indispensable una información

muy rápida de cómo llegaron al poder no sólo aquellos dos dictadores ya caídos, sino también los que siguen aferrados a las presidencias de Honduras y de Nicaragua.

Respecto a la nueva situación creada en El Salvador, la Historia de este mismo año nos dirá —*salvo poderío secreto*— cómo es ya imposible contener el empuje antidespótico de los pueblos centroamericanos.

* * *

El general Maximiliano Hernández Martínez, mediante una conspiración contra el Gobierno legítimo del ingeniero Arturo Araujo, siendo su Vicepresidente, logró apoderarse del puesto que tanto ambicionaba, el 2 de diciembre de 1931.

Allí se mantuvo, reformando a su gusto la Constitución, rodeándose de serviles, persiguiendo y asesinando a todo aquel que oliese a “comunista”.

Vale decir, sembrando el terror de un extremo al otro del país, hasta que el pueblo salvadoreño —en respuesta a una cuarta “elección” anticipada y a nuevas reformas constitucionales de sabor totalitario—, declaró su referida huelga de brazos caídos, una vez fracasado el movimiento revolucionario del 2 de abril, logrando que el sátrapa se fugara a todo correr con dirección al norte.

Por lo que toca al cuartelario Jorge Ubico, había estado gobernando en Guatemala desde el 14 de febrero de 1931.

Mediante una serie de violaciones y atentados que él y sus secuaces llamaban “reformas” a la Constitución, pudo asimismo mantenerse en la casa presidencial período tras período, hasta que los guatemaltecos decidieron darle fin a un régimen que en realidad era de facto, como el de sus vecinos.

¡Y además, por supuesto, anticomunista!

Quedan todavía otros dos machetoides en el Istmo: el también general Tiburcio Carías Andino, y su com-

pañero de graduación y de mesiánicas tendencias, Anastasio Somoza.

(A don Anastasio y don Tiburcio tendrá que agregarse ahora el coronel Osmín Aguirre Salinas, Director General de la policía salvadoreña, quien de acuerdo con los espadones totalitarios de su patria asaltó la presidencia de la heroica tierra cuscatleca. ¡Aterrados estaban todos ellos por las jornadas libertadoras del 20 de octubre en Guatemala! Y como en sus manos tenían las armas, hicieron valer su fuerza contra las aspiraciones populares en la mañana del 21. Pero será transitorio su dominio. ¡Ni Osmines, ni Tiburcios, ni Anastasios, *reconocidos o no reconocidos por las grandes potencias*, podrán seguir imponiendo su salvajismo en Centro América!—N. del A. 30 de octubre de 1944.)

En cuanto a Carías, instalado y sin deseos de abandonarlo se encuentra en el castillo que ocupan los presidentes hondureños, desde el primero de febrero de 1933.

Para evitar constantes reelecciones por períodos de “solamente cuatro años”, resolvió su Congreso de servidores incondicionales prorrogarle el término, *de una sola vez*, hasta el primero de enero de 1949, o sea hasta mediados del presente siglo, como en el caso de Martínez.

Pero ya está viendo el mundo que los hondureños no están dispuestos a tolerar que tan ilustre personaje se siga sacrificando por la patria.

Por lo que se refiere al otro general —el de la tierra de Jerez y de Darío—, violando también la Constitución y traicionando a su familiar, el doctor Juan Bautista Sacasa, asaltó la presidencia de Nicaragua el 31 de diciembre de 1936, haciéndose reelegir en 1940 hasta el primero de mayo de 1947.

Sin embargo, así sus partidarios como sus enemigos, a pesar del apoyo que le llega de afuera —¡préstamos y arrendamientos de la buena vecindad!— están seguros de que tan conocido hombre de negocios y de deslealtades para deudos y no deudos, tendrá que dejar el mando a toda prisa.

De lo contrario se expone a perder no sólo la enorme fortuna que tiene acumulada al calor de la presidencia, sino también los años que le faltan de vida, como justicia superior e inmanente por el asesinato, entre otros, de Augusto César Sandino, egregia figura para cuya memoria sobran ditirambos y adjetivos.

Unica forma de fascismo en Centro América.

Al iniciarse el actual movimiento revolucionario centroamericano —reflejo inevitable de lo que ocurre en el planeta, y reflejo simultáneo de nuestra memoria ancestral— surgieron algunas voces, dignas ciertamente de respeto por su lealtad y por su preparación, expresando el temor de que tal actitud únicamente implicase serio peligro para la causa de las democracias.

Se consideraba, en otros términos, que la “impaciencia” de los pueblos centroamericanos contra sus oprobiosas dictaduras, pudiera convertirse en una serie de golpes organizados por el nazifascismo encubierto, para obstaculizar la victoria de las Naciones Unidas.

La realidad ha contestado a esos temores en forma tan elocuente, que no habría hoy quien dijese que Centro América ha perdido con las lecciones propinadas a Martínez, a Ubico, a Ponce, y con las que han de recibir en breve plazo los otros tres machetes.

Hay y seguirán sin duda suscitándose dificultades y atropellos: mas no por culpa de los de abajo, sino provocados antes bien por los de arriba, estamentos en donde sí caben y germinan las ideas totalitarias.

Si esa es la realidad, perdóneseme el afirmar rotundamente que en Centro América, así como en el resto de la América Latina, no hay ni puede haber fascismo, por lo menos integral, si se toma como base para ese calificativo el aspecto doctrinario que Hitler y Mussolini han adoptado como su tesis de agresión.

Para Hitler y sus fanáticos no hay más que una ley, la de esta vida, que es “crecer y sobrepasarse uno mis-

mo; y odiar, por consiguiente, combatir, destruir o devorar todo lo que se ofrezca como extraño y como menos fuerte”.

A su vez el general Bernhardi, en su libro “Unsere Zukunft”, queriendo vulgarizar los escritos más importantes de los pensadores y de los filósofos alemanes sobre la política de conquista, recopila frases como las siguientes:

“Un Estado sólo debe considerar el factor fuerza, menospreciando las leyes que no lo benefician”.

“Únicamente la fuerza y no el derecho, podrá resolver las diferencias entre los Estados”.

“La moralidad de un Estado no puede ser como la de un individuo. La esencia del Estado es la fuerza y su debilidad es un crimen”.

“Alemania, estando como está por encima de todo (“Deutschland über alles”), tiene derecho a todo. Alemania va a la destrucción, por la sangre y por el fuego, de cuanto pueda oponerse a su *espacio vital*, contra todo y contra todos”.

Por su parte el señor Mussolini sostenía en sus buenos tiempos, *cuando incluso la democracia inglesa de Chamberlain lo apoyaba y lo admiraba*, que “la lucha es el origen de todas las cosas, porque el día de la paz será melancólico y de ruina”. A continuación agregaba el pintoresco Duce:

“Ante todo, el fascismo, en cuanto concierne al porvenir y al desarrollo de la humanidad, no cree en la posibilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que surge de un renunciamiento a la lucha. Sólo la guerra eleva todas las energías humanas a su máxima tensión, e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla”.

Y acerca del concepto fascista del Estado, agregaba Mussolini que es lo absoluto, “ante el cual los individuos y los grupos son lo relativo. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado. (“Discursos”, Cámara de Diputados, Roma, 26 de mayo de 1927.)

Yo me permito preguntar a los lectores si hay alguna república centroamericana, e incluso del resto de la América española, con esa *voluntad de imperio* (léxico de Franco) a que se refieren Hitler y Mussolini; con ese deseo de agresión y de dominio, predicado y sostenido por los fundadores del nazifascismo; con las armas y con los elementos necesarios de conquista que conducen a la guerra, para obtener *un espacio vital* demográfico o *un espacio vital* económico.

No tengo yo noticia de que anden nuestros países cortos de territorio para sus habitantes, ni en busca de mercados para sus productos industriales —que no bastan siquiera para su consumo—, ni tratando de obtener materias primas.

Se llega entonces a la conclusión de que Hispano América en lo general, y muy particularmente las pequeñas repúblicas centroamericanas, no son, no pueden ser fascistas, en este sentido exterior de agresión y de dominio; menos aún en lo que atañe a superioridad racial.

Estudiemos ahora lo que concierne al fortalecimiento del Estado como fin, y no como medio de superación colectiva, según lo entiende el socialismo para beneficiar, en última instancia, al individuo, al ser humano, parte integrante de la sociedad.

¿Hay gobiernos tiránicos de América —precisamente a los que se les llama fascistas— que fortalezcan al Estado, que lo antepongan a su interés personal o de clase, que se preocupen realmente por darles vigor a sus países?

Negativa es la respuesta, porque son esos gobiernos, ni más ni menos, los que se convierten en cómplices y servidores de todo jaez de imperialismos; los que se ponen a las órdenes de la plutocracia criolla; los que entregan al capital monopolista el petróleo, el oro, la plata, los transportes, las más preciadas riquezas y los más productivos negocios de nuestro hemisferio, tan pobre y a la vez tan rico.

Y llegamos entonces a esta segunda conclusión: que en el sentido estatal, puesto que dichos gobiernos más bien debilitan al Estado, tampoco hay fascismo en nuestra América.

Sólo existe una tercera forma de fascismo que sí es el nuestro, y que lo hemos vivido desde hace muchos años en todo el continente, a través de Rosas, y del doctor Francia, y de García Moreno, y de Veintemilla, y de Carrera, y de Zelaya, y de Machado, y de Juan Vicente Gómez, y de todos los tiranos, de altura o de bajura, que hemos sufrido o derribado en el largo trecho de tantas rebeliones y de tantos pronunciamientos militares.

Esa forma de fascismo: la tiranía, los encarcelamientos, las ejecuciones, las torturas, la crueldad y todo lo que implica la ambición y el predominio de bárbaros y de salvajes, más o menos semejantes a Hitler y a Mussolini; esa forma de fascismo es la única que tenemos y que supervive en algunos feudos, perfectamente bien localizados del continente americano.

Fácil es comprender, por consiguiente, de acuerdo con este análisis a grandes rasgos, cómo la mejor política de apoyo decidido a las Naciones Unidas, la de mayor sinceridad y eficacia, no podía ni puede ser otra que atacar inmisericordemente al nazifascismo característico de nuestro medio, personificado en regímenes de dictadura.

¡Eso es lo que ha hecho Centro América, buscando su sitio entre las naciones civilizadas, pues de acuerdo con su Historia, con la Carta del Atlántico y con lo que se persigue en esta guerra, tiene sobrado derecho a vivir la democracia en todo lo que ella sea mejoramiento social, plenitud humana, ansias muy explicables de libertad y de justicia!

* * *

Afortunadamente la opinión pública continental: escritores que se respetan a sí mismos, obreros, estu-

diantes, hombres y mujeres de diversas clases sociales, han sabido comprender y respaldar el punto de vista a que se acogen los centroamericanos de vanguardia.

Sería imposible hacer referencia en estas páginas a todas las publicaciones que se han hecho en favor de esos valerosos pueblos, tan oprimidos y tan explotados que da pena recordarlo.

Sea suficiente reproducir una frase nada más del diario colombiano "El Tiempo", tomada de su editorial, edición del 28 de junio de 1944. Dice así:

"América debe revisar sus sistemas de gobierno, dondequiera que esos sistemas no coincidan con los principios inmutables de la democracia; debe prescindir de las tiranías, dondequiera que existan".

Y esta nota de "La Semana en el Mundo", servicio de prensa de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, publicada en "El Popular", 9 de julio de 1944:

"El actual movimiento progresista en los países centroamericanos, es el mejor y el más firme apoyo que se puede dar a las Naciones Unidas".

Porvenir de Centro América.

LO relatado sería un resumen de lo que ha sucedido y de lo que está ocurriendo en el Istmo centroamericano. Es natural que los lectores se pregunten cuál será el porvenir de esos países.

Comprendemos, desde luego, que la libertad y la democracia de cada pueblo no podrán lograrse por intervención de afuera, que de ningún modo aceptaríamos; pero sabemos también y así lo proclamamos —como muy acertadamente lo ha escrito "España Libre" de Nueva York—, que si "nadie puede imponer la libertad de un pueblo desde el extranjero, *sí puede imponerse en cambio la esclavitud*".

Y al efecto recuerda esa benemérita publicación la forma en que fué impuesto Franco en España, y la for-

ma en que conservan el poder algunos de nuestros dictadores. Cuentan con armas —ya se dijo antes— que no se fabrican en sus países. Con expertos militares que llegan del exterior. Con créditos bancarios que fortalecen al tirano y a sus cómplices.

Sabemos de igual manera que frente a la decisión de lucha democrática, se alzarán el clamor de los antiguos dominadores.

Del “fascismo” criollo en combinación con el europeo.

Del falangismo apoyado por el vaticanismo.

De los apaciguadores ingleses y norteamericanos, enemigos natos del “new deal” y de la política del buen vecino del Presidente Roosevelt.

De todos aquellos, en una palabra, que para defender sus intereses y sus privilegios de clase, volverán a emplear el arma ya desacreditada de Hitler, de Goebbels, de Franco, de Oliveira Salazar, hasta de don Getulio Vargas y de Su Santidad, o sea el terror al comunismo.

* * *

Pero nosotros no le tenemos miedo al comunismo ni cometeríamos la torpeza de imaginarnos que podemos dar un salto de siglos, para llegar a etapas de organización social que no estamos predicando, ni obraríamos con sinceridad al difundirlas.

Ya dije en la parte final del “Guión de Historia Contemporánea”, que a lo que sí deberían temerle los privilegiados es a las causas que engendran el comunismo:

A la explotación.

A la miseria.

A la servidumbre de millares y millares de campesinos en la indigencia, sin un pedazo de tierra en países agrarios.

A la desnutrición de los hijos de los obreros.

Al paludismo sin quinina en las zonas tropicales.

A la falta de amor al prójimo entre gentes rezadoras, que llevan el nombre de Dios en los labios, pero no en el corazón.

A la ética lamentable de escritores y artistas, sin noción de lo que podrían representar si tomaran la cultura, no como fin egoísta de deleite individual, sino como medio de lucha en favor de los pueblos oprimidos.

A la oligarquía y al vendepatrismo de políticos voraces, que le tienen pavor a lo "rojo", pero que siempre han sido responsables de la injusticia social y los eternos lacayos del imperialismo extranjero.

* * *

Ni al comunismo ni a Rusia, por lo tanto, habría motivo para que se les temiese en Centro América. Entre otras razones, además, porque *no hay inversionistas ni concesionarios rusos en ningún país de Hispano América*, explotando nuestras minas, ni llevándose nuestro petróleo, ni colocando empréstitos para cobrar después, con apoyo de la fuerza, los intereses y las amortizaciones correspondientes.

Vencidos ya los elementos hitleristas, que habían llegado a controlar en Centro América un alto porcentaje de nuestra producción cafetalera, y de otros artículos que remitían al Reich; congelados sus fondos y puestos a buen recaudo en campos norteamericanos de concentración, acaso pudiera asegurarse que nuestro mayor peligro no es el que señala un escritor costarricense —¡se me podría tildar de apasionado!—, sino el que el propio Presidente Roosevelt y su antiguo Subsecretario de Relaciones, Mr. Sumner Welles, nos ponen a la vista.

Así lo hacen cuando declara uno de ellos que "estaríamos ciegos para no darnos cuenta de las manifestaciones de imperialismo agudo que ahora mismo (octubre de 1944) se notan en diversos sectores de la opinión pública de nuestro país". (Sumner Welles, "Reader's Digest", octubre de 1944).

Respecto al Presidente Roosevelt, no ha tenido escrupulo en atacar las tendencias imperialistas de su patria, no sólo a últimas fechas, sino desde 1933. Permítome traer a colación su discurso de aquel año en el Instituto Woodrow Wilson, cuando pronunció valerosamente estas palabras:

“No vacilo en decir que si yo hubiera tomado parte en la campaña política de cualquiera otra república americana, habría tenido que acusar a mi propia patria por su expansión imperialista”.

Y también nos preocupan frases como las que me parece indicado reproducir, externadas en una sesión de “The Academy of Political Science”, Proceedings, Vol. VII, página 423:

“Cuba es tan independiente como Long Island. La isla de Santo Domingo con sus dos repúblicas de negros, no es más independiente que el Estado de Nueva York. Nicaragua y Panamá apenas son repúblicas de nombre y soberanía nominales. Si hemos de tener un imperio en el Caribe, lo obtendremos después de destruir la independencia de los países interesados. Debemos tener presente que si adquirimos estas islas, tendremos que acabar por anexionarnos todo Centro América”.

* * *

Pues bien, no será posible esa anexión *si sabemos aprovechar la política del buen vecino del Presidente Roosevelt*, y si afrontamos de una sola vez, decididamente, la necesidad de forjar a todo trance la unión de Centro América.

Este magno ideal ha estado a punto de cristalizar en diversas épocas de nuestra Historia: en 1842, en 1847, en 1852, en 1862, en 1885, en 1886, una década después y, por último, al cumplirse en 1921 el primer centenario de nuestra independencia.

Logró establecerse en esta última fecha la República Tripartita de Guatemala, El Salvador y Honduras. Pero

varios militares guatemaltecos, en connivencia con el imperialismo a la sazón agudo de Wall Street y de la Casa Blanca, siendo Secretario de Estado Mr. Charles Evans Hughes, acabaron violentamente con la nueva entidad federativa.

¡Y se basó Washington para proceder de esa manera, y para negarle su reconocimiento a la República Federal, nada menos que en nuestros famosos Tratados Centroamericanos de Paz y Amistad, que bajo el patrocinio de México y de los Estados Unidos se habían firmado en 1907!

¡Ah, pero he aquí que cuando se hizo la Federación Centroamericana de 1921, así como en los años que siguieron, era muy grande el recelo del Presidente Calvin Coolidge en relación con México!

Por eso el Canciller Hughes interpretó y retorció aquellos convenios a su gusto y albedrío, haciendo de ellos una copia mejorada y aumentada en 1923, pero ya sin intervención ninguna de los "bolcheviques" mexicanos.

A tal grado llegaba la animosidad del citado gobernante Mr. Coolidge contra México, que todavía el 8 de enero de 1927, en su segunda presidencia, lanzó a los cuatro vientos esta declaración textual:

"El régimen comunista del general Calles ha desafiado y continúa desafiando a los Estados Unidos ocasión tras ocasión, llegando al extremo de obsequiar poderosas estaciones inalámbricas a las repúblicas de Centro América, sin duda con el objeto de restarnos simpatías en esas naciones. Pero estamos dispuestos a conseguir que México no nos humille más con su proceder intolerable".

* * *

Ahora, en cambio, en este momento crucial del mundo.

En esta época en que los hombres y los países se transforman.

Cuando no hay motivo para hablar de supuestos comunismos, que el propio Presidente Roosevelt ha denunciado como "fantasma" que aprovechan los enemigos del progreso y de la civilización.

Ahora, entonces, estamos seguros los centroamericanos de que podrá a la postre realizarse lo que no debió jamás haberse destruído.

Mas para ello debemos tomar en cuenta que, como países débiles, sólo contamos con el Derecho, con la inteligencia.

En otras palabras —no recuerdo dónde las habré leído— "no hemos menester de generales que sepan ganar batallas, sino de estadistas probos y preparados, capaces de evitar esas batallas".

¡Unidos, pues, en estos días de lucha! ¡Y unidos todos los centroamericanos conscientes, los que quieran la libertad y el progreso, para los años difíciles que vienen!

Ya lo había dicho el luminoso y multiforme defensor de América y de Cuba, José Martí:

"Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes".

MONUMENTO A NUESTRO PRO CER MAXIMO

El 15 de septiembre de 1944, patrocinada la imponente ceremonia por el Jefe del Departamento del Distrito Federal, y por los licenciados Arturo García Formentí y Rubén E. Gómez Esqueda, en representación del Gobierno de la Ciudad de México, fué inaugurado el monumento al prócer Francisco Morazán, en esta gran metrópoli azteca. Se reproduce aquí —reconstruída— la exaltación del ilustre caudillo centroamericano, hecha por el autor en esa ceremonia.

MONUMENTO A NUESTRO PROCER MAXIMO

S EÑORES Representantes del Gobierno del Distrito Federal.

Compatriotas y amigos:

Hace dos años, el 15 de septiembre de 1942, primer centenario del fusilamiento de Francisco Morazán, y aniversario a la vez de nuestra independencia, descubrió el Gobierno del Distrito Federal las placas que dan el nombre de nuestra máxima figura, a esta hermosa avenida de la gran metrópoli azteca.

Hoy —también 15 de septiembre, también aniversario de nuestra independencia— nos congregamos aquí de nuevo, para colocar la primera piedra del monumento que perpetuará en México la memoria del héroe centroamericano.

Pasa el tiempo; se nos van los años; pero quedan siempre vibrando en la conciencia, o en la subconciencia popular, las gestas gloriosas, las obras realizadas, los ideales profundos de aquellos a quienes bien podríamos llamar valores de excepción en nuestro medio.

¡De aquellos que, en forma desinteresada y generosa, supieron interpretar el pensamiento y el sentimiento de las grandes mayorías, aun cuando en su contra estuviesen —no podía ser de otra manera— las minorías privilegiadas!

Morazán contra Barradas, invasor de México.

ES satisfactorio para nosotros, centroamericanos, ver de qué manera tan espontánea, tan emocionante, se honra a un gran ciudadano del otro lado del Suchiate,

cuyo ideario y cuyos hechos siguen siendo en este siglo, en estos mismos días de guerra y de catástrofe, el pensamiento y la esperanza de millones de seres humanos, que todavía luchan por la independencia, por la justicia social y por la libertad.

En aquellos años, cuando Morazán iniciaba su victoriosa carrera hacia la vida inmortal, gobernaba en México un insurgente sin mácula, un revolucionario que se había forjado con Hidalgo y con Morelos, un visionario puro, intachable, varón de aquella época en que a los hombres no se les medía por su fortuna personal: don Vicente Guerrero.

Corría el año 1829, año difícil para México, año difícil para Centro América, año difícil para todas las hermanas repúblicas del sur.

Encontrábanse nuestros antepasados en grave crisis; en la iniciación de una serie interminable de períodos caóticos; en ambiente propicio, entonces, para que la reacción de los criollos y de los encomenderos se fortaleciera y diese ánimos al absolutismo de la monarquía española, de modo que intentara la reconquista de sus viejas colonias en territorio americano.

Tocante a México, creído estaba Fernando VII de que sería fácil empresa recuperarlo, a juzgar por lo que le informaban sus partidarios, los criollos y los peninsulares de derecha.

Y organizó entonces la invasión o expedición de su lugarteniente Barradas, una especie de nuevo Hernán Cortés, sin el valor ni la audacia del conquistador extremeño.

Zarpó Barradas de la Habana el 15 de julio del año citado (1829), y desembarcó en Tampico el 27 del mismo mes. Fué entonces cuando Morazán, que sentía respeto y admiración muy honda por Guerrero, le ofreció todo su apoyo, todas las fuerzas centroamericanas de que pudiera disponer, con objeto de enfrentarse a quienes en esa forma hollaban el territorio mexicano.

Procedió así Morazán por un alto espíritu de americanidad —lo que hoy se llamaría política del buen vecino—, en la más correcta acepción de la palabra.

Y no titubeaba nuestro prócer en dar su apoyo a México, no sólo ofreciendo sino preparando ya sus ejércitos: las milicias de Gracias, Olancho, Yoro, Santa Bárbara, Sula y Sulaco, al mismo tiempo que reforzaba los puertos de Trujillo y Omoa, por donde se temía que desembarcasen algunas de las fuerzas peninsulares, ávidas de reconquistar su antigua Nueva España.

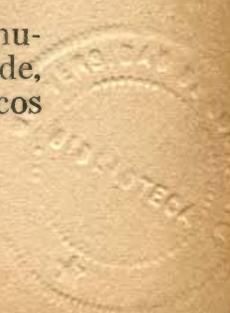
En esa forma el gran centroamericano daba fe de sus principios, a sabiendas de que los criollos, los aristócratas y demás gentes de derecha, aprovecharían su salida para dar un salto atrás, para establecer de nuevo su dominio en Centro América, pues seguían siendo absolutistas e incluso fernandinos, a pesar de nuestra declaración de independencia, solemnemente decretada el 15 de septiembre de 1821.

(¡Bien sabemos que en esa fecha, ante el clamor del pueblo, estamparon su firma en el Acta correspondiente el Capitán General de Guatemala, ni más ni menos, altos funcionarios, oidores, corregidores, militares, magistrados, autoridades civiles y eclesiásticas de toda clase y catadura, de modo más o menos semejante al que había empleado en México Iturbide con el Plan de Iguala, después de las juntas de la Profesa!)

Mas no fué necesario el viaje de Morazán a tierras del Anáhuac, porque los mexicanos —a pesar de la propaganda reaccionaria— se alzaron como un solo hombre contra el invasor.

Vino de todo ello a resultar que al nuevo y pintoresco Hernán Cortés no le quedase otro camino que su capitulación, en la plaza de Tampico, a las ocho semanas de haber desembarcado.

¡No tuvo siquiera tiempo ni medios para salir huyendo, porque el propio Almirante español Laborde, tan pronto quedaron en tierra Barradas, sus músicos



y sus soldados, los dejó sin fragatas, sin bergantines ni goletas!

Quería sin duda Laborde que Barradas se llenase de tanta gloria como Cortés, aunque no quemando o encallando las naves, sino —como ha escrito el maestro don Miguel Quintana— virándolas en redondo con dirección a Cuba.

* * *

Ocho meses después, no obstante la derrota de los invasores, llegaronle noticias a Morazán de que aún persistía Fernando VII en dejarse llevar por ilusiones, que atizaban desde México los partidarios del absolutismo real.

Dirigió entonces el siguiente oficio al Ministro mexicano de Relaciones Exteriores, que era en esa fecha —como por contraste— don Lucas Alamán:

“Guatemala, 18 de marzo de 1830.

“Al Excelentísimo señor don Lucas Alamán, Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos Mexicanos.

“No cabe ya ninguna duda de que se prepara una nueva y fuerte expedición contra la América, alentados sus enemigos, seguramente, por las tristes desavenencias que han trastornado su orden interior.

“Ellos calcularon su primera tentativa sobre la división en que creyeron encontrar a esa República; y aunque el fracaso debió haberles hecho conocer que, cuando se trata de defender su independencia comprada a costa de sangre y dolorosos sacrificios, los mexicanos, olvidando todo sentimiento, no tienen otra pasión que la libertad de su Patria, sus enemigos son incapaces de penetrarse de esa verdad aunque la han palpado muy a su costa.

“Persuadido, pues, mi Gobierno, de que la unión entre las dos repúblicas las hará más inaccesibles a la fuerza española, ofrece desde luego, al de esa Nación,

en el caso de ser nuevamente atacada, todos los auxilios de que puedan ser susceptibles los recursos de Centro América.

“Mi Gobierno está en aptitud de reunir sus fuerzas a las de esa República para sostener su cara independencia.

“Sirvase aceptar las consideraciones más distinguidas que me merece, y con que soy de Ud. su atento servidor.

Francisco MORAZAN.

Voluntad de justicia para el sér humano.

CIENTO quince años han pasado desde entonces. A Guerrero lo asesinaron y a Morazán le pusieron en Costa Rica frente al paredón.

¡Y los dos siguen viviendo, porque los fusilaron sin poder matarlos!

“A estos hombres —escribí en mi “Elogio” del ilustre centroamericano— se les dispara al cuerpo, pero los proyectiles no hacen mella en el espíritu. No hay manera de acabar con ellos, por la nobleza indestructible de sus ideales y por la excelsitud eterna de su obra”.

Y agregué líneas abajo: “¡¡Los que se mueren son los otros!! ¡Aquellos que con una descarga contra la envoltura corporal de un hombre superior, creyeron matarle a él y destruir, con ráfagas de plomo, la inmortalidad del pensamiento!

“No. A los seres superiores no hay modo de matarles. Son como faros, cuya luz se proyecta en el tiempo, y se proyecta en el espacio, hacia la lejanía, hacia hombres nuevos que llegarán después.

“¡Sombra, incomprensión a corto trecho, mientras se dan a los demás y alientan en la vida! No pueden sus contemporáneos ver el resplandor, que sólo a gran distancia servirá de guía.

“A los grandes espíritus orientadores, por lo tanto, se les calumnia, se les difama, se abultan y exageran sus faltas o sus debilidades.

“Así con Morazán. El primer centenario de su natalicio, en 1892, no pudo celebrarse de manera digna, porque las castas reaccionarias elevaron su voz contra el caudillo”.

* * *

Mas he aquí que ahora estamos en 1944, en mitad de la más grande revolución que haya nunca sacudido al mundo.

Y a Francisco Morazán, que en nuestro medio simboliza los ideales de libertad y democracia, por los que mueren millones de soldados en los campos de batalla, se le levanta un monumento en México, que viene a ser como una confirmación, no de “voluntad de imperio”, sino de voluntad de justicia para el sér humano, que no es otro el sentimiento que abrigan los pueblos de México y de Centro América.

*Triunfan la reacción y la barbarie
sobre la cultura y el progreso.*

Tan austero, empeñoso y decidido en el poder era Morazán, como don Valentín Gómez Farías en México; o como el doctor Mora, Rodríguez Puebla y Gorostiza; o como demostraron serlo posteriormente aquellos ilustres mexicanos que forjaron la Constitución de 1857; e incluso como el Benemérito inmortal de las Américas, licenciado don Benito Juárez.

Sería difícil explicar en este corto discurso, más bien exaltación que conferencia, el alcance de la obra morazánica.

Lo interesante —ya lo dije en anterior trabajo— es tomar nota de que su modo de pensar, su afán de

progreso, el impulso que dió siempre a la instrucción pública, le ponen en encumbrado sitio, junto a los más brillantes valores del mundo americano.

Pero era mucho, un siglo atrás, lo que quería y legislaba para nuestra patria el liberal caudillo.

Hasta que en 1839 triunfaron a la postre los privilegiados, los aristócratas, los criollos y el arzobispo, llevando todos juntos al criador de cerdos, Rafael Carrera —con largos repiques de campanas, arcos de triunfo, tedeums y paternosters— a la presidencia de Guatemala.

¡Píadostas damas, con grande apremio y con la aprobación de sus maridos y familiares, le habían bordado a “Su Excelencia” diversas clases de cojines y de almohadones, para que al “Instrumento de Dios” no le pareciese excesivamente dura la silla presidencial, que era la misma de los capitanes generales en la época de la colonial!

* * *

Desde ese momento Morazán estaba perdido. Su lucha militar, lucha de victorias, se había prolongado durante casi doce años.

Pero con el triunfo final de los conservadores; con el derrumbamiento de la Federación, subdividida en cinco pequeñas parcelas; con tantos odios tropicales, ambiciones y rencillas como allí surgían, ya no pudo más aquella luminosa figura, y prefirió tomar el camino de la expatriación.

En abril de 1840 salió de El Salvador y embarcó hacia el sur, estableciéndose con su familia y con algunos de sus partidarios en David; mas nunca olvidó sus deberes ni su responsabilidad hacia la patria.

Siguió laborando por rehacer la Unión de Centro América.

Estuvo en el Perú con ese fin.

Y cuando le llamaron de Costa Rica para que fuese

a derrocar al dictador Carrillo, allí se presentó sin dilación.

Venció al tirano y lo eligieron Presidente mis compatriotas ancestrales (15 de julio de 1842), dándole además los diputados, por unanimidad de votos, el título de Libertador de Costa Rica.

Ocho semanas escasas habían transcurrido cuando el 15 de septiembre, como ya se dijo antes, caía fusilado en la capital costarricense el prócer humano y humanista, que uniendo de nuevo y forjando a Centro América en una sola gran nación, pudo haber evitado buena parte de los males y de los agravios que en el curso de cien años hemos tenido que sufrir.

Postulados de hace un siglo, que podrían figurar en la Carta del Atlántico.

SIN embargo, el espíritu de Morazán brilla con luz más poderosa cada día, a pesar de nuestras luchas civiles; y del matonismo de los sargentones; y de las pasiones desatadas; y de la fuerza que han tenido en sus manos, en diversas épocas de nuestra Historia, los incapaces, los mediocres, los hombres de levitón o de ferretería en el pecho; y junto con ellos ciertos "eminentes jurisconsultos", al servicio remunerado de Wall Street, debajo de cuyas chisteras o bombines "*el talento es peste*".

Poco antes de que lo mataran se dirigió el prócer a la juventud, a las generaciones venideras, a los ciudadanos justos que pudiesen ver con claridad el destino común de los cinco pueblos que forman la gran patria centroamericana.

Su voz, a cien años de distancia, se oye como más clara, como más profunda, mucho más fuerte.

Es el suyo un grito de alerta para que abramos los ojos en este momento extraordinario del mundo, y para que luchemos sin desmayo contra los enemigos de nuestra nacionalidad unificada.

Es como una imprecación contra los políticos irresponsables, llenos de soberbia y de bajas ambiciones, que bien desearían seguir medrando con la riqueza material y con la dignidad de Centro América, en calidad de amos y señores de pueblos tan sufridos y tan explotados.

* * *

Sus últimas palabras de fe y de optimismo, cuando ya se encontraba al borde del sepulcro;

su ideario avanzado, como el de otras altas figuras de aquella época;

lo que hicieron o escribieron hombres como Gálvez, José Cecilio del Valle, Barrundia, Cabañas, Jerez, Juan Rafael Mora y algunos otros personajes, en el correr de varias generaciones, con su indiscutible gran altura moral e intelectual;

todo eso que hoy podría formar parte, con ventaja, de los postulados de la Carta del Atlántico.

y las altas y bajas que no pudieron evitarse;

y la sangre derramada en nuestras luchas civiles por la libertad:

esa es la contribución de Centro América a la causa democrática mundial.

¡Pero también a la suya propia, sin tiranías ni despotismos, que sólo subsisten en aquellos pueblos por la presión que allí continúa ejerciendo el capital monopolista de las grandes potencias!

¡A la suya propia, sin complicidades de afuera; sin apaciguamientos; sin violaciones a la causa por la cual está luchando el hombre civilizado, en esta trágica mitad del siglo veinte!

“Nos legó Morazán la herencia de su ideología, de su sacrificio, de su afán de progreso, de su desinterés y de su comprensión humana”. Así escribí hace poco en “Cuadernos Americanos”, y agregué:

“Vale la pena proclamar entonces que su voz y la voz de los varones que le rodeaban, es hoy más fuerte que hace un siglo.

“Hecho su cuerpo polvo en la tierra, pero luz de faro su inmensa labor de mártir y de apóstol, pareciera que lo estamos viendo y que lo estamos escuchando”.

* * *

Esas y otras muchas razones, que en ceremonia oficial como ésta no sería discreto traer a colación, explican lo que ahora mismo está sucediendo en Centro América.

Al fin se impone la ciudadanía.

Ha comenzado el derrocamiento de tiranos.

Y ya están en capilla los que aún detentan el poder, para descrédito de la causa democrática y de *algunas Naciones Unidas!*

¿Se impondrán al fin los pueblos de la América Central?

Suya será en breve la victoria —tendrá que serlo—, porque nos ayuda el movimiento de transformación que agita al mundo.

¡Y porque el luminoso espíritu de nuestros próceres, que hace luz en la tiniebla, está señalando el camino de su liberación a los pueblos centroamericanos!

REALIDAD CENTROAMERICANA

Se trata también en este caso de un discurso: el pronunciado por el autor en el Palacio de las Bellas Artes de la Ciudad de México, el 18 de septiembre de 1944, durante el gran acto de esa fecha en homenaje a los pueblos centroamericanos. No sólo se celebró el aniversario de su independencia, sino también la forma en que están luchando esas naciones por obtener su libertad. Presidió el señor General don Heriberto Jara, Secretario de Estado en el Despacho de Marina, en representación del señor Presidente de la República, General de División don Manuel Avila Camacho. Ocuparon también sitios de honor en el presidium los representantes del Secretario de la Defensa Nacional, General de División Lázaro Cárdenas; del Secretario de Gobernación, Licenciado Miguel Alemán; de la Sociedad Amigos de Centro América, con su Presidente el Senador Joaquín Martínez Chavarría y sus secretarios, diputados Carlos Madrazo y Víctor Alfonso Maldonado; y los de numerosas agrupaciones nacionales y extranjeras, entre ellas las de Francia Libre, Acción Democrática Internacional (patrocinadora del homenaje), República Española, China, Estados Unidos, Bélgica, Unión Soviética y delegados auténticos de la Italia antifascista.

REALIDAD CENTROAMERICANA

EXCMO. señor Delegado del Presidente de la República. — Señoras y señoritas. — Honorables Senadores y Diputados y demás miembros de la Sociedad Amigos de Centro América. — Compañeros de Acción Democrática Internacional, de sus organizaciones afines y de nuestro grupo centroamericano. — Compañeros y amigos de España y de otras nacionalidades:

A las palabras que aquí voy a decir, había yo sugerido que se las denominase “Síntesis de lo que ocurre en Centro América”. Porque gracias al resumen evítanse largas explicaciones —a veces muy mal averiguadas—, en las que suele uno perder la noción del tiempo, y su paciencia de Job el auditorio.

Frases concretas sobre unos cuantos temas fundamentales, los más importantes, es lo que me ha parecido necesario ofrecer en esta gran tribuna continental.

Más bien conclusiones que abundancia de premisas, en tal forma que el silogismo surja entero, completo, de una sola vez; y tan claro que por su propia lógica —lógica es lo que queremos en esta época de confusio-nismos—, señale con claridad el panorama actual de Centro América.

Lucha simultánea por la causa democrática mundial.

PERO antes de empezar mis conclusiones —que preferí traer escritas para ceñirme a un esquema concreto—, deseo expresar a esta enorme concurrencia

cuán honda es la emoción de los centroamericanos por lo que aquí estamos presenciando.

Varios millares de hombres y de mujeres, no sólo de México sino también del resto del continente y de diversas naciones europeas, rinden hoy tributo a los cinco pequeños Estados en que por desgracia está dividida la América Central.

Altos funcionarios, representantes genuinos de uniones y de sindicatos obreros, intelectuales, artistas, médicos, poetas, abogados, nos demuestran en este acto —y con sus elocuentes adhesiones escritas— cómo desean festejar con nosotros la independencia centroamericana del 15 de septiembre de 1821; pero cómo, también, desean celebrar los movimientos de libertad y de justicia, iniciados en aquellos países de seis meses a la fecha.

¡De seis meses a la fecha! Es decir, cuando las Naciones Unidas abrían en Europa su segundo frente.

¿Y por qué los oprimidos, los apaleados, los que tanto esperaban y siguen esperando de la Carta del Atlántico decidieron enfrentarse a sus tiranos?

Porque lógicamente la lucha por la causa democrática, la lucha contra el nazifascismo mundial, tenía y tiene que ser también mundial. Y no sólo mundial sino además simultánea en todo el orbe, en ambas riberas del Atlántico y al otro lado del Pacífico.

Dicho en otras palabras, esta gran batalla por la liberación humana no puede subdividirse por regiones, ni por etapas, ni por continentes; no puede hacer compás ninguno de espera; tampoco puede seguir siendo escarnecida con la permanencia en el poder de crueles, sanguinarios y bien conocidos sátrapas de América, por mucho que ahora se vistan con hábitos de democracia.

Si allí siguiesen esos hombres, y las cárceles llenas de prisioneros políticos, y las ametralladoras disparando contra el pueblo, negaríamos la ya citada Carta del Atlántico, la Carta de Moscou, los acuerdos del Cairo y de Teherán.

Negaríamos tantas prédicas de libertad y democracia como se escuchan todos los días a través de la radio.

Negaríamos lo que dicen las agencias noticiosas y los demás medios de publicidad y propaganda, al servicio de las grandes potencias que aseguran enfrentarse a la barbarie.

* * *

Se trata, entonces, de ofrecerle un homenaje a nuestra lejana independencia.

Sin embargo, creo interpretar de modo fiel el sentimiento de esta gran asamblea, si declaro que su objeto, sobre todo, es el de aplaudir, respaldar y darle ánimo a la Centro América de hoy, por su heroico impulso de liberación.

¡A esta Centro América de 1944, que con sus huelgas generales de brazos caídos —huelgas que hasta la fecha no se han visto en Europa—, pudo derrocar a los déspotas de El Salvador y Guatemala; y que en esa o parecida forma, dará fin a lo que supervive de dictaduras en el Istmo! (Comprobación: Ponce, ayer. Mañana, Aguirre, Carías y Somoza.—*N. del A.*)

No doy el nombre de las repúblicas que aún conservan su Gestapo entre el Suchiate y Panamá, ni el de los gobernantes que se mantienen a viva fuerza en el poder, para que no se diga que quiero zaherir con mis palabras lo que todos conocemos con el nombre de solidaridad continental americana.

¡Aunque bien es cierto que a esa solidaridad —ahora la llaman *anficionía hemisférica*— le hacen más daño los tiranos y sus cómplices, que aquellos que se oponen a su dominio, proclamando el modo de pensar de nuestros próceres, o enaltecendo a figuras tan brillantes como, verbigracia, la de Augusto César Sandino, que no murió precisamente de muerte natural!

Independencia no es lo mismo que libertad.

RESPECTO de nuestra independencia, como toda independencia, como toda soberanía protegida por fronteras, mojones, fuertes o campamentos militares, se refiere específicamente al concepto de patria en su sentido territorial o de comunidad; vale decir, a lo que es y representa la nación.

La libertad, por el contrario, es cosa interior.

Se refiere al individuo.

Es problema del ciudadano en relación con su gobierno.

Es lucha incesante que requiere *patriotismo espiritual*, sin más límite que la ley, porque sólo se basa en el Derecho.

Así pensaba Renán, y así opinan diversos autores, entre ellos un conocido político y escritor español, don Alvaro de Albornoz, al explicar que “el enemigo de la independencia es el invasor; pero que el enemigo de la libertad es el tirano, bajo cualquiera de las formas que asuma o haya revestido la tiranía en diversas épocas de la Historia. Pueblos que han alcanzado su independencia tras victoriosas guerras —o sin guerra ninguna, como en el caso de Centro América— han seguido viviendo en la servidumbre bajo el despotismo político, militar o plutocrático”.

Esto último es lo endémico en algunos de nuestros países, y lo que estamos obligados a evitar que perdure en la postguerra.

Porque nada habremos ganado con gozar de *relativa independencia* frente al extranjero, si en lo interior continúan siendo víctimas de toda suerte de despotismos, precisamente por su amor a la libertad y a la democracia, los sectores progresistas en diversos pueblos del hemisferio occidental.

Tal vez por esa razón los señores Roosevelt y Wallace, así como los funcionarios que les rodean, no se conformen con hablar únicamente de independencia.

Insisten en que junto a la soberanía debe desarrollarse la libertad, en toda su plenitud.

¡Las cuatro libertades!, según define sus anhelos el Presidente norteamericano.

Y ratifica Mr. Wallace el pensamiento de la Casa Blanca, cuando afirma que esas libertades no serán en lo futuro las de explotar al prójimo, porque “este es el siglo del hombre del pueblo”.

* * *

Llegamos pues a la conclusión de que la lucha contra el invasor —o contra la metrópoli, tratándose de las colonias—, es la guerra de independencia; y que la lucha contra el tirano es la revolución.

¡En otras palabras —sin salirnos de lo nuestro—, las revoluciones, los motines o los cuartelazos en las repúblicas hispanoamericanas, tan calumniadas y tan difamadas por los amos mundiales de la supercivilización, envueltos ahora, *no en la guerra clásica de Estados contra Estados*, sino en la más sangrienta y espantosa revolución de que se tiene noticia en los anales de la humanidad!

Palabras del Presidente Avila Camacho.

NO es un centroamericano quien habla en esta forma, sino el propio Presidente de México, General de División don Manuel Avila Camacho, en palabras suyas como éstas, tomadas del mensaje que leyó ante las Cámaras hace apenas dieciocho días, el primero de septiembre en curso:

“Cuando vemos que en esta guerra hay franceses que luchan contra franceses, italianos contra italianos y —por lo menos en la doctrina— alemanes contra alemanes, advertimos claramente que, por mucho que se pretenda dar al actual conflicto el aspecto de una con-

flagración a la antigua usanza, entre potencias jerarquizadas, lo que está conmoviendo al mundo contemporáneo es, según lo dije hace años, una enorme revolución.

“La revolución de los que ansían que todas las razas y todos los países vivan en el Derecho, dentro de una estructura democrática universal, contra los que sueñan con retener el máximo del poder para unos cuantos imperios, constituídos sobre bases feudales inconfesables.

“Esa revolución es también la nuestra. Y no seremos nosotros, sino México entero, el que nunca permitirá que en la hora del triunfo se le defraude”. Agregó después el Presidente:

“Las democracias combaten con denuedo por que la convivencia no se mantenga sobre hegemonías conservadoras, o sobre un estatuto emanado del poder que el fuerte ejerce sobre el débil; y por que a la uniformidad de la servidumbre impuesta por los tiranos, se sustituya la unidad de una interdependencia fundada en la concordia y en el Derecho”.

En anteriores discursos ha proclamado el General Avila Camacho que “defendemos nuestra libertad y queremos un mundo mejor”; que sin ideales de humanidad y de justicia, la paz futura carecería de dignidad; y que, en resumen, *esos ideales no podrán alcanzarse mientras no se desaloje toda sospecha de imperialismo*, mientras nuestras mayorías tengan que aceptar todos los sacrificios, “por una civilización de la que no han recibido sino los despojos, y mientras no se consiga que la acción del tirano se convierta en la que proviene del pueblo y en él se inspira”.

* * *

Me he referido con alguna extensión a discursos y declaraciones del Jefe del Poder Ejecutivo de la nación azteca, entre otras razones por la fuerza moral de Mé-

xico, no sólo en América sino en todo el mundo civilizado, cuando pudo demostrar en la Sociedad de las Naciones su entereza y su decisión en defensa del Derecho Internacional.

En defensa de la política de la seguridad colectiva.

En defensa, por consiguiente, de los países que estaban siendo agredidos y atropellados por el eje Roma-Berlín-Tokio.

En defensa —y esto debe repetirse incesantemente, para acabar con nuestro inadecuado complejo de inferioridad— de todo aquello que no querían o no se atrevían a salvaguardar, posiblemente por temor a Rusia y a lo que algunos llaman comunismo, las grandes potencias democráticas que dirigían las maniobras de Ginebra.

Alta es la voz de México, como podrá inferirse, por su actitud en los casos de Manchuria, Abisinia, Austria, Checoeslovaquia, Albania, Memel y demás naciones conquistadas.

Pero, principalmente, por su ejemplar actuación con la República Española, cuando todos la abandonaban.

Cuando estaba en boga el pacto de neutralidad de Londres.

Cuando Su Santidad bendecía y colmaba con centenares de años de indulgencias —para uso propio y ajeno— al llamado generalísimo Francisco Franco, con quien hasta la fecha no ha querido mantener relaciones diplomáticas el Gobierno mexicano.

Extensión hasta Costa Rica del Imperio de Iturbide.

PERO hay otras razones por las cuales los hombres de Centro América estamos en la obligación de citar a México. Y son razones de hace muchos años, de hace más de un siglo.

Demos para comprenderlo un salto atrás, aun cuando tenga que insistir en hechos históricos que he venido

relatando, en diversas publicaciones, en el curso de estas últimas semanas.

Después de haber sido fusilados Hidalgo, Morelos, Allende, Matamoros y los más ilustres héroes de la guerra de independencia, lógrase al fin llegar a ella merced al Plan de Iguala, que fué obra de los criollos, de los reaccionarios, de los eclesiásticos que se reunían en la Profesa, y que puso en práctica Iturbide.

Lo mismo sucedió en Centro América. El Acta de Independencia de 1821 fué firmada por el Capitán General de Guatemala, por el señor Arzobispo, por los diputados de la Audiencia, por los miembros del Ayuntamiento, por el venerable señor Deán y Cabildo Eclesiástico, por todo aquello, en suma, que simbolizaba y representaba la continuación de un régimen de privilegios.

Eso explica que México y Centro América; es decir, las castas dominantes, las clases poseedoras, que aquí y allá eran dueñas del poder político, de la fuerza económica y de la riqueza clerical, hubiesen tratado de fortalecer su dominio, mediante la integración del gran Imperio Mexicano, que llegaba por el sur hasta lo que es hoy la República de Costa Rica.

Mas derrumbóse Iturbide, como tenía que suceder, pues que no habían luchado los mexicanos para que los mandase y oprimiese ningún emperador, sino por su libertad y por su independencia; y volvió entonces Centro América a constituirse en la entidad unificada que había sido durante la Colonia, pero ya vestida de fiesta, con su flamante Constitución Federal.

Razón tenemos por lo mismo los centroamericanos, los de ahora, los del siglo veinte para inspirarnos, no ya en el México del Plan de Iguala.

Ni en el México de la Profesa.

Ni en el México de Iturbide, que guardaba tanta afinidad con nuestros reaccionarios del siglo diecinueve.

Però sí para inspirarnos en el México de Juárez.

En el México de Madero.

En el México de Carranza.

En el México de la Constitución revolucionaria de 1917.

En el México de la expropiación petrolera y ferroviaria.

En el México, pues, que se adelantó a esta gran revolución mundial, según la muy atinada frase del Presidente Avila Camacho.

* * *

Acerca del concepto "revolución mundial", tengo a la mano muchas otras citas aprovechables, de hombres de gran talla en nuestra América, así como de estadistas, escritores y autoridades de claro pensamiento en el mundo anglosajón.

Ya mencioné a Roosevelt y a Wallace. Habría que agregar a Cordell Hull; a Mr. H. G. Wells, el de Inglaterra, y a Sumner Welles, el norteamericano; a Wendell Willkie y a la propia esposa de Mr. Franklin Roosevelt, sobre todo cuando en memorable discurso se dirige a la juventud de América, exhortándola a que se enfrente a toda clase de dictaduras, a que luche por la libertad y por la democracia, a que no permita el dominio de ninguna categoría de tiranos, en un continente que debe ser, a todo trance, el nuevo mundo de la justicia y de la convivencia humana.

Pero se haría esto interminable, siendo a mi parecer bastante el apelar a dichos testimonios con sólo mencionarlos, para que se vea el por qué de lo que está ocurriendo y de lo que tendrá todavía que ocurrir en Centro América.

A fines del siglo dieciocho —y no tengo más remedio que seguirme repitiendo—, tornáronse realidad tangible las ideas que desde Marsilio de Padua y Santo Tomás de Aquino; y desde Altusio, Mariana, Hobbes y Locke hasta Diderot, Voltaire, Montesquieu, D'Alembert, Juan Jacobo Rousseau y algunos otros enciclope-

distas, se habían venido cultivando en Europa y en América.

El pensamiento revolucionario, concretando, pudo a la postre realizarse con la guerra de independencia de los Estados Unidos y con la gran revolución francesa de 1789.

La soberanía del pueblo.

La negación del derecho divino de los reyes.

El oponerse a la supremacía de las castas privilegiadas, sobre la indefensa multitud de los siervos y de los desheredados.

La libertad, la igualdad, la fraternidad, todo eso era lo que *prendía* en aquella época de la Historia del mundo, con el combustible de muy hondas causas económicas que hacían levantarse a los pueblos contra la nobleza, contra el clero, contra los estamentos privilegiados de la sociedad.

Cómo se alza Hispano América a principios del siglo diecinueve y en mitad del siglo veinte.

Y saltó la chispa a nuestra América Española, en forma que yo mismo describí en trabajo publicado hace cuatro años, a saber:

Hidalgo lucha en México, con Morelos, con Allende, con millares de patriotas *y con la Virgen de Guadalupe*.
San Martín en el sur.

Miranda en Venezuela.

La heroica gesta se prolonga varios años.

Caen unos patriotas.

Otros, invencibles, van surgiendo de las pampas argentinas, de las selvas del Orinoco, de las crestas del Cordoncunca, de los bosques seculares del Amazonas.

Ya son libres las Provincias Unidas del Río de la Plata.

De la acción de Chacabusco se alza Chile como pueblo soberano —Chile, la gran nación de O'Higgins, que

hoy, 18 de septiembre, celebra el glorioso aniversario de su independencia.

Colombia y Venezuela quedan libertadas en Boyacá y en Carabobo.

Pero todavía la obra no está completa. Las legiones de Bolívar —el gran guerrero que gana batallas y liberta pueblos— después de haber escalado las nieves perpetuas del Chimborazo, saltan de cumbre en cumbre, recorren llanos, bajan a los abismos y dan un nuevo golpe a la dominación de España —¡la España negra de ferretería en el pecho!—, ganando en Pichincha la soberanía del Ecuador.

¡Adelante!

Falta el Perú.

Falta Bolivia.

Los Húsares de Junín, los llaneros tropicales, los gauchos argentinos, están firmes en su puesto, capitaneados por el Libertador y sus indomables lugartenientes Sucre, Córdoba, La Mar, Garzón, Necochea, toda una pléyade de soldados que jamás se rinden y que han ido siempre a la victoria.

* * *

¡Así responde Hispano América a la voz de los enciclopedistas y a sus propios impulsos de autonomía y de libertad, a principios del siglo diecinueve!

¡Así también responde Hispano América, y respondemos los centroamericanos, en mitad del siglo veinte, a la voz de nuestros ideólogos y visionarios, de Morazán y de Gálvez, del sabio Valle y de Barrundia, de Juan Rafael Mora y de Jerez, fecundado el pensamiento magnífico de nuestros próceres con la sangre de los que han caído en nuestras guerras civiles, luchando siempre por la libertad!

¡Y todo ello reforzado con la Carta del Atlántico, con el ideario de las Naciones Unidas, con doce millones de hombres sacrificados en los campos de batalla de otros continentes!

Psicosis —no en el sentido que pudiera darle Freud a esta palabra—; psicosis de transformación social, traída en barcos de vela, produjo la independendencia de América.

Psicosis de transformación social, con los elementos de comunicación y de publicidad de que hoy dispone el mundo, es lo que ha hecho inevitable que nuestros pueblos se levanten de nuevo como en la centuria pasada, clamando, no ya por la independendencia únicamente, sino además, y sobre todo, por su libertad.

Se podrá comprender de esa manera la caída de Hernández Martínez y de Ubico —así como la próxima fuga de la otra pareja y compañía—, no obstante que a los pueblos centroamericanos se les dejaba solos.

Y que se hallaban perseguidos, encarcelados o en la expatriación sus mejores dirigentes, por haber alzado su protesta contra tantos crímenes y contra tantos atropellos a la dignidad del hombre.

Visión panorámica de la América Central.

HE aquí el panorama que pinté de Centro América en “Rompiendo Cadenas”, y no con afán de revivir cosas pasadas, que nada tienen que ver con la política del buen vecino, sino con el deseo de que se conozca a fondo cuál ha sido nuestra lucha desde hace medio siglo:

Cinco pequeñas repúblicas divididas por odios y ambiciones de mediocres políticos feudales, antes que por fronteras.

Cinco países indefensos, explotados por la codicia doméstica y la rapiña exterior.

¡Criminal celestinaje del conquistador monopolista y de los más expertos leguleyos cómplices!

Pobre, Guatemala; pobre, El Salvador; pobre, Honduras; pobre, Nicaragua; pobre, Costa Rica, a pesar de

su gran potencialidad económica si las cinco fracciones estuviesen unidas, para no caer en las garras del explotador de afuera ni del explotador de adentro.

Media hora escasa en aeroplano de capital a capital.

Barreras aduanales, distintas leyes, cambio de moneda, exhibición de pasaportes.

¡Un nuevo Estado cada treinta minutos!

Nación respetable al formarse de nuevo una sola entidad.

Ocho millones de habitantes, cuatrocientos mil kilómetros cuadrados en conjunto.

Diarios, revistas, escuelas, vías férreas, líneas telegráficas y telefónicas, ansias de cultura y de progreso.

Enormes reservas naturales.

Zona de influencia de un gran imperialismo.

Intervención.

Acorazados.

Canal de Nicaragua.

Tropical Radio Corporation.

United Fruit Company.

Cuyamel Fruit Company.

Bond and Share Company.

Rosario Mining Company.

Racimos de bananos.

Concesiones.

Luz y fuerza.

Barras de oro.

Dividendos sobre acciones escritas en inglés.

A lo largo de la ruta, miseria.

Niños en harapos, ventrudos de lombrices.

Rostros amarillos.

Paludismo.

Fiebre de microbios.